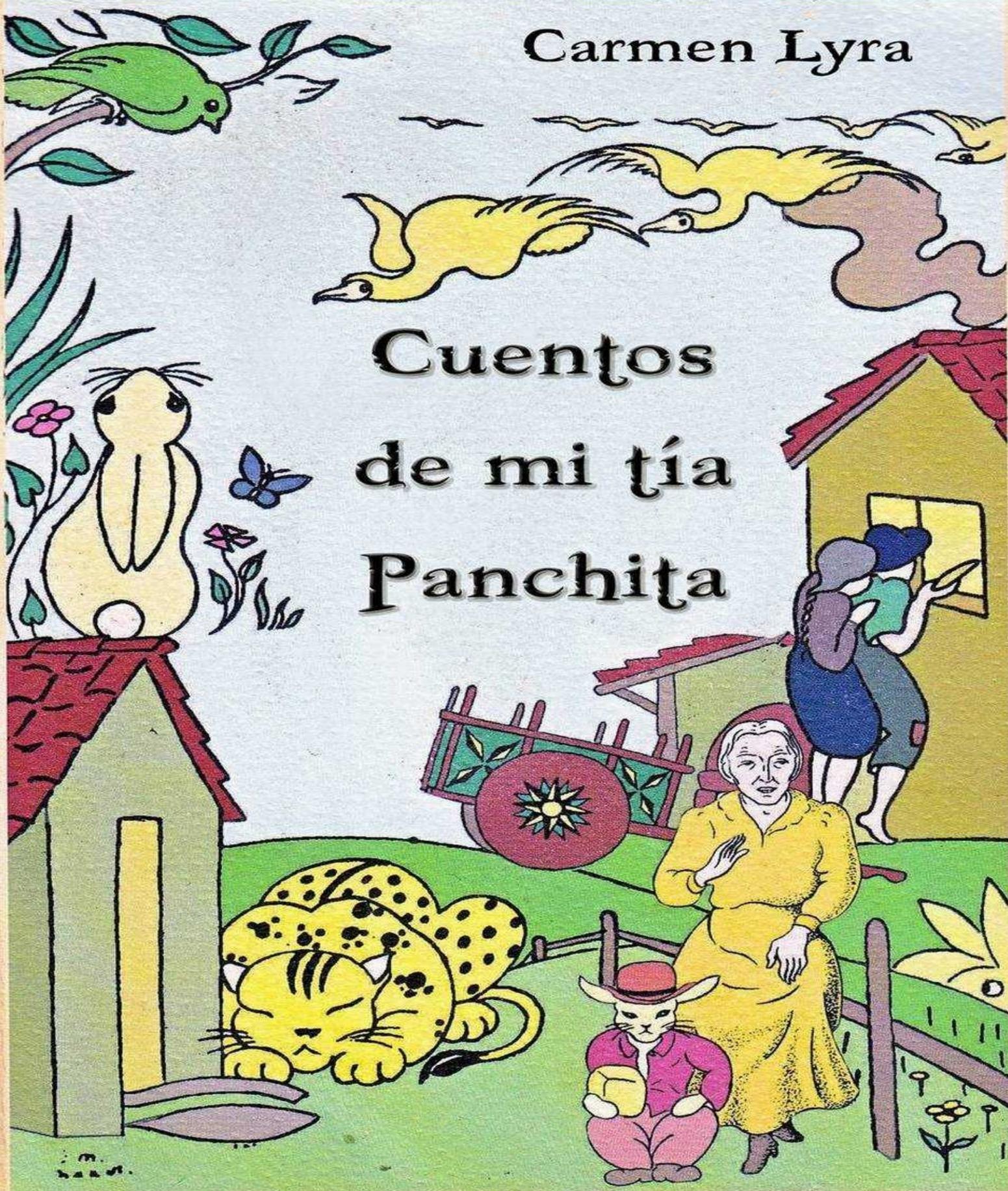


Carmen Lyra

Cuentos
de mi tía
Panchita



CUENTO

Ilustraciones de Juan Manuel Sánchez



Los cuentos de mi Tía Panchita publicado en 1920 contiene 23 textos cortos y está considerado como un clásico de la literatura infantil de Costa Rica y Centroamérica. Los cuentos fueron escritos en un lenguaje sencillo y poético, proyectando las raíces de la tradición e imaginaria de los pueblos centroamericanos.



eBooks con estilo

Carmen Lyra

Cuentos de mi tía Panchita

ePUB v2.0

iBrain 27.06.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Cuentos de mi tía Panchita*

Carmen Lyra, 1920

Ilustraciones: Juan Manuel Sánchez^[1]

EDITORIAL DIGITAL

[Imprenta Nacional de Costa Rica](#)

Costa Rica

Editor original: iBrain (v2.0)

ePub base v2.0

Un prólogo para personas adultas que creen en tía Panchita.

De tierras lejanas llegaron estos cuentos. Desde tiempos inmemoriales se relataban en Europa o África. ¿Dónde los habrá escuchado la tía Panchita? ¿Cómo habrán llegado hasta la tibieza de su banca, en esa casa en las cercanías del Parque Morazán? ¿Con qué embeleso María Isabel Carvajal Quesada –Carmen Lyra–, los escuchó o los leyó en antiguos libros?

Lo cierto es que estas aventuras de príncipes, princesas, tontos que no tienen un pelo de tontos y el configado de tío Conejo ya forman parte esencial del ser costarricense. No solo se trata de la obra iniciadora de nuestra literatura infantil, sino que, además, es patrimonio del imaginario nacional. Dos hechos fundamentales marcaron el inicio de la creación y la difusión de una serie de obras dedicadas a la niñez en el contexto costarricense: la fundación de la Cátedra de Literatura Infantil en la Escuela Normal en 1919 y la publicación de *Cuentos de mi tía Panchita* en 1920. Don Joaquín García Monge fue el intelectual visionario quien, con la colaboración de Carmen Lyra, hizo posibles estos procesos. Debe señalarse que don Joaquín creó una cátedra de enseñanza de la literatura infantil en aquella casa de estudios –situada en Heredia– y desde entonces, las maestras y los maestros costarricenses han tenido la posibilidad de conocer los grandes temas de las artes literarias para formar lectoras y lectores en los primeros años de vida. Él fue el primer profesor de la cátedra y su sucesora, a partir de 1921, fue Carmen Lyra. Con acierto, la estudiosa Margarita Dobles (1984) ha aseverado: "la literatura infantil costarricense nació en una cátedra", pues los estudiosos que estuvieron a cargo de ella también ejercieron el oficio de la escritura, ellos fueron Carlos Luis Sáenz y Adela Ferreto.

María Isabel Carvajal había publicado cuentos dispersos de esta obra en las revistas *Lecturas* y *San Selerín*, a partir de 1913, tal como lo refiere Margarita Rojas (2005). Posiblemente, esos textos habrían caído en la desmemoria si no hubieran sido compilados y publicados en la obra *Cuentos de mi tía Panchita*, en 1920, cuya edición estuvo a cargo de Joaquín García Monge.

Tenemos escasas referencias de esos ejemplares iniciáticos; sin embargo, marcaron la apertura de la creación y la publicación de otras obras fundamentales de la literatura infantil costarricense como *Cuentos viejos* de María Leal de Noguera, en 1921, o *Navidades* de Carlos Luis Sáenz, en 1929.

La aspiración de crear la Cátedra de Literatura Infantil y la edición del libro de Carmen Lyra era, en un principio, la de buscar el goce de la lectura por medio del folclore: la de recuperar ese amor por las cántigas de las plazas, las rondas y los juegos tradicionales, los cuentos y las leyendas que se cuentan en las noches de misterio. Por eso, no es extraño que en el discurso "Literatura infantil", escrito en 1948 (citado por Ferrero, 1988), exprese:

Al niño la literatura que más le conviene y le interesa es la folclórica, de su gente, de su tierra (...) La cosa es no darles a los niños baratijas literarias.

No se crea que la primera edición de *Cuentos de mi tía Panchita* tuvo un éxito generalizado. Fue mirada con incompreensión por lectores decepcionados ante su aparente escaso valor didáctico.

No podían dimensionar que esta obra buscaba ampliar los límites de la imaginación y la fantasía de los lectores. El Dr. Valeriano Fernández Ferraz, en 1922, (citado por Luisa González y Carlos Luis Sáenz, 1977), expresaba, en un elogioso comentario, que un maestro de aquella época no le gustaba hablar sobre este libro porque constituía un ejemplo de "mal hablar de la 'lengua materna'".

¿Qué relatos reescribió Carmen Lyra, de tal manera que los convirtió en emblema de una nación? La primera referencia es Fernán Caballero, seudónimo de la escritora Cecilia Böhl de Faber y Larrea, quien naciera en Suiza en 1796 y viviera y falleciera en España en 1877. Considerada una escritora costumbrista española, divulgó el folclore de su pueblo por medio de obras como *Cuentos y poesías populares andaluzas* (1859) y *Cuentos, oraciones y adivinanzas populares* (1877). De manera póstuma, se publicó en 1911, en Madrid, la compilación *Cuentos de encantamiento infantiles* que la hace entrar en el imaginario de la literatura dirigida a las jóvenes generaciones. En una creativa e ingeniosa labor de recreación (entendiéndola como una nueva creación), Carmen Lyra transforma "El lirio azul" (versión valenciana) de Caballero en "La flor del olivar"; lo mismo ocurre con "El pájaro de la verdad" que pasa a ser "El pájaro dulce encanto", "El zurrón que cantaba" se trastoca en "Escomposte perinola" y "Juan Soldado en Uvieta". De la misma forma, es válido señalar que muchos de estos cuentos ya habían sido contados por los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm en Alemania, en las diferentes ediciones de sus *Cuentos de los niños y del hogar*, publicados a entre 1812

y 1859; por ese motivo no es de extrañar que los hermanos Grimm, Fernán Caballero y Carmen Lyra hayan publicado sus respectivas versiones de "La suegra del Diablo", o que el conocido cuento germánico "Hansel y Gretel" o "Juanito y Margarita", sea contado por la costarricense como "La casita de las torrejas".

El taimado tío Conejo proviene de otros rumbos. La profesora Dobles (1984) advierte que el conejo Somba existe en el imaginario africano y en múltiples cuentos populares de ese continente. De hecho, el conocido líder Nelson Mandela (2008) explica que la liebre es un personaje pícaro y astuto que protagoniza innumerables cuentos de su continente y que responde a nombres como Kalulu, Sunguru y Mvundlazana.

Las personas negras que fueron trasladadas a Norteamérica, en condición de esclavitud, llevaron consigo su lengua, su cultura y, por supuesto, sus cuentos, entre ellos, las historias de este avisado conejo. En el Sur de los Estados Unidos, el roedor tomó el nombre inglés de Brother Rabbit o de carácter más preciso, de forma abreviada, Brer Rabbit. El periodista Joel Chandler Harris, quien en su niñez había escuchado cuentos de trabajadores negros de las plantaciones de maíz, reescribió esos relatos y los puso en boca de un narrador imaginario llamado tío Remus y publicó varios títulos de singular éxito como *Nights with Uncle Remus* (1883), *Uncle Remus and his Friends* (1892) y *Uncle Remus and Brer Rabbit* (1907). Es evidente que Carmen Lyra conoció estas obras, pues en el ensayo "La Cenicienta" escrito en 1914 (compilado por Chase, 1977), la escritora expresa:

Las siluetas cómicas que vagabundeaban sobre los labios carnosos de los negros y que Chandler Harris fijara en las páginas de un libro, se deslizan ejecutando sus piruetas que

han esponjado en carcajadas tantas bocas de niños de piel morena y de piel blanca y fina. Bien que al llegar nosotros, nuestras abuelas transformaron estas siluetas: son ellas la de tío Conejo, más ladina que de abogado viejo; la de tía Zorra, cuya proverbial astucia de nada le sirve ante el ingenioso conejillo y la de tío Coyote, simplona y crédula como la de un campesino cándido en la ciudad.

Brer Rabbit es un personaje emblemático de la literatura norteamericana. Existe un museo en Georgia dedicado a Joel Chandler Harris y su obra. Por su parte, la factoría Disney realizó una película de regular calidad, en 1946, titulada *Canción del Sur*, por medio de la cual se presenta una nueva versión de los cuentos del ladino conejo reinventado por Chandler Harris. Es curioso que en Costa Rica, por el contrario, no se le haya hecho justicia a la obra de Carmen Lyra. Algunos de sus textos aún permanecen inéditos, su casa fue destruida y no se le ha logrado dar sostenimiento a la sala dedicada a la autora en el Museo de los Niños.

Al acercarse el centenario de la obra, la Editorial Costa Rica confirma su trabajo de difusión de la literatura nacional y nos ofrece los *Cuentos de mi tía Panchita* remozados con las ilustraciones digitalizadas que Juan Manuel Sánchez creó en 1936 en un afán por recuperar su belleza inicial. Así será posible leer este libro con plena conciencia de que la niñez puede conocer, con inteligencia, las formas de actuar de los hombres y las mujeres de todos los tiempos. Como suele suceder con los buenos libros de cuentos de hadas, nada que sea ajeno a la humanidad puede alejarse de la literatura infantil. Por eso, esta obra es un legado promisorio para las nuevas generaciones.

Carlos Rubio Torres

Cuentos de mi tía Panchita

Mi tía Panchita era una mujer bajita, menuda, que peinaba sus cabellos carnosos en dos trenzas, con una frente grande y unos ojos pequeñines y risueños. Iba siempre de luto, y entre la casa protegía su falda negra con delantales muy blancos. En sus orejas, engarzados en unos pendientes de oro se agitaban dos de mis dentezuelos de leche. Quizá por esto soñé una vez que yo era chirrisca como un frijol y que estaba suspendida de un columpio de oro asegurado en una de las orejas de la tía Panchita. Yo me columpiaba y hacía cosquillas con los pies en su marchita cara, lo cual la ponía a reír a carcajadas. Ella solía decir que los tenía allí prisioneros, en castigo de los mordiscos que hincaron en su carne cuando estaban firmes en las encías de su dueña, quien solía tener tremendas indiadas.

Diligente y afanosa como una hormiga era la anciana, y amiga de hacer el real con cuanto negocio honrado se le ponía al frente. Eso sí, no era egoísta como la antipática hormiga de la fábula, que en más de una ocasión la sorprendí compartiendo sus provisiones con alguna calavera cigarra. Habitaba con mi tía Jesús, impedida de las manos por un reuma, en una casita muy limpia en las inmediaciones del Morazán. La gente las llamaba "Las Niñas" y hasta sus hermanos Pablo y Joaquín, cuando me enviaban donde ellas, me decían:

—Vaya donde "Las Niñas".

Hacía mil golosinas para vender, que se le iban como agua y que tenían fama en toda la ciudad. En el gran armario con puertas de vidrio que había en el pequeño corredor de la entrada, estaban los regalos que sus manos creaban para el paladar de los josefinos: las cajetas de coco y de naranja agria más ricas que he comido en mi vida; quesadillas de chiverre que muchas veces hicieron flaquear mi honradez; muñequillos y animales fantásticos de una pasta de azúcar muy blanca que jamás he vuelto a encontrar; bizcocho y tamal asado que atraían compradores de barrios lejanos: del Paso de La Vaca y de la Soledad; en frascos de cristal estaban sus perfumados panecillos de cacao Matina con los que se hacía un chocolate cuyo sabor era una delicia, y que coronaba las tazas con un dedo de rubia espuma.

Ella fue quien me narró casi todos los cuentos que poblaron de maravillas mi cabeza.

Las otras personas de mi familia, gentes muy prudentes y de buen sentido, reprochaban a la vieja señora su manía de contar a sus sobrinos aquellos cuentos de hadas, brujas, espantos, etcétera, lo cual, según ellas, les echaba a perder su pensamiento. Yo no comprendía estas sensatas reflexiones.

Lo que sé es que ninguno de los que así hablaban, logró mi confianza y que jamás sus conversaciones sesudas y sus cuentecitos científicos, que casi siempre arrastraban torpemente una moraleja, despertaron mi interés. Mi tío Pablo, profesor de Lógica y Ética en uno de los colegios de la ciudad, llamaba despectivamente cuenteretes y bozorola los relatos de la vieja tía. Quizá las personas que piensen como el tío Pablo les den los mismos calificativos y tendrán razón, porque ello es el resultado de sus ordenadas ideas. En cuanto a mí, que jamás he logrado explicarme ninguno de los fenómenos que a cada instante ocurren en torno mío, que me quedo con la boca

abierta siempre que miro abrirse una flor, guardo las mentiras de mi tía Panchita al lado de las explicaciones que sobre la formación de animales, vegetales y minerales me han dado profesores muy graves que se creen muy sabios.

¡Qué sugerencias tan intensas e inefables despertaban en nuestras imaginaciones infantiles, las palabras de sus cuentos, muchas de las cuales fueron fabricadas de un modo incomprensible para la Gramática, y que nada decían a las mentes de personas entradas en años y en estudios!

Recuerdo el cuento de "La Cucarachita Mandinga" ("La Hormiguita", de Fernán Caballero, vaciado en molde quizá americano, quizá tico solamente), que no nos cansábamos de escuchar.

¡La Cucarachita Mandinga!

Jamás podré expresar el picaresco encanto que este adjetivo de "mandinga" puesto con tanta gracia a la par de "La Cucarachita", por los labios de quién sabe qué abuela o vieja china, vaciaba en nuestro interior.

¿Mandinga? Ninguna de las definiciones que sobre esta palabra da el diccionario responde a la que los niños nos dábamos, sin emplear palabras, de aquel calificativo que se agitaba como una traviesa llamita nacarada sobre la cabeza de la coqueta criaturilla.

Los cuentos de la tía Panchita eran humildes llaves de hierro que abrían arcas cuyo contenido era un tesoro de ensueños.

En el patio de su casa había un pozo, bajo una chayotera que formaba sobre el brocal un dosel de frescura.

A menudo, sobre todo en los calores de marzo, mi boca recuerda el agua de aquel pozo, la más fría y limpia que hasta hoy probara, que ya no existe, que agotó el calor; y sin quererlo mi voluntad, mi corazón evoca al mismo tiempo la memoria de mi alegría de entonces, cristalina y fresca, que ya no existe, que agotó la experiencia.

La viejecilla me contaba sobre este pozo, mentiras que hacían mis delicias; en el fondo había un palacio de cristal, donde las lámparas eran estrellas. Allí vivían un rey y una reina que tenían dos hijas muy lindas: una morena de cabellera negra que le llegaba a la rodilla, con un lunar en forma de flor junto a la boca; la otra blanca, con el cabello de oro que le arrastraba y con un lunar azul en forma de estrella. La rubia era mi predilecta, y el lunar azul en forma de estrella, de su mejilla, era una fuente de encanto para mí.

Yo gozaba cuando la tía Panchita cogía su tinaja y se encaminaba al pozo. La precedía brincando cual si fuese a una fiesta.

¡Qué sonidos más extraños y atrayentes subían de aquel profundo agujero umbrío, en cuyo fondo dijérase que se encendían y apagaban luces! (Más tarde me di cuenta de que eran los temblorosos jirones de claridad que había entre el follaje que lo cubriera, pero entonces imaginaba que eran las lámparas de que me hablara la anciana). El brocal y las paredes estaban tapizados por un musgo verde y dorado. Las gotas que rezumaban caían y producían una música tan delicada:

¡...Tin... tan...! La anciana decía que eran los cascabeles de plata que llevaban al cuello los perritos de las princesas, suspendidos en una cinta de oro.

Si la tía Panchita, en ciertas ocasiones, hubiese logrado fisgonear dentro de mi pensamiento, se habría horrorizado de sus encantadores embustes, y habría temblado por mi vida que deseaba

ardientemente ir a jugar con princesas y perrillos en el palacio de cristal. ¡Y la sonrisa de compasivo triunfo que habría plegado los labios del tío Pablo, el profesor de Lógica y Ética, si hubiese asomado sus anteojos por los campos de mi fantasía cultivada por su hermana, a quien, según él, le faltaban dos tornillos! ¿Serían el del buen sentido y el de la lógica?

Ahora cierro los ojos y el recuerdo de la querida viejecilla, que fue mil veces más armada para mí que el tío Pablo, a pesar de que ignoraba que existiera Lógica y Ética en este mundo, se sienta en su silla baja y me narra sus cuentos, mientras sus dedos diligentes arrollan cigarrillos. Yo estoy a sus pies en el taburetito de cuero que me hizo el tío Joaquín. Siento el olor del tabaco curado con hojas de higo, aguardiente y miel. Es en una gran sala de paredes enjalbegadas y de pavimento enladrillado. En alguna parte hay el cuadro de una pastora que pone un collar de flores a su cordero. Sobre la cómoda, el fanal que protege "El Paso" de las inclemencias del tiempo y a los lados, unas gallinas de porcelana echadas en sendos nidos.

¡Qué largos se hacían para mi impaciencia los segundos en que ella dejaba de narrar para "subir su cigarro" o ir a encenderlo en una brasa del hogar!

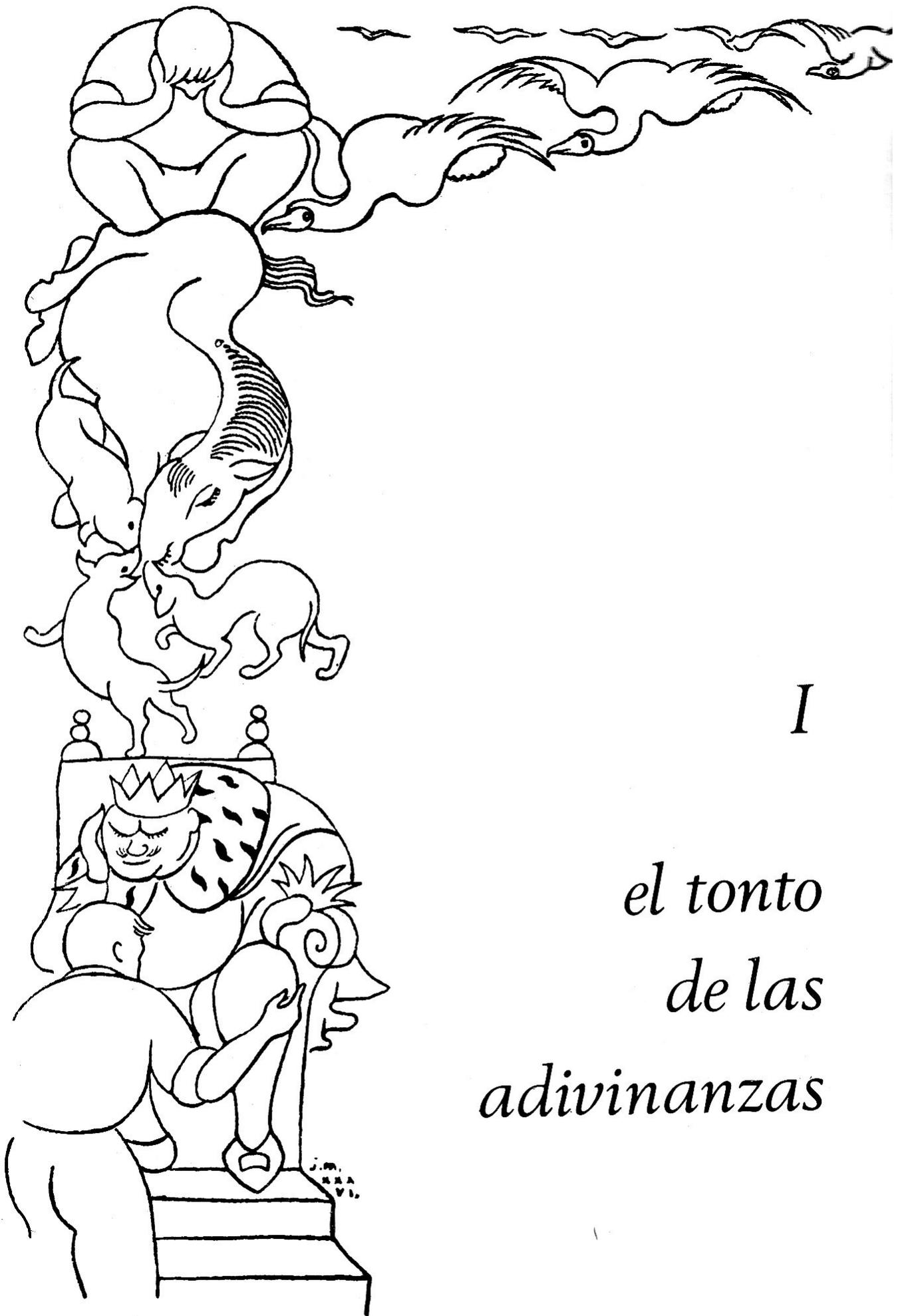
Son los cuentos siempre queridos de "La Cenicienta", de "Pulgarcito", de "Blancanieves", de "Caperucita", de "El Pájaro Azul", que más tarde encontré en libros. Son otros cuentos que quizá no estén en libros. De estos, algunos me han vuelto a salir al paso, no en libros sino en labios.

¿De dónde los cogió la tía Panchita?

¿Qué muerta imaginación nacida en América los entretejió, cogiendo briznas de aquí y de allá, robando pajillas de añejos cuentos creados en el Viejo Mundo? Ella les ponía la gracia de su palabra y de su gesto que se perdió con su vida.

¡La querida viejita que no sabía de Lógicas y Éticas, pero que tenía el don de hacer reír y soñar a los niños!

María Isabel Carvajal (Carmen Lyra)



I

*el tonto
de las
adivinanzas*

El tonto de las adivinanzas

Había una vez una viejita que tenía dos hijos: uno vivo y otro tonto. Al mayor lo creían vivo porque era trabajador, amigo de guardar su plata y de plantarse bien los domingos.

El otro gastaba en tonteras cuanto cinco le caía en las manos, y no le importaba un pito andar hecho un candil de sucio; y le decían por mal nombre "El Grillo".

Un día llegó un vecino y le dijo que en el pueblo andaba el cuento de que el rey ofrecía casar a su hija con aquel que pusiera a Su Majestad tres adivinanzas que no pudiera adivinar, y que le adivinaran otra tres que Su Majestad propondría.

Otro día se levantó el tonto muy de mañana y dijo a la viejita:

—Mama, sabe que he ideado ir yo onde el rey a ver si me gano l'hija. Quién quita que pueda yo sacarlos a ustedes de jaranas.

—Jesús, apiate y mirá estas cosas —contestó la viejita al oír a su hijo—. Callate, tonto de mis culpas, y no me volvás a salir con tus tonteras —y lo trapió y le dijo unas cosas que no me atrevo a repetir.

Pero el muchacho metió cabeza, y cuando la viejita lo vio fue ensillando a Panda, su yegua. Entonces, como no había más remedio, su puso a prepararle un almuerzo para el camino. Fue al solar a cortar unas hojitas de orégano para echarle a una torta de arroz y huevo que le hacía, pero como estaba medio pipiriciega no se fijó que en vez de orégano, cogía unas hojas de una yerba que era un gran veneno.

Por fin el hijo montó a Panda y dijo adiós a su madre y a su hermano, que habían hecho todo lo posible por convencerlo de que desistiera de su viaje.

La pobre viejita salió a la tranquera a verlo irse y le dijo:

—Que Dios te acompañe, hijó... Aquí nos dejás solo Dios sabe cómo. Vas a ver que con lo que vas a salir es con una pata de banco.

El muchacho no hizo caso y cogió el camino. Al mucho andar sintió hambre, desmontó y sacó de sus alforjas el almuercito que le hiciera su madre. Era en un lugar donde no crecía ni una mata de hierba. Sintió lástima al pensar que la pobre Panda iba a tener que ayunar. Entonces, aunque le tenía mucha gana a la torta, la cogió y se la dio a su yegua y él se comió un gallito de frijoles que bajó con bebida. Apenas la yegua se tragó la torta, cuando cayó pataleando y enseguida murió a consecuencia del veneno de las hojas con que la viejecita quiso dar gusto a la torta, creyendo que eran de orégano.

El muchacho se sentó al lado de su bestia a hacerle el duelo.

En esto llegaron tres perros que se pusieron a lamer el hocico a la difunta. ¡Para qué lo hicieron! Enseguidita cayeron también pataleando, y a poco murieron.

El tonto hizo un hueco para enterrar a Panda y mientras la enterraba, llegaron siete zopilotes que hicieron una fiesta con los tres perros. A poco los siete zopilotes pararon la vista y cayeron

tiosos.

Entonces, el tonto que no era tan dejado como creían, secó sus lágrimas y se dijo: —No hay mal que por bien no venga...

Ya tengo mi primera adivinanza.

Siguió anda y anda y se encontró con una vaca que se había despeñado y que estaba en las últimas. La acabó de matar y halló entre su panza un ternero que estaba para nacer. Lo sacó, asó parte de la carne del animalito y se la comió. Siguió su camino y allá en el peso del día, vio unas palmeras de coco cargaditas de frutas. Como tenía mucha sed, subió a una, cogió unos cocos y bebió su agua.

Por fin llegó al palacio del rey, se hizo anunciar como un pretendiente a la mano de su hija. Los criados y los señores se pusieron a hacerle burla:

— ¡Lo que no han podido personas inteligentes lo va a poder este no-nos-dejes! —decían y se morían de risa.

El rey le hizo algunas reflexiones: que si no ganaba, lo ahorcaría y que esto y lo de más allá, pero él no hizo caso.

La princesa se horrorizó al imaginar que tuviera que casarse con aquel tonto, y por un si acaso, le propuso que si se salía con la suya, se comprometiera a calzarse (porque era descalzo) y vestirse como los señores y, que si no, no habría nada de lo dicho. Y el tonto dijo que bueno.

Se reunió un gran gentío en el salón del palacio: el rey con su hija en su trono, los ministros, los duques, los marqueses y cuanta persona que era gran pelota en el país. Y va entrando mi tonto muy en ello y con mucha tranquilidad, como si estuviera en la cocina de su casa, dijo: —Allá te va la primera, señor rey:

*Torta mató a Panda,
Panda mató a tres;
tres muertos mataron a siete vivos.*

El rey se puso a reflexionar y fue de reflexionar como una hora, y no pudo dar en el chiste. Por fin se dio por vencido. El tonto explicó: —Panda, mi yegua, murió a consecuencia de haberse comido una torta envenenada; llegaron tres perros, le lamieron el hocico y enseguida murieron; bajaron siete zopilotes, se comieron los perros y también murieron.

Luego el tonto dijo: —Allá te va la segunda: "Comí carne de un animal que no corría sobre la tierra, ni volaba por los aires, ni andaba en las aguas".

Vuelta el rey a cavilar y al cabo de una hora se dio por vencido. El muchacho explicó: — Encontré una vaca que se había despeñado y que estaba boqueando, la acabé de matar y le saqué de la panza un ternero que estaba para nacer. Lo asé y comí de su carne.

Luego el muchacho dijo: —Allá te va la tercera: "Bebí agua dulce que no salía de la tierra, ni caía del cielo".

Tampoco pudo esta vez adivinar el rey, y el tonto explicó:

—Me bebí el agua de unos cocos y ya ves, señor rey, como al mejor mono se le cae el zapote. Le llegó el turno al rey de proponer sus adivinanzas.

Mandó cortar a una chanchita el rabo y lo puso entre una caja de oro que presentó al tonto y le preguntó: — ¿Adivinás lo que tengo aquí?

Él se rascó la cabeza y al verse en este apuro, se dijo en voz alta: —"Aquí fue donde la puerca torció el rabo...".

El rey casi se va de bruces.

— ¡Muchacho! ¿Cómo has hecho para adivinar?

El tonto comprendió que de pura chiripa había acertado, y como no era tan tonto, dijo haciéndose el misterioso: —Eso no se puede decir... Eso es muy sencillo para mí...

Entonces el rey fue a su cuarto, cogió un grillo que cantaba en un rincón, lo encerró entre su mano y se lo presentó.

— ¿Qué tengo aquí?

El muchacho se puso a ver para arriba, y viendo que nada se le ocurría, se dijo en voz alta: — ¡Ah, caray! ¡Y en qué apuros tienen a este pobre grillo! (como a él lo llamaban "El grillo".).

El rey se hizo de cruces, la princesa estaba en un hilo y la gente se volvía a ver, admirada.

— ¡Muchacho de Dios! ¿Cómo has hecho para adivinar?

Otra vez los aires misteriosos para contestar:

—Muy fácil, pero no se puede decir...

Mandó a hacer el rey en un salón un altar con cortinas de oro y plata, candelabros de oro, candelas de cera rosada, floreros y muchos adornos, y sin que nadie lo viera, llenó un vaso de estiércol, lo envolvió bien en un paño de oro bordado con rubíes y brillantes y lo colocó en medio del altar. Hizo llamar al tonto y le preguntó:

— ¿A que no me adivinás qué tengo en este altar?

— ¿Qué puede ser? ¿Qué puede ser? —Pensaba el muchacho sudando la gota gorda—. Lo que me voy a sacar es que me ahorquen... —luego, casi desesperado, dijo—: Bien me lo dijo mi mamá que buen adivinador de m... sería yo.

El rey se quedó en el otro mundo.

— ¡Muchacho! ¿Cómo has adivinado?

Y él respondió: — ¡Muy fácil! Si así me las dieran todas...

Inmediatamente se comenzaron los preparativos para la boda. La princesa estaba que cogía el cielo con las manos.

La pobre no tenía nadita de ganas de casarse con aquel gandumbas.

Llamó al zapatero para que le tomara las medidas a su futuro esposo de unos zapatos de charol, pero le aconsejó se los dejara lo más apretados que pudiera. Lo mismo al sastre con el vestido y mandó a comprar un cuello bien alto.

Cuando llegó el día del matrimonio, el tonto fue a vestirse de señor, pero todo fue ponerse aquellas botas de charol y comenzar a hacer muecas. Le pusieron tirantes, el cuello que casi no le dejaba respirar y las mangas de la leva le quedaban tan angostas que se veía obligado a tener los brazos tan encogidos que parecía un chapulín. Pero lo que no se aguantó fue que le pusieran

guantes. Cuando lo vieron fue sacándose la leva y arrancándose el cuello y la corbata y tirando todo por la ventana. Los zapatos de charol fueron a dar a un tejado.

— ¡Adió! ¡Caray! —gritó al verse libre de todas aquellas tonteras—. ¿Yo por qué voy a andar a disgusto?

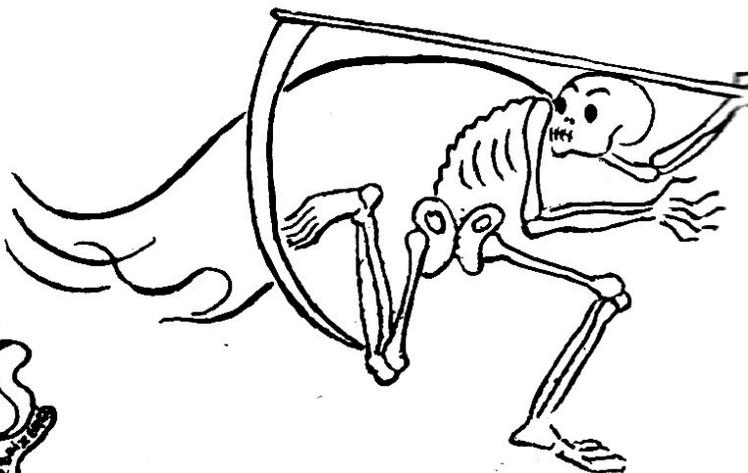
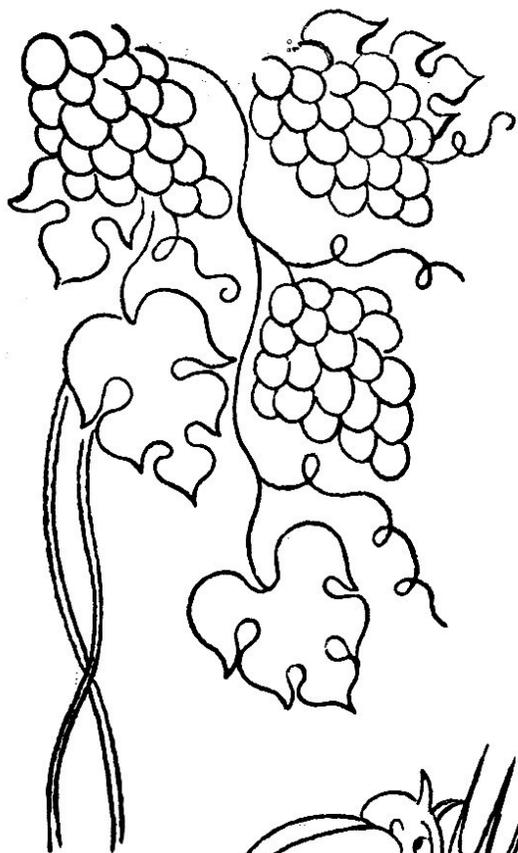
La princesa que estaba escondida detrás de una cortina, ya no podía de tanto reír.

El muchacho se fue a buscar al rey y le dijo:

—Mucho me gusta su hija, pero más me gusta andar a gusto. Me comprometí a casarme con ella si me vestía de señor, pero yo no sé cómo hacen para andar con los pies bien chimaos, con el pescuezo metido entre esta vaina, bien echados para atrás, que les tienen que doler la caja del cuerpo...

Prefiero volverme donde mi mama: allí ando yo como me da mi gana; y si me quedo aquí tendré que pasar mi vida como un Niño Dios en retoque.^[1]

Entonces el rey le dio dos mulas cargadas de oro y el tonto se volvió a su casa, donde lo recibieron muy contentos.



II

Uvieta

Pues señor, había una vez un viejito muy pobre que vivía solo, íngrimo, en su casita y se llamaba Uvieta. Un día le entró el repente de irse a rodar tierras, y diciendo y haciendo, se fue a la panadería y compró en pan el único diez que le bailaba en la bolsa. Entonces daban tamaños bollos a tres por diez y de un par que no era una coyunda como el de ahora, que hasta le duelen a uno las quijadas cuando lo come, sino tostadito por fuera y esponjado por dentro.

Volvió a su casa y se puso a acomodar sus tarantines, cuando tun, tun, la puerta. Fue a ver quién era y se encontró con un viejito tembeleque y vuelto una calamidad. El viejito le pidió una limosna y él le dio uno de sus bollos.

Se fue a acomodar los otros bollos en sus alforjitas, cuando otra vez, tun, tun, la puerta. Abrió y era una viejita toda tulenca y con cara de estar en ayunas. Le pidió una limosna y él le dio otro bollo.

Dio una vuelta por la casa, se echó las alforjas al hombro y ya iba para afuera, cuando otra vez, tun, tun, la puerta.

Esta vez era un chiquito, con la cara chorreada, sucio y con el vestido hecho tasajos y flaco como una lombriz. No le quedó más remedio que darle el último bollo. — ¡Qué caray!

A nadie le falta Dios.

Y ya sin bastimento, cogió el camino y se fue a rodar tierras.

Allá al mucho andar encontró una quebrada.

El pobre Uvieta tenía un hambre que se la mandaba Dios Padre, pero como no llevaba qué comer, se fue a la quebrada a engañar la tripa echándole agua. En eso se le apareció el viejito que le fue a pedir limosna y le dijo:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor, que qué querés; que le pidás cuanto se te antoje. Él está muy agradecido con vos porque nos socorríste; porque mirá, Uvieta, los que fuimos a pedirte limosna éramos las Tres Divinas Personas: Jesús, María y José. Yo soy José. ¡Con que decí vos! ¡Cómo estarán por Allá con Uvieta! Si se pasan con que Uvieta arriba, Uvieta abajo, Uvieta por aquí y Uvieta por allá.

Uvieta se puso a pensar qué cosa pediría y al fin dijo: —Pues andá decile que me mande un saco donde vayan a parar las cosas que yo deseo.

San José salió como un cachiflín para el Cielo y a poco estuvo de vuelta con el saco.

Uvieta se lo echó al hombro. En esto iba pasando una mujer con una batea llena de quesadillas en la cabeza.

Uvieta dijo: —Vengan esas quesadillas a mi saco.

Y las quesadillas vinieron a parar al saco de Uvieta, quien se sentó junto a la cerca y se las zampó en un momento y todavía se quedó buscando.

Volvió a coger el camino y allá al mucho andar, se encontró con la viejita que le había pedido

limosna. La viejita le dijo:

—Uvieta, que manda decir Nuestro Señor, mi Hijo, que si se te ofrece algo, se lo pidás.

Uvieta no era nada ambicioso y contestó: —No, Mariquita, dígale que muchas gracias, con el saco tengo. Panza llena, corazón contento. ¿Qué más quiero?

La Virgen se puso a suplicarle: — ¡Jesús, Uvieta, no seas malagradecido! No me despreciés a mí. ¡Ajá, a José sí pudiste pedirle, y a mí que me muerda un burro!

Entonces a Uvieta le pareció muy feo despreciar a Nuestra Señora y le dijo: —Pues bueno: como yo me llamo Uvieta, que me siembre allá en casa un palito de uvas y que quien se suba a él no se pueda bajar sin mi permiso.

La Virgen le contestó que ya lo podía dar por hecho y se despidió de Uvieta.

Este siguió su camino y encontró otra quebrada. Le dieron ganas de beber agua y se acercó. En la corriente vio pasar muchos pececitos muy gordos. Como tenía hambre dijo: —Vengan estos peces ya compuesticos en salsa a mi saco. Y de veras el saco se llenó de pescados compuestos en una salsa tan rica, que era cosa de reventar comiéndolos.

Después siguió su camino y le salió un viejito que le dijo:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que si se te ofrece algo. Él no viene en persona porque no es conveniente, vos ves... ¡Al fin Él es Quien es! ¡Que parecía que Él tuviera que repicar y andar la procesión!

—Yo no quiero nada —respondió Uvieta.

— ¡No seas sapance, hombre! Pedí, que en la Gloria andan con vos ten que ten. No te andés con que te da pena y pedí lo que se te antoje, que bien lo merecés.

"¡Ay, qué santico este más pelotero!", pensó Uvieta y quería seguir su camino, pero el otro detrás con su necedad y por quitarse aquel sinapismo de encima, le dijo Uvieta: —Bueno es el culantro pero no tanto: ¡Ave María! ¡Tantas aquellas por unos bollos de pan! Bueno, pues decile a Nuestro Señor que lo que deseo es que me deje morirme a la hora que a mí me dé la gana.

Pero no siguió adelante, porque quiso ir a ver si de veras le habían sembrado el palito de uva, y se devolvió.

Anda y anda hasta que llegó, y no era mentira: allí en el solarcito estaba el palo de uva que daba gusto. Al verlo, Uvieta se puso que no cabía en los calzones de la contentera.

Bueno, pasaron los días y Uvieta vuelto turumba con su palo de uvas. Y nadie le cachaba. Ya todo el mundo sabía que el que se encaramaba en el palo de uva no podía bajar sin permiso de Uvieta.

Un día pensó Nuestro Señor: — ¡Qué engreidito que está Uvieta con su palo de uva! Pues después de un gustazo, un trancazo —y Tatica Dios llamó a la Muerte y le dijo:— Andá jalámele el mecate a aquel cristiano, que ya ni se acuerda de que hay Dios en los Cielos por estar pensando en su palo de uvas.

Y la Muerte, que es muy sácalas con Tatica Dios, bajó en una estampida. Llegó donde Uvieta y tocó la puerta. Salió el otro y se va encontrando con mi señora. Pero no se dio por medio menos y como si la viera todos los días, le dijo:

— ¡Adiós trabajos! ¿Y eso qué anda haciendo, comadrita?

—Pues que me manda Nuestro Señor por vos.

— ¿Idiay, pues no quedamos en que yo me iría para el otro lado cuando a mí me diera la gana?

—No sé, no sé —contestó la Muerte—. Donde manda capitán no manda marinero.

"¡Ay! Como no se le vaya a volver la venada careta a Nuestro Señor", pensó Uvieta.

—Bueno, comadrita, pase adelante y se sienta, mientras voy a doblar los petates.

La Muerte entró y Uvieta la sentó de modo que viera para el palo de uva que estaba que se venía abajo de uvas. — ¡Aviaos que no le fueran a dar ganas de probarlas! —la Muerte al verlo no pudo menos que decir—: ¡Qué hermosura, Uvieta!

Y el confisgado de Uvieta, que se hacía el que estaba doblando los petates, le respondió: — ¿Por qué no se sube, comadrita, y come hasta que no le quepan?

La otra no se hizo de rogar y se encaramó.

Verla arriba Uvieta y comenzar a carcajearse como un descosido, fue uno.

—Lo que el sapo quería, comadrita —le gritó—. A ver si se apea de allí hasta que a mí me dé mi regalada gana.

La Muerte quería bajar, pero no podía, y allí se estuvo y fueron pasando los años y nadie se moría. Ya la gente no cabía en la Tierra, y los viejos caducando andaban dundos por todas partes, y Nuestro Señor como agua para chocolate con Uvieta, y recados van y recados vienen: hoy mandaba al gigantón de San Cristóbal, mañana a San Luis rey, pasado mañana a San Miguel Arcángel con así espada: —Que Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que dejés apearse a la Muerte del palo de uva, que si no vas a ver la que le va a pasar.

Y otro día: —Uvieta, que dice Nuestro Señor que por vida tuyita, dejés apearse a la Muerte del palo de uva.

Y otro día: —Uvieta, que dice Nuestro Señor que no te vas a quedar riendo, que vas a ver.

Pero a él por un oído le entraba y por otro le salía. Y Uvieta decía: — ¡Ah sí, por sapo que la dejo apearse!

Por fin Tatica Dios le mandó a decir que dejara bajar la Muerte y que le prometía que a él no se lo llevaría.

Entonces Uvieta dejó bajar a la Muerte, quien subió escupida a ponerse a las órdenes de Dios.

Pero Nuestro Señor no había quedado nada cómodo con Uvieta y mandó al Diablo por él.

Llegó el Diablo y tocó la puerta: —Upe, Uvieta.

Él preguntó de adentro: — ¿Quién es?

Y el otro por broma le contestó: —La vieja Inés con las patas al revés.

Pero a Uvieta le sonó muy fea aquella voz: era como si hablaran entre un barril y al mismo tiempo reventaran triquitraques. Se asomó por el hueco de la cerradura y al ver al Diablo se quedó chiquitico.

— ¡Ni por la jurisca! ¡Si es el Malo! ¡Seguro que lo mandan por mí, por lo que le hice a la Muerte, ni más ni menos! ¿Ahora qué hago?

Pero en esto se le ocurrió una idea y corrió a su baúl, sacó su saco, abrió la puerta y sin dejar chistar al otro, dijo: — ¡Al saco el Diablo!

Y cuando el pisuicas se percató, estaba entre el saco de Uvieta.

— ¡Ahora sí, tío Coles –le gritó Uvieta–, vas a ver la que te vas a sacar por andar de cucharilla!

El demonio se puso a meterle una larga y otra corta, pero Uvieta le dijo: — ¡Ah sí! ¡que te la crea pizote! –y cogió un palo y le arrió sin misericordia, hasta que lo hizo polvo.

A los gritos tuvo que mandar Nuestro Señor a ver qué pasaba. Cuando lo supo, prometió a Uvieta que si dejaba de pegar al diablo, a él nada le pasaría. Uvieta dejó de dar y Nuestro Señor se vio a palitos para volver a hacer al Diablo de aquel montón de polvo.

Y el Patas salió que se quebraba para el infierno.

Ya Nuestro Señor estaba a jarros con Uvieta y mandó otra vez a la Muerte: que no se anduviera con contumerias, no se dejara meter con persona. —Agarralo ojalá dormido y me lo traés. Mirá que si otra vez te dejás engañar, quedás en los petates conmigo.

A la Muerte le entró vergüencilla y siguiendo los consejos de Nuestro Amo, bajó de noche y cuando Uvieta estaba bien privado, lo cogió de las mechas, arrió con él para el otro mundo y lo dejó en la puerta de la Gloria para que allí hicieran con él lo que les diera la gana.

Cuando San Pedro abrió la puerta por la mañana, se va encontrando con mi señor de clucas cerca de la puerta y como con abejón en el buche.

San Pedro le preguntó quién era, y al oír que Uvieta, le hizo la cruz. Si no hubiera estado en aquel sagrado lugar, le habría dicho: "¡Te me vas de aquí, puñetero!". Pero como estaba, y además él es un santo muy comedido, le dijo:

— ¡Te me vas de aquí, que bastante le has regado las bilis a Nuestro Señor!

— ¿Y para dónde cojo?

— ¿Para dónde? Pues para el infierno, pero es ya, con el ya.

Uvieta cogió el camino del infierno. El Diablo se estaba paseando por el corredor. Ver a Uvieta y salir despavorido para adentro, fue uno. Además atrancó bien la puerta y llamó a todos los diablos para que trajeran cuanto chunche encontraran y lo pusieran contra la puerta, porque allí estaba Uvieta el hombre que lo había hecho polvo.

Uvieta llegó y llamó como antes usaban llamar las gentes cuando llegaban a una casa: — ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima! –por supuesto que al oír esto, los demonios se pusieron como si les mentaran la mama.

Y allí estuvo el otro como tres días, dándole a la puerta y

¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Como no le abrían, se devolvió. Cuando iba pasando frente a la puerta del Cielo, le dijo San Pedro: — ¿Idiay, Uvieta, todavía andás pajareando?

— ¡Idiay, qué quiere que haga? Allí estoy hace tres días dándole a aquella puerta y no me abren.

— ¿Y eso qué será? ¿Cómo llamás vos?

— ¿Yo? Pues: ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

La Virgen estaba en el patio dando de comer a unas gallinas que le habían regalado, con el pico y las patitas de oro y que ponían huevos de oro. Cuando oyó decir: ¡Ave María Purísima!, se asomó creyendo que la llamaban.

Al ver a Uvieta se puso muy contenta.

— ¿Qué hace Dios de esa vida, Uvieta? Entre para adentro.

San Pedro no se atrevió a contradecir a María Santísima y Uvieta se metió muy orondo a la Gloria y yo me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.



III

Juan,
el de
la carguita
de leña

Juan, el de la carguita de leña

Había una vez una viejita que tenía tres hijos: dos vivos y uno tonto. Los dos vivos eran muy ruines con la madre y nunca le hacían caso, pero el tonto era muy bueno con ella y era el palito de sus enredos. Los dos vivos se pasaban en la ciudad haciendo que hacían, porque eran unos grandes vagabundos.

Lo cierto es que el tonto no era nada tonto, pero como era tan bueno lo creían tonto, porque así es la vida.

Pues, señor, un día lo mandó la anciana a la montaña a traer una carguita de leña. Él fue e hizo una buena carga y cuando estaba rejuntando las burusquitas para que a su madre no le costara encender el fuego por la mañana, se le apareció una viejita que traía una varillita en la mano. Ella le dijo: —Mirá, Juan, aquí te traigo esta varillita de regalo. Es como un premio por lo sumiso que sos con tu mama.

Juan preguntó: — ¿Y para qué me sirve?

—Para todo lo que se antoje: ¿qué querés plata? Pues a pedírsela a la varillita. Y si no, mirá: cuando estés muy cansado, vas a tocar con ella la carga de leña y al mismo tiempo le decís: "Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dio, que mi carguita de leña me sirva de coche y me lleva a casa".

Así lo hizo Juan; se sentó en la carga de leña y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en su casa.

Juan no dijo a nadie una palabra de lo que le pasara. Pero desde ese día no volvió a caminar por sus propios pies, sino que andaba para arriba y para abajo encajado en la carga de leña. Y cuando su madre o sus hermanos le preguntaban, se hacía el sordo.

Sucedió que las hijas del rey venían de cuando en cuando a bañarse en una poza que había cerca de la casa de ellos.

Un día de tantos, salió la menor en un vivo llanto del baño porque se le había caído en el agua su sortija. A cada una de las niñas le había regalado el rey un anillo nunca visto, y que se encomendara a Dios la que lo perdiera.

A la noche llegaron los dos vivos con el cuento de que el rey estaba que se lo llevaba la trampa, porque la menor de las princesas había perdido su sortija en la poza, y que Su Majestad había ofrecido que aquel que la encontrara, sería el marido de su hija.

Apenas amaneció, corrieron los dos vivos a buscar en la poza, pero nada. Así que se fueron ellos, llegó el tonto con su varillita, tocó el agua y dijo: —Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dio, reparame la sortija —y de veras, la sortija salió y se ensartó en la varillita. La guardó, tocó con su varillita la carga de leña, y pidió que esta lo llevara al palacio del rey.

Cuando estuvo ante la puerta, los soldados que estaban de centinelas, lo cogieron de mingo, y por supuesto, no querían dejarlo entrar.

Pero el tonto armó un alboroto. El rey oyó y mandó a ver qué era aquella samotana y al saberlo

ordenó que lo dejaran pasar.

Y fue subiendo escaleras arriba, arrodajado en su carga de leña y así entró en el salón, donde estaba el rey con toda su corte. Bajó de su vehículo alguillo chillado, sacó la sortija de su bolsa y dijo: —Señor rey, aquí traigo la sortija de la niña, y a ver en qué quedamos de casamiento.

Todos al verlo entrar reían a carcajadas y al oír sus pretensiones, quisieron echarlo a broma y a decir que la miel no se había hecho para los zopilotes. Pero cuando oyeron al rey decir que estaba dispuesto a cumplir lo prometido, se quedaron en el otro mundo.

La pobre princesa comenzó a hacer cucharas y por último soltó el llanto.

Las tres niñas se tiraron de rodillas ante su padre y se pusieron a rogarle, pero él les dijo: —Yo di mi palabra de rey y tengo que cumplirla.

Luego cogió a su hija menor por su cuenta y se puso a aconsejarla con muy buenas razones, porque este rey no era nada engreído: —Vea, hijita, a nadie hay que hacerle ¡ché! en esta vida. No hay que dejarse ir de bruces por las apariencias.

¡Quién quita que le salga un marido nonis! Y en esta vida, uno se hace ilusiones de que porque a veces se sienta en un trono más que los que se sientan en un banco. Pues nada de eso, criatura, que solo Cristo es español y Mariquita señora...

Y por ese camino siguió calmando a su hija, pero ella como si tal cosa, no dejaba su llanto y sus sollozos, porque no hallaba cómo casarse con aquel hombre tan infeliz. Y cuando recordaba que había entrado en el salón sobre una carga de leña y que todos se esmorecieron de risa, sentía que se le asaba la cara de vergüenza.

Pero no hubo remedio y llegó el día del casorio.

La madre y los hermanos del tonto estaban en ayunas de lo que pasaba.

Bueno, pues llegó el día del casorio, que sería a las doce del día en la catedral.

El tonto salió como si tal cosa, montado en su carga de leña, pero al ir a entrar en la ciudad, tocó la carga con su varita y dijo: —Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dio, que la carga de leña se vuelva un coche de plata, con unos caballos blancos que nunca se hayan visto, y yo un gran señor muy hermoso y muy inteligente —y la carga de leña se transformó en una carroza de plata y él, en un gran señor.

Cuando la gente vio detenerse aquella carroza frente al palacio y bajar aquel príncipe tan hermoso se quedó con la boca abierta.

La princesa estaba en un rincón y no tenía consuelo. Hasta fea estaba, ella que era tan preciosa, de tanto llorar: con los ojos como chiles y la nariz como un tomate.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué fue aquello! De pronto entra un príncipe muy hermoso, la coge de una mano, se la lleva y la mete en una carroza de plata. Sale la carroza que se quiebra para la catedral y allí los casa el señor Obispo. Vuelven al palacio y ¡Qué bailes y qué fiestas!

La princesa no sabía si estaba dormida o despierta. Cuando comenzó el baile, ella bailó con su marido y todo el mundo les hizo rueda, y no tanto por admirarla a ella como a él. Las otras dos princesas que se habían burlado antes del triste novio y de su carga de leña, estaban ahora con su poquito de envidia y no hallaban dónde ponerlo. Y todo el mundo: ¡Juan arriba y Juan abajo!

Juan se fue a un rincón, sobó su varillita y le dijo: —Varillita, varillita, por la virtud que Dios

te dio, que la casilla de nosotros se vuelva un palacio de cristal y mi madre una gran señora.

Y así fue: la viejita estaba en la cocina en pleitos con el fuego y echando de menos a Juan, que de unos días para acá se le había vuelto muy pata caliente, cuando oyó un ruidal y como que se mareaba: al volver en sí, se vio en una gran sala de cristal con muebles dorados y ella sentada en un sillón, vestida de terciopelo y abanicándose con un abanico de plumas; a su alrededor una partida de sirvientes que se querían deshacer por sonarle la nariz, por abanicarle y hasta por llevarla en silla de manos allá fuera. Por todas partes salían y entraban criados muy atareados. De pronto oyó ruidos de coches, y en la sala vecina comenzó a tocar una música que era lo mismo que estar en el Cielo. Por último, ve entrar una pareja, como quien dice un rey y una reina... ambos le echaron los brazos y la voz de Juan que dice: —Mamita, aquí tiene a mi esposa.

Y más atrás venían el rey, la reina, las princesas y cuanto marqués y conde había en el país.

Allá al anochecer, estaba la fiesta en lo mejor, llegaron los hermanos que andaban de parranda. Juan los encerró en un cuarto, y otro día cuando estuvieron frescos, les contó lo que pasaba y que si se formalizaban, los casaba con las otras princesas. De veras, ellos se formalizaron y se casaron. Juan y su esposa fueron los reyes y todos vivieron muy felices.



IV

escomponte

perinola



Escomposte perinola

Había una vez un hombre muy torcido, muy torcido.

Parecía que el tuerce lo hubiera cogido de mingo. Como era más torcido que un cacho de venado, le pusieron el apodo de Cacho de Venado y así todo el mundo le llamaba Juan, Cacho e' Venao; pero con el tiempo, por abreviar, solo le decían Juan Cacho.

Creyendo hacer una gracia, se casó, pero la paloma le salió un sapo, porque la mujer tenía un humor que solo el santo Job la podía aguantar. Parecía que el pobre Juan Cacho se hubiera puesto expresamente a buscar con candela la mujer más mal geniosa del mundo.

Para alivio de males era peor que una cuila para tener hijos.

Y no echaba las criaturas al mundo como Dios manda, sino que cada rato salía mi señora con guápiles. En un momento se llenaron de chiquillos. ¡Y había que ver lo que era mantener aquella marimba!

Luego, con ese tuerce, era rara la semana que Juan podía salir adelante, porque nada más que pichuleos era lo que encontraba. Y no era que el hombre de Dios fuera un atenido de esos que les gusta pasarse la vida rascándose la panza. No.

Si era amigo de gurrugucear el real por todo. Él lo mismo le hacía a una cosa que a otra, y todo lo sabía hacer: él encalaba, él cogía goteras, él desyerbaba; él metía y picaba leña; él remendaba ollas; él jalaba diarios; él, para hacer barbacoas a las matas de chayote; él para sacar raíces. ¿Qué un remiendo de albañil? Allí estaba Juan Cacho. ¿Qué componer una cumbreira? Allí estaba Juan Cacho. En fin, él hacía lo que podía pero nunca quedaba bien con aquella fierísima de su mujer. Había que ver las samotanas que le armaba los sábados, cuando llegaba con la mantención escasa... ¡Válgame Dios! La mujer le tiraba encima las cuatro papas y los frijolillos, el maicillo y la tapilla de dulce.

Los chiquillos eran enfermizos, llenos de granos, sucios y con el ejemplo que les daba la mama, también malcriados con el tata.

Por fin un día a Juan se le llenó la cachimba, como dicen, y no quiso aguantar más. Echó sus cuatro chécheres en un saco y se fue a rodar tierras.

De camino se ganó unos rialitos y compró, para matar el hambre, un diez de pan y quince de salchichón. Anda y anda, le agarró la noche en despoblado y de ribete comenzó a llover.

Se metió en un rastrojo donde quedaba en pie una media agua de cañas y hojas. Encendió un fogón para calentarse, se arrodajó en el suelo y sacó de su morral el pan y el salchichón, dispuesto a no dejar ni una borona.

Iba a echarse el primer bocado, cuando oyó que le dijeron:

— ¡Ave María Purísima!

Levantó los ojos y va viendo un viejito todo tullenquito hecho un pirrís, apoyado en un bordón. Tenía cuatro mechucas canosas y una barbilla rala y todo él inspiraba lástima. Al viejito se le iban

los ojos detrás del pan y del salchichón.

¡Sea por Dios! Y Juan Cacho tenía tanta hambre. Pero,

¡Qué caray! , donde hay para uno hay para dos.

—Aquí hay pa juntos, amigó —dijo Juan Cacho al viejito.

El viejito no se hizo de rogar; se arrodajó también en el suelo y se puso a comer con una gana, que se veía que hacía su rato no probaba bocado. Y si Juan Cacho no se anda listo, me lo deja a oscuras.

Así que comieron y medio se calentaron, se echaron a dormir sobre la hojarasca.

Cuando comenzaron las claras del día, despertó Juan Cacho y vio al viejito dispuesto a darle agua a los caites. Hacía un frío que no se aguantaba. "¡Ah!, ¡un jarro de café bien caliente!", pensó Juan. El viejito, como si le estuviera leyendo el pensamiento, le dijo:

—Hombré, ¿te gustaría tomar una taza de café acabadito de chorrear? —por supuesto que con eso no hizo más que alborotarle las ganas. El viejito se fue sacando de la bolsa una servilleta blanquítica que daba gusto. No parecía que entre el montón de chuicas que era el viejo, pudiera haber un trapo tan limpio.

—Tomá —le dijo—, te voy a hacer este regalo.

"¿Y para qué quiero yo esto?", pensó Juan Cacho, "será para limpiarme el hambre de la boca...".

Como si hubiera oído esta reflexión, el viejito le respondió:

—No creás, hijó. Esta es una servilleta de virtud. Te la doy para premiarte tu buen corazón. Me diste la mitad de lo que tenías. Yo sé que te quedaste con hambre por mí.

Juan se quedó viendo a su huésped y se puso en un temblor cuando se dio cuenta de que ya no era un viejito tulenquito, con una barbilla rala y cuatro mechitas canosas, cubierto de chuicas, sino TATICA DIOS en persona, envuelto en resplandores. Juan se puso de rodillas y le rezó el Bendito Alabado. El señor le dijo:

—Extendé la servilleta en el suelo y decí: "Servilletica, por la virtud que Dios te dio, dame de comer".

Juan repitió:

—Servilletica, por la virtud que Dios te dio, dame de comer.

Entonces la servilleta se hizo un gran mantel y sobre él apareció una gran cafetera llena de café caliente y aromático; un pichel lleno de postrera amarillita y acabada de ordeñar; un cerro de tortillas de queso, doradas, de esas que al partirlas echan un vaho caliente que huele a la pura gloria y que al partirlas hacen hebras; un tazón de natilla; bollos de pan dulce con su corteza morena, de los que se esponjan al partirlos y se ven amarillos de huevo y de aliño; tarritos de jalea de membrillo y de guayaba; pollos asados, frutas, en fin, tanta cosa que sería largo de enumerar.

Cuando Juan volvió a ver, ya Tatica Dios no estaba allí.

Juan estaba muy asustado con la aparición, pero pudo más el hambre y se puso a comer todas aquellas ricuras con las que jamás había soñado su imaginación de pobrecito.

Cuando terminó, todavía quedaban viandas como para una semana. Recogió la vajilla que era de oro y plata y de la más fina porcelana, y puso todo lo que pudo en su saco, porque no creía que

la cosa se repitiera. Luego se guardó la servilleta.

Allá de camino, por tantear, la volvió a extender sobre el zacate y dijo:

—Servilletica, por la virtud que Dios te dio, dame de comer

—y otra vez apareció un banquete que se lo hubieran deseado los obispos y los reyes. Lo que hizo fue que en el primer rancho que encontró, avisó para que fueran a recoger todo aquello.

Juan Cacho pensó en sus chiquillos hambrientos, y a pesar de lo mal criados que eran, y de su mujer, creyó que su deber era volver a donde ellos y darles de comer. Y se puso a imaginarlos sentados alrededor de un banquete como los que había tenido enfrente. Lo que voy a hacer, pensó, es no dejarlos comer mucho, para que no se empachen.

Al anochecer llegó a un sesteo. Bajo un gran higuerón y sentados alrededor de una gran fogata, había muchos boyeros y hombres que venían arreando ganado. Estaba tomando café que le habían comprado al dueño del sesteo. La verdad es que lo que vendía este hombre, no era café, sino agua chacha.

Entonces Juan Cacho les dijo:

—Boten esa cochinada y van a probar lo que es café. ¡Y no van a tomar café vacío!...

Diciendo y haciendo, extendió en el suelo su servilleta y dijo:

—Servilletica, por la virtud que Dios te dio, danos de comer —y aparecieron el café, y postrera y la natilla y los pollos asados y vinos y las sabrosuras. Toda aquella gente acostumbrada a arroz, frijoles y bebida, no se atrevía a tocar los ricos manjares.

Juan les dijo:

— ¡Idiay, viejos, aturrúcenle, que ahora es tiempo!

Los arrieros no se hicieron de rogar. A poquito rato se les habían subido los tragos y aquello era parranda y media.

El dueño del sesteo era lo que se llama un hombre angurriente, de los que no pueden ver bocado en boca ajena, y en cuanto se dio cuenta del tesoro que era aquella servilleta, le echó el ojo.

Apenas vio que Juan Cacho se había dormido, le sacó la servilleta y le puso otra en su lugar. Y Juan, que había caído como una piedra, tan rendido estaba, y que además andaba medio tuturuto con los tragos que se había tomado, no sintió nada.

Antes de amanecer se levantó Juan Cacho ya fresco, se cercioró de que tenía la servilleta entre la bolsa y cogió para su casa. De camino se iba haciendo ilusiones, de la sorpresa que les iba a dar a su mujer y a sus chiquillos; de lo mansita que se le iba a poner la alacrana de su esposa y se imaginaba a cada una de sus criaturas con un pollo asado en la mano.

Cuando llegó a su casucha, entró muy orondo, dándose aire de persona quitada de ruidos. En cuanto lo vio la chompipona de su mujer comenzó a insultarlo; pero él no le hizo caso y se fue derecho al fogón, y destapó la olla que tenían en el fuego.

Al ver que lo que había en la olla eran cuatro guineos bailando en agua de sal, se echó a reír y los tiró a medio patio. La mujer y los chiquillos creían que el hombre se había chiflado.

— ¡Van a ver lo que les traigo de comer! —les dijo—. En cambio de esa cochinada que tenían en el fuego, les voy a dar pollos, chompipes, vino y dulces, de caer sentado comiendo.

Y ñor Aquel cogió los cuatro chunches que tenían sobre la mesa renca, los tiró por donde primero pudo; se sacó de la bolsa la servilleta; con mil piruetas la extendió sobre la mesa y, echándose para atrás, gritó:

—Servilletica, por la virtud que Dios te dio, danos de comer.

¡Y nada!...

Juan Cacho se quedó más muerto que vivo. ¡María Santísima! ¿Qué era eso? ¿Sería que no le había oído la servilleta?

Volvió a repetir. ¡Y nada! ¿Lo habría cogido de mona Tatica Dios? No podía ser. Él no es de esos que cogen de mona a nadie. Pues, ¿y esto qué era?

Entretanto, la mujer había vuelto a coger los estribos: agarró un palo de leña y se lo dejó ir con toda alma, que si no se agacha el hombre, le parte la jupa por la pura mitad. Y no fue cuento, Juan Cacho tuvo que salir por aquí es camino, mientras el culebrón y los chacalincillos le gritaban improperios.

Bueno, Juan Cacho quiso ir a darle las quejas a Tatica Dios, de lo que le había pasado y se puso al caite, camino del lugar donde se lo había encontrado. Llegó al anochecer, sin haber probado bocado y con abejón en el buche. Encendió un fogón y se sentó a esperar. Allá, al mucho rato, de veras fue llegando Nuestro Señor con un borriquito de diestro.

— ¿Idiay, hijó, qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

A Juan se le pegó el nudo.

— ¿Qué qué estoy haciendo?... ¡Pero mi Señor Jesucristo, si vos debés saberlo!... Lo que es la tal servilleta, en mi casa no me sirvió sino para ponerme en vergüenza. Va de decile y decile y lo que hizo esta piedra, hizo ella. De allí salí que deseaba me tragara la tierra... Había que ver a mi mujer que es más brava que un solimán, después, que le tiré los guineos al patio...

— ¡Oh, Juan —le dijo Nuestro Señor—, vos sí que sos sencillo! En fin, aquí te traigo este borriquito... A ver, extendé en el suelo ese saco que traés.

Juan lo extendió.

— ¡Ppp, ppp! —hizo el señor, animando al borriquito para que se parara sobre el saco.

Cuando la bestia se colocó sobre el saco, Tatica Dios ordenó a Juan que fuera repitiendo con Él lo que decía: —"Borriquito, por la virtud que Dios te dio, reparame plata".

No lo habían acabado de decir, cuando el animal se puso a echar monedas por el trasero; monedas en vez de estiércol.

¡Ay, Dios mío!, ¿qué era aquello?

Cuando Juan levantó los ojos para ver a Tatica Dios, ya este había desaparecido.

Juan se puso a bailar en una pata de la contentera y no aguardó razones, sino que cogió el camino de vuelta.

Cuando pasó por el sesteo, se sintió muy rendido y entró a pedir posada.

Apenas lo vio el dueño, se quedó chiquitico pensando que el otro venía a reclamarle.

— ¡Hola, compadrito! ¡Dichosos ojos! ¿Y qué viento lo trae por aquí?

Y Juan, que no tenía pringue de malicia, le soltó:

— ¡Viera, viejo, lo que traigo! ¡Esto sí que es cosa buena!

Vamos y tráigame una cobija o un trapo y va a ver usted...

El hombre no se hizo de rogar y cogió un pedazo de mantalona que estaba a mano. Juan hizo que el burro se colocara encima de la mantalona y dijo:

—Burrito, por la virtud que Dios te dio, reparame plata.

Y al momento estaba el burro echando monedas de oro por el trasero, en vez de estiércol.

Al hombre casi le da una descomposición del susto de ver aquel gran montón de monedas de oro. Y al momento se puso a pensar que este burro tenía que ser de él.

Lo primero que hizo fue darle guaro a Juan para que se almadeara; luego lo llevó a acostarse. Pero en medio de la soca que se tenía, el pobre Juan no perdía del todo el sentido y no soltaba el mecate con que llevaba amarrado el burro. Al fin del cuento se privó y entonces el otro aprovechó la oportunidad para quitarle el burro y cambiárselo por otro muy parecido.

Al día siguiente muy de mañana, se puso Juan camino de su casa. Como estaba de goma y él de por sí no era muy observador, no se fijó en que le habían cambiado el animal. Bueno, el caso es que llegó a la casa y se metió con todo y burro. Como se sentía muy seguro, no hizo caso de los denuestos con que lo recibió la gallota de su mujer. Juan se fue derecho a la cama, quitó la cobijilla colorada llena de churletes de candela con que todavía estaban cobijados los chacalincillos, la tendió en el suelo e hizo que el burro se encaramara sobre ella. Luego gritó entusiasmado:

—Burrito, por la virtud que Dios te dio, reparanos plata.

¡Y nada!

Volvió a decirle y nada. ¡Ayayay! ¿Qué era esto, María Santísima? Otra vez le gritó:

—Burrito, que por la virtud que Dios te dio reparame plata.

Y lo que hizo el animal fue una buena gracia sobre la cobija.

Por supuesto que eso fue el colmo. La mujer le tiró encima los tizones y luego los chiquillos cogieron los cagajones del burro y lo agarraron a cagajonazos.

Al pobre Juan le faltaron pies para salir corriendo. Y, lejos se sentó a recapacitar. ¿Pues y esto qué será? ¿Sería que Tatica Dios de veras se había querido burlar de él? No podía ser; Nuestro Señor no es de bromas, y menos con un triste como él. Entonces decidió volver allá arriba, al lugar donde se le había aparecido. Quién quita que se le apareciera otra vez y le pusiera en claro aquello...

Juan volvió a tomar el camino, anda y anda. Por fin llegó, ya oscureciendo, cansado, con hambre y todo achucullado.

¡Qué hombre más torcido era él, que hasta con Tatica Dios le iba mal! Se sentó, y no fue cuento, sino que largó el llanto, allí en la soledad, donde nadie lo podía ver.

—Hombré, Juan, ¿qué es eso?

Levantó los ojos y allí estaba Tatica Dios en persona, con un saco a la espalda, mirándolo, entre malicioso y compasivo.

— ¿Y eso qué es, Juan? ¿Mariqueando como las mujeres?

—se veía que le quería meter ánimo.

— ¿Pues no ves, Señor mío Jesucristo, que con el burro también me fue mal? Mientras la cosa

era afuera, funcionaba muy bien, pero en cuanto llegué a mi casa, y había que enfrentarse a mi mujer, ¡adiós mis flores!... Lo que hizo fue una gracia en la cobija, y entre la mujer y los chiquillos me cogieron a cagajonazos. Y si no me las pinto, me matan.

—Pues, hijó, yo lo que encuentro es que vos no te das a respetar de tu mujer ni de tus hijos, y eso va contra la Ley de Dios.

Allí quien debiera tener los pantalones es tu mujer. Bueno es culantro, pero no tanto, hijo. Bueno es que seas paciente, pero no hasta el extremo. Vos debés amarrarte esos calzones, Juan, si no querés que tus hijos acaben por encaramársete encima y tu mujer te ponga grupera y mirá, muchacho, hay que tener su poquito de malicia en la vida, si no querés salir siempre por dentro. Vos sos muy confiado con todo el mundo; creés que todos son tan buenos como vos, ¡y qué va! Ese hombre del sesteo te ha jugado sucio, hombre de Dios, y... no te digo más.

Aquí te traigo, para ver si sabés sacarle partido.

Tatica Dios abrió el saco y sacó tamaña perinola que más parecía garrote que otra cosa.

—Poné atención, Juan, a lo que voy a decir: "Escomponete, perinola".

Y la perinola salió del saco y comenzó a arriarle a Juan sin misericordia.

— ¡Ay, ay, ayayay! —Gritaba Juan—. ¿Idiay, Señor, tras dao, meniao? Me arrea mi mujer y vos también, Señor. Qué esperanza me queda. ¡Ayayay!

Nuestro Señor dijo:

—Componete, perinola.

Y la perinola se metió muy docilita entre el saco, como si tal cosa.

—Es para que aprendás, Juan, a no dejarte. Es la última vez que te meto el hombro. Y si con esta no entendés, no tenés cuándo, y mejor es que me dejés quieto. Yo no te digo que no seas bueno con tu prójimo, pero tampoco te dejés, porque eso es dejar lugar a que el egoísmo se extienda como una mata de ayote. Y no volvés por aquí, Juan, y no te dejés.

Juan oyó el sermón muy humildito, con los ojos bajos. Se le había abierto como una hendidura en los sesos y ahora iba comprendiendo... Tenía razón Tatica Dios. Estaba bueno lo que le había pasado, por tonto. Sí, quién veía al dueño del sesteo tan labioso. Claro, para mientras se lo tiraba. Pero ahora que se encomendara. Y que se alistara su mujer, y que los chiquillos se fueran ensebando las nalgas. Y Juan Cacho se echó el saco a la espalda y comenzó a bajar la cuesta muy decidido, a grandes pasos.

Llegó al sesteo y salió el hombre hecho una aguamiel, sin saber si el otro venía a reclamarle o a dejarle otra cosita.

— ¡Hola, compadrito! ¡Dichosos ojos! Pase adelante, debe estar muy cansadito. Voy a llamar a mi mujer para que me le aliste aunque sea un plato de arroz y frijoles.

Juan Cacho no se hizo de rogar y se sentó a comer con el saco a un lado. El hombre estaba con una gran curiosidad de saber qué traía el otro en el saco.

— ¡Idiay, compadrito, no trae por ahí alguna novedad de las que usté acostumbra?

Juan se le acercó y le dijo bajito:

—Sí, mi estimado, pero es un gran secreto. Vamos para allá adentro, a un cuarto donde nadie nos oiga. Y no se asomen, porque entonces todo se nos echa a perder —de veras, el otro se fue allá

adentro y le advirtió a todo el mundo que nadie se acercara al cuarto, oyera lo que oyera. Y dijo a su mujer, guiñándole un ojo:

—Voy a ver si hago con ñor Aquel otro negocito como el de la servilleta y el del burro. Ya vos sabés. Ve que nadie se acerque, ya te lo advierto. Si la cosa sale mal por tu culpa, por no cuidar bien para que no se acerquen, vos me la pagarás.

Se fueron para el cuarto y se encerraron con llave. Juan fue abriendo poquito a poco el saco, y el otro hombre con una curiosidad... Estiraba el pescuezo para ver qué tenía entre el saco y parecía que tenía baile de Sanvito y quería meter la mano.

— ¡Ché!, no se asome, viejo, porque entonces no resulta —le advertía Juan, abriendo poquito a poco el saco.

—Y dígame, compadrito —preguntó Juan Cacho—, ¿cómo le ha salido el burriquito?

— ¿Cuál burriquito? —preguntó el otro sobresaltado.

—Pues el burriquito... usté sabe. ¿Y la servilletica, le ha servido de algo?

—No sé de qué me está hablando.

— ¿Con que no lo sabe? Pues le voy a enseñar.

Y Juan puso la boca del saco en dirección del hombre y gritó:

—Escomponete, perinola.

La perinola que parecía un garrote, salió del saco disparada y comenzó a arriarle al hombre sin misericordia y le dio tal garroteada que lo dejó negrito de cardenales. El hombre gritaba pidiendo socorro, pero como había advertido a la familia que oyeran lo que oyeran, no se asomaran, nadie acudió a su auxilio.

Juan Cacho le preguntó:

— ¿Sabés ahora de cuál servilleta y de cuál burro te hablo?

— ¡Sí sé! ¡Sí sé! —Gritaba el hombre—, y ahoritica mismo te los devuelvo, pero ve que ese garrote no me pegue más.

—Cuando me devolvás mis cosas, entonces...

La servilleta y el burro le fueron devueltos. Cuando Juan Cacho se convenció de que eran los legítimos, se montó en su burro y con la servilleta entre la bolsa y el saco de la perinola al hombro cogió camino para su casa. El hombre del sesteo se quedó en un quejido y su cuerpo parecía el de un crucificado.

Juan llegó a su casa. Apenas lo divisó su mujer, le gritó:

— ¿Ya venís, poca pena? Vení acá y te contaré un cuento, gran atenido, que solo servís para echar hijos al mundo y después no sabés mantenerlos. Y no te basta venir solo, sino que también traés al burro. De las costillas te voy a sacar mi cobija, gran tal por cual...

¡Ave María! La mujer parecía un toro guaco. Y los chiquillos malcriados, haciéndole segunda.

Juan Cacho no hizo caso y, tun tun, se metió en la casa, como si no fuera con él. La mujer y los chiquillos se metieron también insultándolo. Juan abrió el saco y cuando su mujer le iba a zampar ya la mano, gritó:

—Escomponete, perinola.

Y salió esa perinola a cumplir con su deber y a darle a aquella alacrana. Hasta que sonaban los

golpes: pan, pan... Y la mujer gritaba y gritaba pidiendo auxilio.

De cuando en cuando la perinola les daba a probar también a los güilas que se habían metido debajo de la cama. Los vecinos acudieron, y como no les abrían echaron la puerta abajo y también salieron rascando.

A la mujer, a punta de garrote, se le había bajado la cresta y muy humildita se puso a pedirle perdón a Juan y a decirle que no lo volvería a hacer, que en adelante iba a ser otra cosa.

Juan se compadeció y gritó:

—Componete, perinola.

Y la perinola que parecía un garrote se metió muy docilita en el saco. Había que ver las chichotas y cardenales que tenían en el cuerpo la madre y los hijos. Juan se paseaba muy gallo por entre aquellas palomitas y corderitos, que le miraban con toda humildad.

—Ahora, a comer —ordenó Juan, y extendió sobre la mesa renca la servilletica.

—Servilletica, por la virtud que Dios te dio, danos de comer.

Y la servilletica, se volvió mantel y se cubrió de viandas exquisitas. Todos comieron y se chupaban los dedos. Juan mandó a repartir entre la vecindad y todavía quedó.

Enseguida cogió la cobija, la tendió en el suelo y dijo:

—Burrito, por la virtud que Dios te dio, reparanos plata.

Y la bestia echó por el trasero, no cagajones, como la vez pasada, sino monedas de oro.

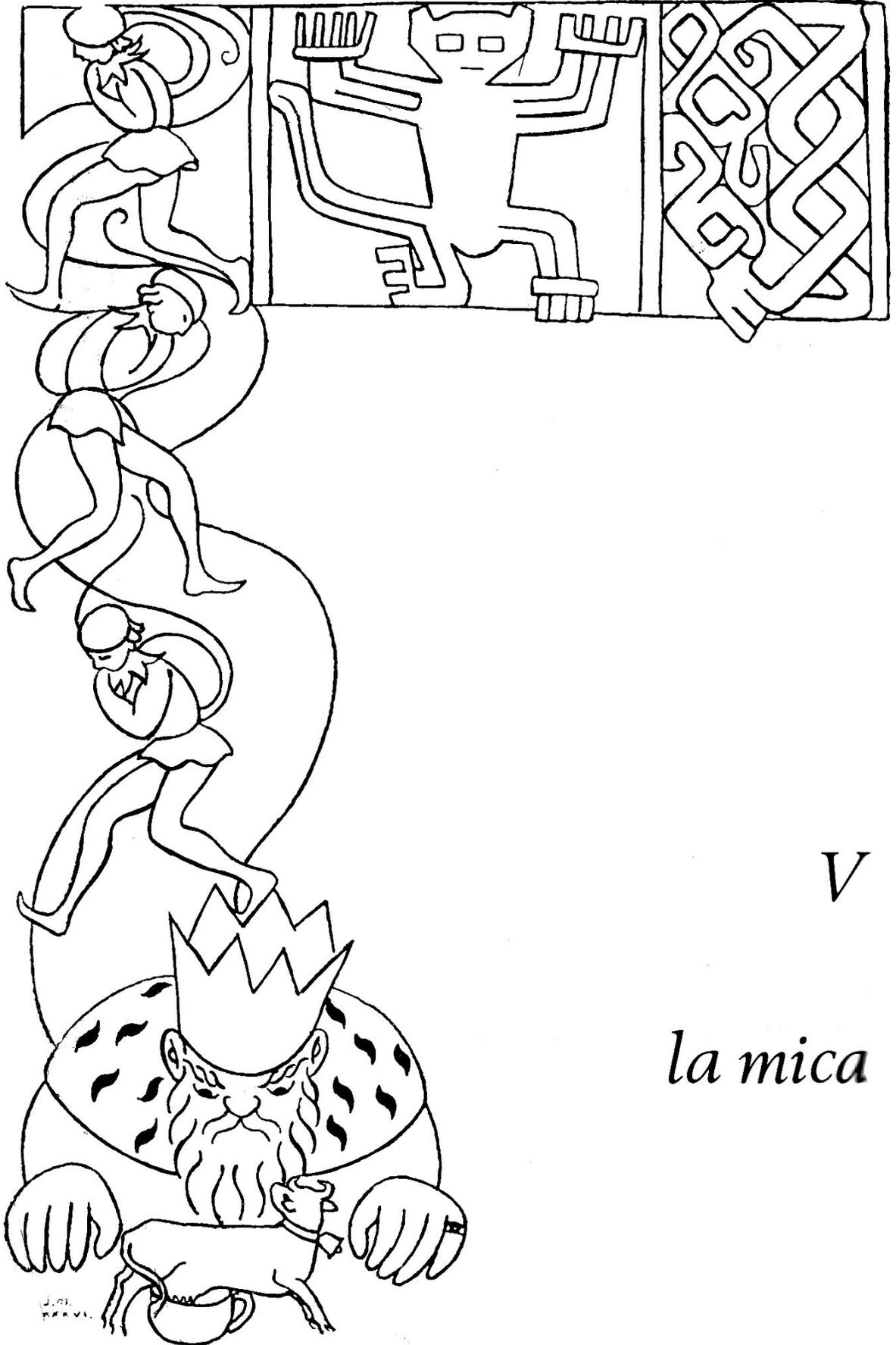
Después de eso la mujer tuvo que coger cama ocho días, tan mal parada había quedado con la garroteada; pero allí en la cama, mi señora parecía una madejita de seda.

Juan compró una casa grande, hermosísima y los pobres se acabaron en ese pueblo, porque Juan no dejaba que hubiera gente con necesidad.

A los chiquillos les sacaron las lombrices; se pusieron gordos y colorados; además se volvieron muy educados, porque Juan puso colgando en el gran salón y medio a medio, el saco de la perinola, con la pizquita de fuera, para que todo el mundo viera que allí estaba quien todo lo arreglaba.

Pero de eso hace ya muchos años, y quién sabe qué se hicieron la servilletica, el burrito y la perinola.

Y me meto por un huequito, y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.



V

la mica

Había una vez un rey que tenía tres hijos. Y el rey estaba desconsolado con sus hijos, porque los encontraba algo mamitas y él deseaba que fueran atrevidos y valientes. Se puso a idear cómo haría para sacarlos de entre las enaguas de la reina, quien los tenía consentidos como a criaturas recién nacidas y no deseaba ni que les diera el viento.

Un día los llamó y les dijo: —Muchachos, ¿por qué no se van a rodar tierras? Le ofrezco el trono a aquel que venga casado con la princesa más hábil y bonita. Y lo mejor será que no digan nada a su mamá, porque ¿quién la quiere ver, si ustedes chistan algo de lo que les ha propuesto?

Y dicho y hecho: a escondidas de la reina los príncipes alistaron su viaje. Para no dar malicia, no salieron todos el mismo día: primero salió el mayor, un lunes; después el de en medio, el miércoles; y el menor, el sábado.

El mayor cogió la carretera y anda y anda, llegó al anochecer a pedir posada a una casita aislada entre un potrero.

Cuando se acercó, oyó unos gritos dolorosos, se asomó por una hendidura y vio a una vieja que estaba dando de latigazos a una pobre miquita que lloraba y se quejaba como un cristiano, encaramada en un palo suspendido por mecates de la solera. El príncipe llamó: "¡Upe!, ña María...".

La vieja se asomó alumbrando con la candela.

Era una vieja más fea que un susto en ayunas: tuerta, con un solo diente abajo, que se le movía al hablar, hecha la cara un arrugero y con un lunar de pelos en la barba.

El joven pidió posada y la vieja le contestó de mal modo que su casa no era hotel, que si quería se quedara en el corredor y se acostara en la banca.

El príncipe aceptó, porque estaba muy rendido. Desensilló la bestia, la amarró de un horcón y él se echó en la banca y se privó.

Allá muy a deshoras de la noche, se levantó asustado porque alguien le tiraba de una manga. Sobre él, colgando del rabo, estaba la mica, que se había salido quién sabe por dónde. Iba a gritar el príncipe, pero ella le puso su manecita peluda en la boca y le dijo: "No grités, porque entonces va y me pillan aquí y me dan otra cuereada. Mirá, vengo a proponerte matrimonio y me sacás de esta casa".

Al muchacho le cogieron grandes ganas de reír, y no fue cuento, sino que reventó en una carcajada.

—Vos sos tonta —le contestó—. ¿Cómo me voy yo a casar con una mica? Si querés te llevo conmigo, pero para divertirme.

La pobre animalita se echó a llorar. —Así no, entonces no; yo solo casada puedo salir de aquí —y se puso a contar los malos tratos que le daba la vieja y a querer que le tocara su cuerpo y viera cómo lo tenía de llagado de los golpes. Pero el príncipe no la veía, porque se había vuelto a dejar

caer y estaba dormido. Otro día muy de mañanase levantó y oyó otra vez a la vieja dando de escobazos a la mica. No tuvo lástima y siguió su camino.

Eso mismo le pasó al hijo segundo, quien siguió por la misma carretera. Este tampoco quiso cargar con la mica.

El tercero tomó también la carretera y al anochecer llegó a la casita del potrero. Y la misma cosa: la vieja dando de palos a la mica. Pero este tenía el corazón derretido y no podía con la crueldad. Abrió la puerta, le quitó el palo a la vieja y la amenazó con darle con él si no dejaba a aquel pobre animal.

La vieja se puso como un toro guaco de brava y no quería dar posada al príncipe, pero él dijo que se quedaría en la banca del corredor y que allí pasaría la noche, aunque se enojara el Padre Eterno.

Y de veras, allí pasó la noche.

Allá en la madrugada lo despertaron unos jalonazos que le daban. Despertó azorado, restregándose los ojos. Una manita peluda le tapó la boca. Como ya comenzaban las claras del día, distinguió a la mica que se mecía sobre él, agarrada del techo por el rabo. Y la miquita se puso a llorar y a contarle su martirio. Luego le propuso matrimonio. Al principio el joven le llevó la corriente y quiso tomarlo a broma: le ofreció llevarla consigo y tratarla con mucho cariño, pero la mica comenzó a sollozar con una gran tristeza y por su carita peluda corrían las lágrimas.

—Así no —contestó—, es imposible. Esta mujer es bruja y solo si hallo quién se case conmigo podré salir de entre sus manos.

Este príncipe, que siempre había sido de ímpetus, se decidió de repente a casarse con la mica. Donde dijo que sí, retumbó la casa y entre un humarasco apareció la bruja que gritaba: — ¡Y ahora cargá con tu mica para toda tu vida!

Él sintió de veras como si una cadena atara a su vida la de aquel animal. El príncipe montó a caballo y se puso la mica en el hombro. Conforme caminaba, reflexionaba en su acción, y comprendía que había hecho una gran tontería.

A cada rato inclinaba más la cabeza. ¿Qué iba a decir su padre cuando le fuera a salir con que se había casado con una mona? ¡Y su madre que no encontraba buena para sus hijos ni a la Virgen María! ¡Cómo se iban a burlar sus hermanos y toda la gente! La mica, que parecía que le iba leyendo el pensamiento, le dijo:

—Mire, esposo mío. No vayamos a ninguna ciudad. Metámonos entre esa montaña que se ve a su derecha y en ella encontraremos una casita que será nuestra vivienda.

El otro obedeció y a poco de internarse, dieron con una casa de madera que no tenía más que sala y cocina, con muebles pobres, pero todo que daba gusto de limpio. Al frente estaba una huerta y atrás un maizal y un frijolar, chayotera y matas de ayote que ya no tenían por dónde echar ayotes.

La mica pidió al príncipe que fuera a buscar leña; ella cogió la tinaja y salió a juntar agua a un ojo de agua que asomaba allí no más. Un rato después, por el techo salía una columnita de humo y por la puerta, el olor de la comida que preparaba la mica y que abría el apetito.

Y así fue pasando el tiempo.

Los tres príncipes habían quedado en encontrarse al cabo de un año en cierto lugar.

El marido de la mica siempre estaba muy triste y pensaba no acudir a la cita. Pero ella, cuando se iba acercando el día señalado, le dijo: —Esposo mío, mañana váyase para que el sábado esté en el lugar en que encontrará a sus hermanos.

Él le preguntó: — ¿Cómo sabés vos?

Pero ella guardó silencio.

De veras, otro día partió. La mica tenía los ojos llenos de agua al decirle adiós y a él le dio mucha lástima.

Cuando llegó al lugar, ya estaban allí sus hermanos, muy alegres. Le contaron que se habían casado con unas princesas lindísimas, que tenían unas manos que sabían hacer milagros.

El pobre no masticaba palabra y, al oírlos, sentía ganas de que se lo tragara la tierra.

—Y vos, hombré, contanos cómo es tu mujer —le preguntaron.

No se atrevió a confesar la verdad y les metió una mentira:

—Es una niña tan bella que se para el sol a verla, y sabe convertir los copos de algodón en oro que hila en un hilo más fino que el de una telaraña.

Y sus hermanos, al escucharlo, sintieron envidia. Cuando llegaron donde sus padres, fueron recibidos con gran alegría.

Cada uno se puso a poner a su esposa por las nubes.

—Bueno —les dijo el rey—, quiero antes que nada ver los prodigios que saben hacer. Cada una va a hilar y a tejer una camisa para mí y otra para la reina, tan finamente, que un muchachito de pocos meses las pueda guardar en su mano. A ver cuál queda mejor. Les doy un mes de plazo.

Volvieron los príncipes donde sus mujeres y le explicaron el deseo del rey. Inmediatamente las princesas encargaron seda finísima y se pusieron a hilar. La mica no hizo nada, ni volvió a mentar la camisa. El marido la llamaba al orden, pero se hacía como si no fuera con ella y el príncipe se ponía cada vez más triste. El día de ir al palacio, lo despertó la mica muy de mañana; ya le tenía el caballo ensillado.

— ¿Para qué me has ensillado mi bestia? No pienso ir adonde mis padres, porque no puedo llevarles lo que me pidieron.

Entonces ella le entregó dos semillas de tacaco.

—Aquí están las camisas —le dijo.

El muchacho no quería creer, pero la mica le dijo que si al abrirlas ante su padre no tenía lo que deseaba, él quedaría libre de ella.

Partió el príncipe y en el camino encontró a sus hermanos, que en cajas de oro llevaban las camisas de un tejido de seda muy fino. Las costuras apenas si se veían y los botones eran de oro. Cuando el menor enseñó sus semillas de tacaco, los mayores le hicieron burla. Al llegar ante el rey, se regocijó este del trabajo de las dos nueras y se puso furioso cuando el otro le dio las semillas de tacaco. Como las cogió con cólera, las destripó y entonces de cada una salió una camisa de tela tan fina que una hoja de rosa se veía ordinaria a la par, y de una blancura tal, que parecía tejida con hebras hiladas del copo de la luna. Los botones eran piedras preciosas y las costuras no se podían ver ni buscándolas con lente. El rey y la reina casi se van de bruces y los

hermanos salieron avergonzados y envidiosos.

—Bueno —dijo el rey—. Estoy muy satisfecho del trabajo de vuestras esposas. Ahora que cada una me envíe un plato.

Quiero ver cuál cocina mejor. Les doy una quincena de plazo.

El menor volvió muy contento donde su mica y le contó el nuevo capricho de su padre. La mica no volvió a mencionar el asunto, pero el príncipe esta vez esperó pacientemente. Eso sí, se sintió algo intranquilo cuando llegado el día, la vio coger para el cerco y volver con un gran ayote que echó a cocinar en la olla.

—Me le va a llevar esto a su tata —le dijo sacándolo y echándolo en un canasto.

Él no hallaba cómo ir llegando con aquello. Pero los ojillos de la mica estaban nadando en malicia. Entonces se decidió, cogió su canasta y echó a andar. En el camino encontró a sus hermanos que venían seguidos de criados cargados de bandejas de oro y plata, con manjares exquisitos preparados por sus esposas.

Cuando lo vieron a él con su ayote entre un canasto, se burlaron y le hicieron chacota.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a servir los platos, y el rey y la reina hasta que se chupaban los dedos. Pero cuando fueron entrando con el ayote entre el canasto, el rey se enfureció como un patán y lo cogió y lo reventó contra una pared. Y al reventarse, salió volando de él una bandada de palomitas blancas, unas con canastillas de oro en el pico, llenas de manjares tan deliciosos como los que se deben de comer en el cielo en la mesa de Nuestro Señor; otras con flores que dejaban caer sobre todos los presentes. ¡Ave María! ¡Aquello sí que fue algazara y media!

El rey les dijo: —Bueno, ahora quiero que me traigan una vaquita que ojalá se pueda ordeñar en la mesa, a la hora de las comidas. Les dio ocho días de plazo.

Los príncipes se fueron renegando de su padre tan antojado. Llegaron de chicha a contar cada uno a su esposa el antojo del rey. Solo el menor no dijo nada, porque la cosa le parecía imposible.

A los ocho días fue entrando la mica con un cañuto de caña de bambú y lo entregó a su esposo:

—Tome, hijo, y vaya al palacio. Tenga confianza y verá que le va bien. No lo abra hasta que llegue.

El muchacho cogió el cañuto y partió. En el patio encontró a sus hermanos con unas vaquitas enanas del tamaño de un ternero recién nacido y llenas de cintas. Al verlo entrar sin nada, se pusieron a codearse y a reír.

A la hora del almuerzo fueron entrando con sus vacas y se empeñaron en que se subieran a la mesa, pero allí los animales dejaron una quebrazón de loza y una hasta una gracia hizo en el mantel. El rey y la reina se enojaron mucho y se levantaron de la mesa sin atravesar bocado.

A la comida, el rey preguntó a su hijo menor por su vaquita. Él sacó el cañuto de caña de bambú, lo abrió y va saliendo una vaquita alazana con una campanita de plata en el pescuezo y los cachitos y los casquitos de oro. Las teticas parecían botoncitos de rosa miniatura. Se fue a colocar muy mancita frente al rey sobre su taza, como para que la ordeñara. El rey lo hizo y llenó la taza de una leche amarillita y espesa. Después se colocó ante la reina e hizo lo mismo, y así fue haciendo con cada uno de los que estaban sentados. Todos tenían un bigote de espuma sobre la

boca.

Por supuesto que ustedes imaginarán cómo estaban los reyes con su hijo menor. ¡Ni para qué decir nada de esto!

Los otros, que se veían perdidos, salieron con el rabo entre las piernas.

—Ahora —dijo el rey—, quiero que me traigan a sus esposas el domingo entrante.

— ¡Aquí sí me llevó la trampa! —pensó el hijo menor. Por un si acaso, se fue a las tiendas y compró un corte de seda, un sombrero, guantes, zapatillas, ropa interior, polvos, perfume y qué sé yo.

Y llegó con sus regalos adonde su esposa y le contó lo que deseaba su padre. La mica se hizo la sorda y en toda la semana trabajó nada más que en sus labores de costumbre: barrer, limpiar, hacer la comida y lavar.

Cada rato el marido le decía:

—Hija, ¿por qué no saca el corte que le traje y hace un vestido?

Pero ella lo que hacía era encaramarse en su trapecio que estaba suspendido de la solera y hacer maroma colgada del rabo.

Cuando la veía en estas piruetas al príncipe se le fruncía la boca del estómago de la vergüenza... ¡Si su esposa no era sino una pobre mica!

El sábado pidió a su marido que fuera a conseguir una carreta y que la pidiera con manteado para ir así a conocer a sus suegros. Él quiso persuadirla de que era muy feo ir en carreta, menos adonde el rey; que se iban a reír de ellos; que la gente de la ciudad era rematada y que por aquí y por allá. Pero la mica metió cabeza y dijo que si no iba en carreta, no iría.

El príncipe pensaba que eso sería lo mejor, y a ratos intentó no volver a poner los pies en el palacio, pero el caso es que fue a buscar y contratar la carreta.

El domingo quiso que su esposa se arreglara y adornara, que se envolviera siquiera en la seda que él había traído, porque deseaba que no le vieran el rabo. La mica, que era cabezona como ella sola, no quiso hacer caso y le contestó:

—Mire, hijo, para el santo que es con un repique basta —y se pasó la lengüilla rosada por el pelo.

Lo mandó que se fuera adelante y ella se metió entre la carreta.

El príncipe encontró de camino a sus hermanos que iban en sendas carrozas de cuatro caballos, cada uno con su esposa llena de encajes y plumas que pegan al techo del coche. Eran hermosotas, no se podía negar, y el joven volvió la cabeza y pegó un gran suspiro cuando allá vio venir la carreta pesada y despaciosa.

— ¿Y tu mujer? —preguntaron los hermanos.

—Allá viene en aquella carreta.

Las señoras se asomaron y se taparon la boca con el pañuelo para que su cuñado no las viera reír. Los príncipes se pusieron como chiles, al pensar lo que podrían imaginar sus mujeres al ver que su cuñada venía entre una carreta cubierta con un manteado como una campiruzza cualquiera.

Llegaron a la puerta del palacio. El rey y la reina salieron a recibir a sus hijos. Las dos nueras al inclinarse les metieron los plumajes por la nariz. En esto la carreta quiso entrar en el patio, pero

los guardias lo impidieron.

— ¿Y tu esposa? —preguntó el rey al menor de sus hijos, que andaba para adentro y para afuera haciendo pinino.

—Allí viene entre esta carreta —contestó chillado.

— ¡Entre esa carreta! Pero hijo, ¡vos estás loco!

Y el gentío que estaba a la entrada del palacio se puso a silbar y a burlarse, al ver la carreta con su manteado detrás de aquellas carrozas que brillaban como espejos.

El rey gritó que dejaran pasar la carreta.

Y la carreta fue entrando, cararán cararán... Se detuvo frente a la puerta...

¡Al príncipe un sudor se le iba y otro se le venía! Deseaba que la tierra se lo tragara. Tuvo que sentarse en una grada, porque no se podía sostener. ¡Ya le parecía oír los chiflidos de la gente donde vieran salir de la carreta una mica!

¡Pero fue saliendo una princesa tan bella que se paraba el sol a verla, vestida de oro y brillantes, con una estrella en la frente, riendo y enseñando unos dientes que parecían pedacitos de cuajada!

Lo primero que hizo fue buscar al menor de los príncipes.

Le cogió una mano con mucha gracia y le dijo:

—Esposo mío, presénteme a sus padres.

Cuando se los hubo presentado, los reyes se sintieron encantados porque hacía unas reverencias y decía unas cosas con tal gracia, como jamás se había visto.

El rey en persona la llevó de bracete al comedor y la sentó a su derecha. Durante la comida, sus concuñas, que no le perdían ojo, vieron que la princesa se echaba entre el seno, con mucho disimulo, cucharadas de arroz, picadillo, pedacitos de pescado y empanadas. Por imitarla hicieron lo mismo.

Después hubo un gran baile. Cuando empezaron a bailar, la princesa se sacudió el vestido y salieron rodando perlas, rubíes y flores de oro. Las otras creyeron que a ellas les iba a pasar lo mismo y sacudieron sus vestidos, pero lo que salió fueron los granos de arroz, el picadillo, los pedazos de carne y las empanadas. Los reyes y sus maridos sintieron que se les asaba la cara de vergüenza.

Luego el rey cogió a su hijo menor y su esposa de la mano y los llevó al trono. —Ustedes serán nuestros sucesores —les dijo.

Pero ella con mucha gracia le contestó: —Le damos las gracias, pero yo soy la única hija del rey de Francia, que está muy viejito y quiere que mi esposo se haga cargo de la corona.

Al oír que era la hija del rey de Francia, el rey casi se va para atrás, porque el rey de Francia era el más rico de todos los reyes, el rey de los reyes, como quien dice. La princesa habló algunas palabras al oído de su marido, quien dijo a su padre:

—Padre mío, ¿por qué no reparte su reino entre mis dos hermanos? Así estará mejor atendido.

Al rey le pareció muy bien y allí mismo hizo la repartición.

Los hermanos quedaron muy agradecidos. Luego se despidieron y se fueron para Francia en una carroza de oro con ocho caballos blancos que tenían la cola y las crines como cataratas

espumosas. Esta carroza llegó cuando la carreta que trajo a la princesa iba saliendo del patio del palacio, y cuando estuvieron solos, la niña le contó que una bruja enemiga de su padre, porque este no había querido casarse con ella, se vengó convirtiéndole a su hija en una mica, la que volvería a ser como los cristianos cuando un príncipe quisiera casarse con esa mica.

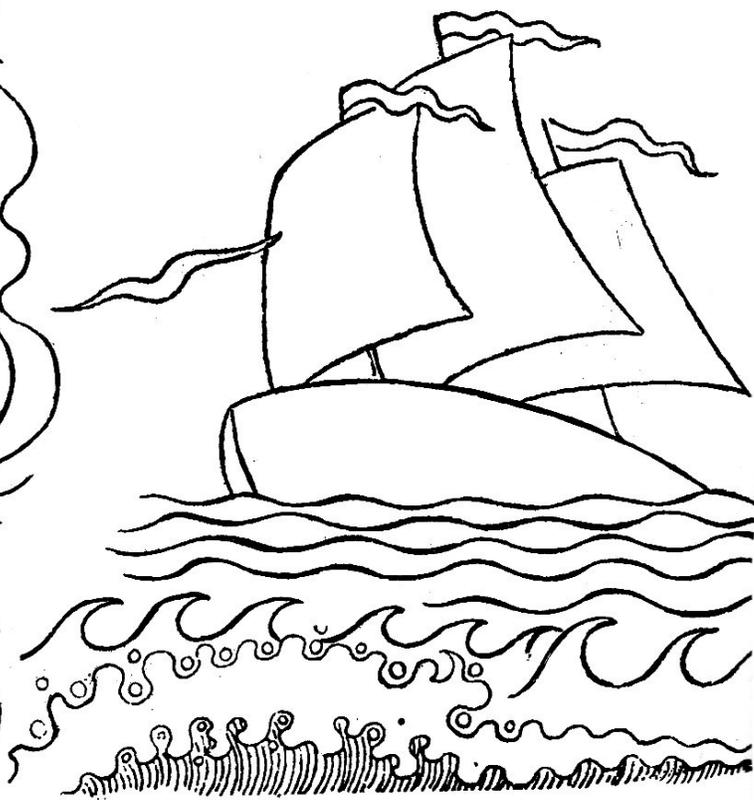
Y después vivieron muy felices.

*Y yo fui
y todo lo vi
y todo lo curioseé,
y nada saqué.*



VI

el Cotonudo



Pues, señor, había una vez una viejita que tenía un hijo galanote e inteligente y además bueno y sumiso con ella, que parecía una hija mujer. La viejita era muy pobre y siempre tenía que andar corre que te alcanzo con el real; lo único que tenía era una casita en las afueras de la ciudad y sus fuerzas, con las que lavaba y aplanchaba, para ayudar a su hijo a quien se le había metido entre ceja y ceja estudiar para médico. Eso sí, que el pobre tenía que presentarse en la escuela sabe Dios cómo: el vestido hecho un puro remiendo, nada de cuello ni corbata y con la patica en el suelo.

Para ir a la escuela el joven pasaba todos los días frente al palacio del rey, y dio la casualidad que a esa hora se asomaba la hija del rey al balcón. A la princesa le llamó la atención aquel joven tan galán vestido pobremente, pero tan limpio que parecía un ajito, con los pies descalzos tan lavados y blancos, que daba lástima mirarlos caminar entre los barriales.

¿Adónde iría con sus alforjitas al hombro y sus libros bajo el brazo?

Por fin un día no se aguantó y mandó a una de sus criadas a que lo llamara, y cuando lo oyó hablar con tanta sencillez y facilidad, se enamoró perdidamente del joven. Y desde entonces lo esperaba en el jardín para conversar con él.

El joven también se había enamorado de la princesa quien era un primor de bonita: con una cabeza que era como ver el sol de rubia y en la que cada hebra era crespada como un quelite de chayote. Además era buena y noble, que no tenía compañera, y ella tan lo mismo trataba al pobre que al rico. Pero el joven se había guardado con candado su enamoramiento, porque ¿en qué cabeza podría haber que una princesa se casara con un chonete como él, que no se calzaba porque no tenía con qué comprar zapatos?

Pero así es el mundo, y la princesa al ver que el muchacho no tenía trazas de decirle: "Tenés los ojos así y la boca así", dejó a un lado la pena y un día, sin más ni más, le declaró que estaba enamorada de él. Al principio el joven creyó que era por burlarse, pero al fin acabó por convencerse de que le estaba hablando de de veras.

Entonces le dijo:

—Mire, es mejor que no pensemos en esto. Yo soy lo que se llama un arrancado. Es de las cosas que no hay que pensar dos veces, y lo mejor que yo puedo hacer es decirle adiós y no volver ni a pasar por esta calle.

Pero la princesa, que también era muy cabezona, se le prendió como una garrapata y acabó por hacerlo aceptar una bolsa llena de oro para que se fuera a tantear fortuna. Ella le juraba esperarlo. Él partió a rodar tierras. Un día se embarcó, naufragó el buque en que iba, y por un milagro de Dios quedó vivo para contar el cuento.

Hecho un ¡ay, de mí!, regresó a su país. Su madre lo recibió con gran alegría.

Allá, entre oscuro y claro, se envolvió en un algodón, se puso un gran sombrero, las dos únicas cosas que trajo de su viaje, y fue a pasearse frente al balcón de la princesa, para ver si podía

entregarle una carta en la que le contaba sus desgracias y la conveniencia de que no lo esperara y se casara con un príncipe. Los que lo encontraban se decían:

— ¿Quién será ese cotonudo?

Consiguió lo que deseaba, pero la niña mandó a buscarlo y lo convenció de que debía recibir otra bolsa de dinero y volver a comenzar. Partió de nuevo a rodar tierras, pero en esta ocasión unos ladrones lo dejaron a buenas noches con cuanto llevaba.

Volvió a su país y otra vez a ponerse el algodón y el gran sombrero y otra vez a buscar a la princesa. Los que lo veían se preguntaban:

— ¿Quién será ese cotonudo?

Y la criada de la princesa corrió a avisar a su ama que allí estaba "su cotonudo", y la princesa comprendió.

En esta ocasión fue más difícil el convencerlo de que debía recibir otra bolsa de oro, y la pobre niña tuvo que arrodillarse y llorar para que él la recibiera.

Se fue, se embarcó y por lo que se ve era más torcido que un cacho de venado, porque en una tempestad, el mar se tragó el barco en que iba, y a él lo arrojaron las olas a una isla desierta, sin más vestido que aquel con el Nuestro Señor lo echó a este mundo. Cuando volvió en sí, estaba tan desesperado que pensó que lo mejor que podía hacer era ahorcarse, y se puso a buscar unos bejucos resistentes y un palo donde hacerlo. Halló las dos cosas. El árbol estaba a orillas de un río y antes de subir le dieron ganas de beber agua. Al acercarse, vio en el centro de la corriente un joven muy galán sentado en una piedra. Le preguntó qué hacía allí, y el otro le contestó que era un príncipe a quien hacía muchos años tenían encantado. Él recién llegado quiso saber si no habría medio de desencantarlo y el otro le dijo que sí, pero que era muy difícil hallar quién se comprometiera a ello, porque se necesitaba una persona muy valiente que fuera a sentarse en una piedra que él ocupaba, dispuesta a hacerle frente sin temblar a cuanto viniera. Entonces el cotonudo reflexionó que era mejor morir tratando de sacar de apuros a un prójimo, que ahorcado, y le dijo que él estaba dispuesto a probar si era posible librarlo de semejante situación. Y diciendo y haciendo, se metió en la corriente y obligó al príncipe a dejarle el lugar. Este se sentó en la orilla a aguardar su destino.

De pronto se vio venir una creciente que arrastraba piedras enormes y troncos inmensos. El cotonudo pensó que hasta allí se la había prestado Dios, se santiguó y esperó tranquilamente que la corriente lo arrastrara. Pero con gran asombro suyo, el agua se apaciguó y vino muy sumisa, como un perro, a lamerle los pies e inmediatamente el río se secó. Luego vio venir hacia él un tigre muy grande que echaba fuego por los ojos y le enseñaba los dientes.

—Ahora sí que no me escapo —se dijo. Volvió a santiguarse y con toda tranquilidad encomendó su alma a Dios. Pero el tigre se acercó, le lamió los pies como el agua y desapareció entre la montaña. Después fue un toro de aspecto temible, que hubiera hecho temblar al mismo San Miguel Arcángel, quien no le tuvo miedo ni al Diablo. Pero el muchacho pensó que seguramente pasaría como con la creciente y el tigre, y más bien se rió de los aspavientos del toro, que pasó a su lado cual un huracán, sin causarle el menor daño.

Al punto se oyó un gran estruendo, la piedra en que estaba sentado dio una vuelta y se vio la

entrada de una cueva. El príncipe se acercó, abrazó a su salvador y se arrodilló ante él llorando y le besó las manos. Luego lo llevó a la cueva que estaba llena de talegos de oro, de cajas llenas de brillantes, rubíes y toda clase de piedras preciosas, de conchas que encerraban perlas que parecían botoncitos de rosa.

—Todo esto es nuestro —dijo el príncipe—. Un enano venía cada semana a darme de latigazos y a mortificarme, y me enseñó una vez estos tesoros y burlándose, dijo que serían míos el día que hubiera quién me desencantara. Yo le pregunté por llevarle la corriente, que cómo haría en tal caso para sacarlos, y él me contestó que inmediatamente habría un barco en el puerto, del que yo podría hacer y deshacer.

Se subieron a una altura y desde allí divisaron, efectivamente, un gran barco en el puerto. Comenzaron a transportar las riquezas y cuando terminaron, se hicieron a la vela. Manos invisibles ejecutaban todos los trabajos que se necesitan en un buque. Así llegaron hasta un puerto del reino del príncipe. Los reyes, sus padres, aún vivían, muy viejitos y siempre pensando en su hijo desaparecido hacía tantos años. El príncipe envió a su amigo a prepararlos... ¿Para qué hablar de la felicidad de los reyes? Lo cierto es que no quedó campana que no repicó, ni grano de pólvora que no reventó, en señal de alegría por el regreso del príncipe a quien todos creían muerto. Los reyes dieron al pueblo todos sus toros y vacas para que los mataran y los asaran en las plazas públicas y sacaron de sus bodegas todo el vino, para que el pueblo comiera y bebiera hasta caer sentado. Tres días duró la parranda.

Al cotonudo lo querían casar con una de las hijas del rey, pero él les contó su compromiso y se despidió. El príncipe le dio un gran barco cargado con las dos terceras partes del tesoro sacado de la isla, y el rey y la reina una caja de oro que debía abrir el día de su boda.

Por fin partió con las bendiciones de toda aquella gente y al cabo de unos cuantos días de navegar llegó a su país. Salió del buque de noche para que no lo conocieran. Halló a su madre en la misma casa y hecha un tacaquito la vieja. La pobre ya casi no veía, de tanto llorar por su hijo. ¡Oh, felicidad, cuando reconoció a su muchacho!

Otro día, entre oscuro y claro, se metió en su algodón, y se puso el gran sombrero (ambas cosas las había dejado guardadas en su casa) y se fue a rondar el palacio. Observó que en las calles había mucho movimiento, que el palacio estaba iluminado como para una fiesta, que a cada instante llegaban coches de los que bajaban señoras y caballeros con vestidos resplandecientes. Preguntó la causa de todo aquello y le contestaron que esa noche se casaba la hija del rey. Llamó a un criado y le dio cien pesos para que le llamara a la viejita que había chineado a la princesa, quien lo quería mucho, y por supuesto el criado no se hizo mucho de rogar. Vino la sirvienta y al ver al cotonudo se puso en un temblor. Lo llevó a un rincón y le contó que la princesa lo creía muerto, porque habían pasado varios años sin tener noticias suyas y que ahora el rey la obligaba a casarse con un príncipe muy viejo y más feo que un golpe en la espinilla. Le rogó que esperara allí un momento y corrió a avisar a su ama. A pesar de la emoción que le causó esta noticia, la princesa no se atarantó y dijo a su criada que por un pasadizo que solo ellas conocían, lo llevara a la capilla y lo escondiera detrás de unas cortinas que estaban cerca del altar.

Por fin entraron los novios y los convidados a la capilla. El cotonudo, que no tembló ante la

creciente, ni ante el tigre, ni el toro, no se podía sostener al ver a su princesa tan linda, que parecía una luna nueva con su vestido de novia. ¡Y qué feo y qué viejo era el hombre que se la quería quitar!

El señor obispo se acercó a los que se iban a desposar.

Cuando preguntó a la niña: "¿Recibe por esposo y marido al príncipe don Fulano de Tal?", ella dio media vuelta, apartó la cortina, sacó a su cotonudo, y con voz muy clara dijo:

—No, señor, al que recibo es a este —y el señor obispo se vio obligado a echarles la bendición. Por supuesto que aquello fue levantar un polvorín: la reina cayó con un ataque y el rey se puso como agua para chocolate, mandó que la cocinera trajera su vestido más tizado y ordenó a su hija que se lo pusiera. Luego los echó puerta afuera. En ese momento pasaba un carbonero con su borriquito cargado de carbón que iba a vender a la próxima ciudad, porque al otro día era el día de mercado. El rey hizo que quitaran al pobre hombre su borrico y sobre los sacos obligó a la princesa que se montara. Hecho esto, se metió en su palacio y les tiró la puerta encima.

El cotonudo, con mucha cachaza, se aguantó todo aquello.

Comenzó a arriar la bestia que llevaba a su mujer encima y a abrirse paso como podía entre la gente que los seguía burlándose y poniéndolos como un chuica.

Tomaron el camino del puerto con aquel molote de gente que no los desamparaba y que no se cansaba de gritar:

— ¡La princesa se ha vuelto loca! ¡Achará la princesa que se fue a casar con ese cotonudo! ¡Siempre el peor chanco se lleva la mejor mazorca!

El cotonudo se hacía el tonto y como si no fuera con él, trun, trun, arriando el borrico.

Pero, cuál fue la admiración de todos al verlo entrar en el muelle, detenerse frente a aquel hermoso barco, el más grande y hermoso que hasta entonces no llegara a este país y tocar en un pito a cuyo sonido salió toda la tripulación apresuradamente. Bajó el capitán con el sombrero en la mano y saludó al cotonudo de un modo que casi se le quebraba el espinazo. El cotonudo le dijo unas palabras al oído, subió el otro de estampía al barco y formó la tripulación en dos filas; todos los cañones comenzaron a disparar y la banda del barco a tocar la pieza más alegre que sabía. Entonces el cotonudo bajó del burro a su esposa, y sacó de entre su algodón un gran bolsillo lleno de monedas de oro y lo entregó al pobre carbonero que lo había seguido pie a pie, con la cara más triste que un viernes santo. Luego le dio unas palmaditas al burro y lo devolvió a su dueño.

Entretanto, la gente estaba como en misa y todos no hacían más que abrir los ojos lo más que podían.

La princesa estaba también sin saber qué pensar. Su marido la cogió de una mano y subió al barco entre las dos filas de marineros, que tenían la cabeza inclinada como si fuera pasando Nuestro Amo. Cuando estuvieron arriba, todos tiraron sus gorras por los aires y gritaron:

— ¡Que vivan el cotonudo y su esposa!

El cotonudo llevó a su mujer a un salón tan lujoso, que la princesa, con ser princesa, nunca se lo había imaginado. Allí estaba la caja de oro que los reyes, padres de su amigo, le habían dado para que la abriera el día de su boda. La abrieron y dentro de ella había dos vestidos como para un rey y una reina, pero tan maravillosos, que la princesa abrió su boquita de par en par y no dijo ni

tus ni mus.

Así que se vistieron, salieron para montar en una carroza de oro y plata que habían sacado del barco, tirada por ocho caballos a cual más copetón.

Las gentes, al verlos, gritaban: "¡Son el sol y la luna! ¡La princesa se ha casado con el rey más hermoso de la Tierra!

¡Hizo bien la princesa en no casarse con aquel viejo que no es más que el cascarón! ¡Este sí que es ñeque!".

Montaron en la carroza y fueron por la viejecita madre del cotonudo, que estaba en vela esperando a su hijo. Cuando vio todo aquello, creyó que se había quedado dormida en la silla y que soñaba. ¿Cómo iba a ser que este hermoso señor vestido de oro, y casado con la hija del rey, fuera su hijo, quien salió temprano de la noche, envuelto en su algodón?

"¡Las cosas que sueña uno!", se decía. Y se metía pellizquitos ella misma y se preguntaba:

— ¿A qué hora voy a despertar?

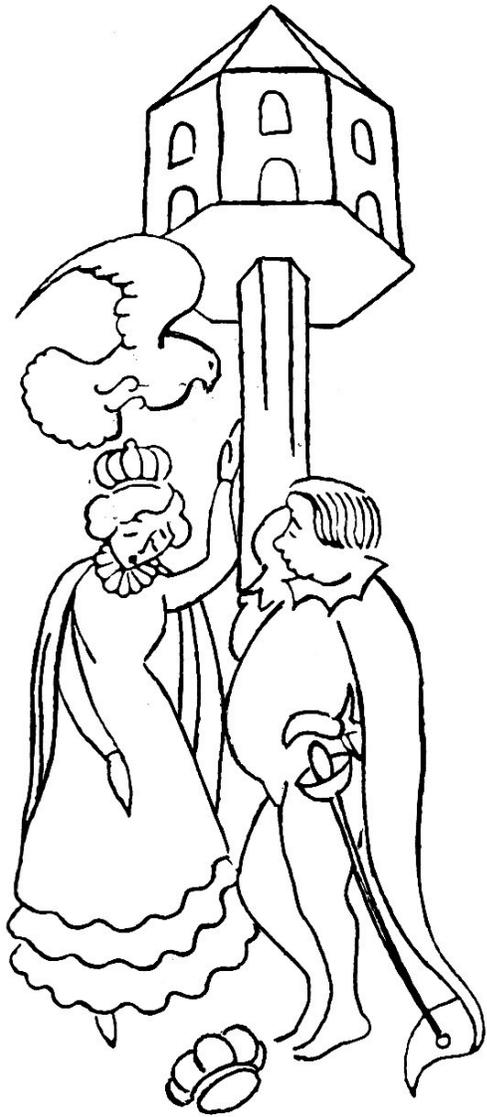
Volvieron al barco y a poco llegaron unos amigos del rey que ya habían tenido noticias de las maravillas que estaban ocurriendo. El cotonudo envió a sus suegros un cofrecillo lleno de joyas tan bellas y ricas, que el rey también tuvo que abrir la boca y volver de su ataque. Y sin esperar razones, se fueron para el barco, y así que hubieron visto y metido las manos entre todos los tesoros que contenía, agarraron a su yerno a abrazos y besos y desde ese día andaban con él santo,

¿Dónde te pondré?

Entretanto, la princesa no hacía más que consentir a la viejecita su suegra, la que se imaginaba que mientras dormía había muerto, que ahora estaba en el cielo y que un ángel la cuidaba.

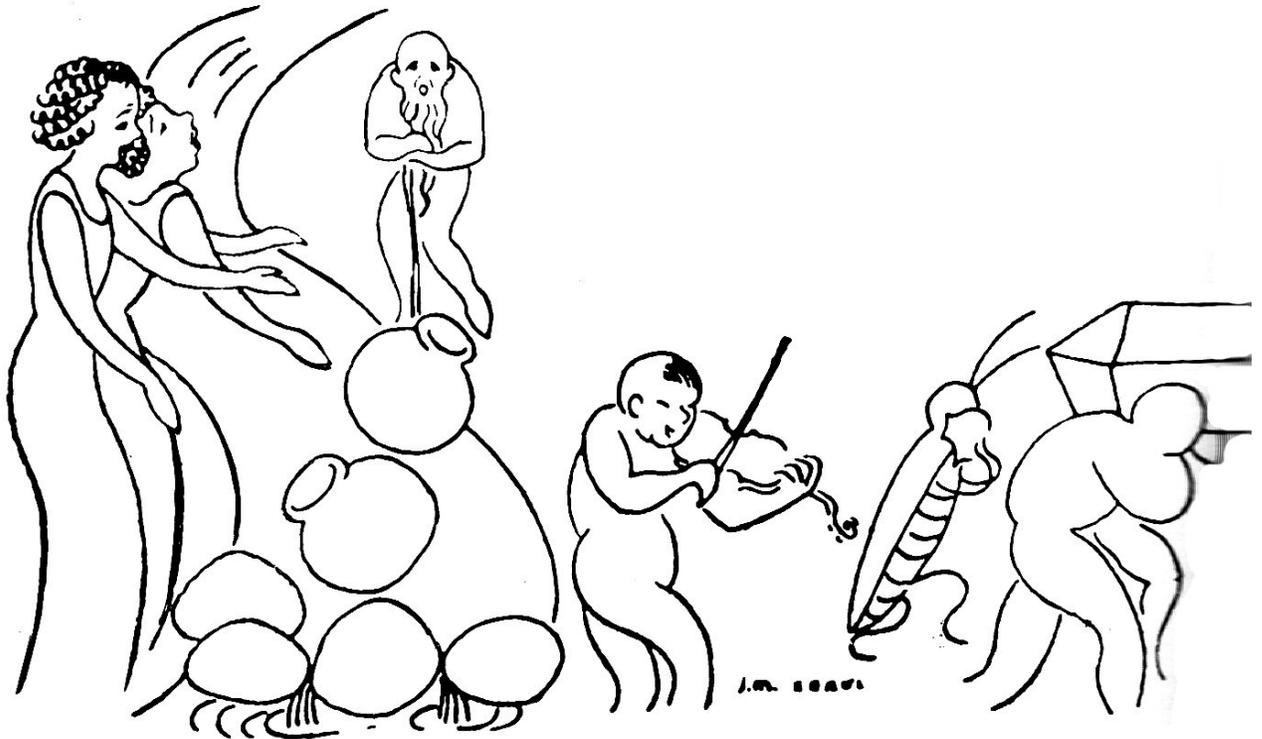
Después los recién casados, mientras les construían un palacio, fueron en su barco a visitar a los reyes amigos.

Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos y yo fui y vine y no me dieron nada.



VII

*la
cucarachita
Mandinga*



La Cucarachita Mandinga

Había una vez una Cucarachita Mandinga que estaba barriendo las gradas de la puerta de su casita, y se encontró un cinco.

Se puso a pensar en qué emplearía el cinco.

"¿Si compro un cinco de colorete? No, porque no me luce.^[2] ¿Si compro un sombrero? No, porque no me luce. ¿Si compro unos aretes? No, porque no me luchen. ¿Si compro un cinco de cintas? Sí, porque sí me luchen".

Y se fue para las tiendas y compró un cinco de cintas; vino y se bañó, se empolvó, se peinó de pelo suelto, se puso un lazo en la cabeza y se fue a pasear a la Calle de la Estación. Allí buscó asiento.

Pasó un toro y viéndola tan compuesta, le dijo: —Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita le contestó:

— ¿Y cómo hacés de noche?

— ¡Mu... mu...!

La Cucarachita se tapó los oídos:

—No, porque me chutás.^[3]

Pasó un perro e hizo la misma proposición.

— ¿Y cómo hacés de noche? —le preguntó la Cucarachita.

— ¡Guau... guau...!

—No, porque me chutás.

Pasó un gallo:

—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

— ¿Y cómo hacés de noche?

— ¡Qui qui ri qui...!

—No, porque me chutás.

Por fin pasó el Ratón Pérez.

A la Cucarachita se le fueron los ojos al verlo: parecía un figurín, porque andaba de leva, tirolé y bastón.

Se acercó a la Cucarachita y le dijo con mil monadas:

—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

— ¿Y cómo hacés de noche?

— ¡I, i, iii...!

A la Cucarachita le agradó aquel ruidito, se levantó de su asiento y se fueron de bracete.

Se casaron y hubo una gran parranda.

Al día siguiente la Cucarachita, que era muy mujer de su casa, estaba arriba desde que

comenzaron las claras del día poniéndolo todo en su lugar.

Después de almuerzo puso al fuego una gran olla de arroz con leche, cogió dos tinajas que colocó una sobre la cabeza y otra en el cuadril, y se fue por agua.

Antes de salir dijo a su marido: —Véame el fuego y cuidadito con golosear en esa olla de arroz con leche.

Pero apenas hubo salido su esposa, el Ratón Pérez le pasó el picaporte a la puerta y se fue a curiosear en la olla. Metió una manita y la sacó al punto: — ¡Carachas! ¡Que me quemo! —Metió la otra—: ¡Carachas! ¡Que me quemo! —Metió una pata—: ¡Carachas! ¡Que me quemo! —Metió la otra pata y salió bailando de dolor—: ¡Demontres de arroz con leche, para estar pelando!

Pero como eran muchas las ganas de golosear, acercó un banco al fuego y se subió a él para mirar dentro de la olla...

El arroz estaba hierve que hierve, y como la Cucarachita le había puesto queso en polvo y unas astillitas de canela, salía un olor que convidaba.

Ratón Pérez no pudo resistir y se inclinó para meter las narices entre aquel vaho que olía a gloria. Pero el pobre se resbaló... y cayó dentro de la olla.

Volvió la Cucarachita y se encontró con la puerta atrancada. Tuvo que ir a hablarle a un carpintero para que viniera a abrirla. Cuando entró, el corazón le avisaba que había pasado una desgracia. Se puso a buscar a su marido por todos los rincones. Le dieron ganas de asomarse a la olla de arroz con leche... y ¡va viendo!... a su esposo bailando en aquel caldo.

La pobre se puso como loca y daba unos gritos que se oían en toda la cuadra. Los vecinos la consideraban, sobre todo al pensar que estaba tan recién casada. Mandó a traer un buen ataúd, metió dentro de él al difunto y lo colocó en media sala.

Ella se sentó a llorar en el quicio de la puerta.

Pasó una palomita que le preguntó:

—*Cucarachita Mandinga,*
¿Por qué estás tan triste?

La Cucarachita le respondió:

—*Porque Ratón Pérez*
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora.

La palomita le dijo:

—Pues yo por ser palomita
me cortaré una alita.

Llegó la palomita al palomar que al verla sin una alita, le preguntó:

—Palomita, ¿por qué te cortaste una alita?

—*Porque Ratón Pérez*
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...

*Y yo por ser palomita
me corté una alita.*

Entonces el palomar dijo:

*—Pues yo por ser palomar
me quitaré el alar.*

Pasó la reina y le preguntó:

—Palomar, ¿por qué te quitaste el alar?

*— Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...*

Y la palomita se cortó una alita...

*Y yo por ser palomar
me quité mi alar.*

La reina dijo:

*—Pues yo por ser reina,
me cortaré una pierna.*

Llegó la reina renqueando donde el rey, que le preguntó:

—Reina, ¿por qué te cortaste una pierna?

*—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...*

*Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar*

*se quitó su alar,
y yo por ser reina,
me corté una pierna.*

El rey dijo:

*—Pues yo por ser rey,
me quitaré mi corona.*

Pasó el rey sin corona por donde el río, que le preguntó:

—Rey, ¿por qué vas sin corona?

*— Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...*

*Y la palomita
se cortó una alita,*

*el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
y yo por ser rey,
me quité la corona.*

El río dijo:

*—Pues yo por ser río,
me tiraré a secar...*

Llegaron unas negras al río a llenar sus cántaros y al verlo seco, le preguntaron:

—Río, ¿por qué estás seco?

*— Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...*

*Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó su corona
y yo por ser río,
me tiré a secar...*

—Pues nosotras por ser negras, quebramos los cántaros.

Pasaba un viejito, quien al ver a las negras quebrar sus cántaros, les preguntó:

— ¿Por qué quebráis los cántaros?

*— Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...*

*Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó la corona,*

*el río
se tiró a secar
y nosotras por ser negras,
quebramos los cántaros.*

El viejito dijo:

*—Pues yo por ser viejito,
me degollaré.*

Y se degolló.

* * *

Entretanto, llegó la hora del entierro.

La Cucarachita quiso que fuera bien rumboso e hizo venir músicos que iban detrás del ataúd tocando. Los violines y los violones decían:

*— ¡Por jartón, por jartón,
por jartón
se cayó entre la olla!*

Y me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.



VIII

*la suegra
del diablo*

La suegra del Diablo

Había una vez una viuda de buen pasar que tenía una hija. La muchacha era hermosota y la madre quería casarla con un hombre bien rico. Se presentaron algunos pretendientes, todos hombres honrados, trabajadores y acomodados, pero la viuda los despedía con su música a otra parte porque no eran riquísimos.

Una tarde se asomó la muchacha a la ventana, bien compuesta y de pelo suelto. (Por cierto que el pelo le llegaba a las corvas y lo tenía muy arrepentido.) No hacía mucho rato que estaba allí, cuando pasó un señor a caballo. Era un hombre muy galán, muy bien vestido, con un sombrero de pita finísimo, moreno, de ojos negros y unos grandes bigotes con las puntas para arriba. El caballo era un hermoso animal con los cascos de plata y los arneses de oro y plata. Saludó con una gran reverencia a la niña, y le echó un perico. La niña advirtió que el caballero tenía todos los dientes de oro. El caballo al pasar se volvió una pura pirueta. Desde la esquina, el jinete volvió a saludar a la muchacha, que se metió corriendo a contar a su madre lo ocurrido.

A la tarde siguiente, madre e hija bien alicoreadas, se situaron en la ventana. Volvió a pasar el caballero en otro caballo negro, más negro que un pecado mortal, con los cascos de oro, frenos de oro, riendas de seda y oro y la montura sembrada de clavitos de oro. La viuda advirtió que en la pechera, en la cadena del reloj y en el dedito chiquito de la mano izquierda, le chispeaban brillantes. Se convenció de que era cierto que tenía toda la dentadura de oro. Las dos mujeres se volvieron una miel para contestar el saludo del caballero.

Al día siguiente, desde buena tarde, estaban a la ventana, vestidas con las ropas de coger misa, volando ojo para la esquina. Al cabo de un rato, apareció el desconocido en un caballo que tenía la piel tan negra como si la hubieran cortado en una noche de octubre; las herraduras eran de oro y los arneses de oro, sembrados de rubíes, brillantes y esmeraldas.

Las dos se quedaron en el otro mundo cuando lo vieron detenerse ante ellas y desmontar. Las saludó con grandes ceremonias. Lo mandaron pasar adelante, y la vieja que era muy saca la jícara cuando le convenía, llamó al concertado para que cuidara del caballo.

El desconocido dijo que se llamaba don Fulano de Tal, presentó recomendaciones de grandes personas, habló de sus riquezas, las invitó a visitar sus fincas y, por último, pidió a la niña por esposa. No había terminado de hacer la propuesta, cuando ya estaba la madre contestándole que con mucho gusto y llamándolo hijo mío.

Desde ese día las dos mujeres se volvieron turumba; cada día visitaban una finca del caballero; cada noche bailes y cenas; no volvieron a caminar a pie, solo en coche, y regalos van y regalos vienen.

Por fin llegó el día de la boda. El caballero no quiso que fuera en la iglesia sino en la casa y nadie se fijó en que al entrar el padre, el novio tuvo intenciones de salir corriendo.

Los recién casados se fueron a vivir a otra ciudad donde el marido tenía sus negocios. Desde el

primer día que estuvieron solos, el marido dijo a la esposa a la hora del almuerzo que él sabía hacer pruebas que dejaban a todo el mundo con la boca abierta y que las iba a repetir para entretenerla; y diciendo y haciendo se puso a caminar por paredes y cielo con la facilidad de una mosca; se hacía del tamaño de una hormiga, se metía dentro de las botellas vacías y desde allí hacía morisquetas a su mujer; luego salía y su cuerpo se estiraba para alcanzar el techo. Y esto se repetía todos los días al almuerzo y a la comida. En una ocasión vino la viuda a ver a su hija y esta le contó las gracias de su marido. Cuando se sentaron a la mesa, la suegra pidió a su yerno que hiciera las pruebas de que le había hablado su hija. Este no se hizo de rogar y comenzó a pasearse por cielo y paredes y a repetir cuantas curiosidades sabía hacer. La vieja se quedó con el credo en la boca y desde aquel momento no las tuvo todas consigo.

A los pocos días volvió a hacer otra visita a sus hijos, trajo consigo una botijuela de hierro, con una tapadera que pesaba una barbaridad. A la hora del almuerzo rogó a su yerno que las divirtiera con sus maromas. Después que este se dio gusto con sus paseos boca abajo por el techo, le presentó la botijuela y le dijo:

— ¿Apostemos a que aquí no entra usted?

El otro de un brinco se tiró de arriba y se metió en la botijuela como Pedro por su casa. La suegra hizo señas a unos hombres que tenía listos con la tapadera, tras una cortina, y estos se precipitaron y taparon la botijuela. El yerno se puso a dar gritos desaforados y a hacer esfuerzos por salir. La esposa quiso intervenir para que le abrieran, pero la madre le dijo: — ¿Pues no ves que es el mismo Pisuicas? Desde la otra vez que estuve, eché de ver que tu marido no era como todos los cristianos. Le consulté a un sacerdote, quien me acabó de convencer de que mi yerno no era sino el Malo. Dale infinitas gracias a Nuestro Señor de que a mí se me ocurriera este medio de salir de él.

Luego se fue en persona para la montaña, seguida de los hombres que cargaban la botijuela. Se hizo un hoyo profundo y allí dejó enterrada la botijuela con su yerno dentro. Este se quedó bramando de rabia y diciendo pestes contra su suegra.

En efecto, aquel era el Diablo y desde el día en que la vieja lo enterró, nadie volvió a cometer un pecado mortal, solo pecados veniales, aconsejados por los diablillos chiquillos. Y toda la gente parecía muy buena, pero solo Dios sabía cómo andaba el frijol.

Pasaron los años y pasaron los años en aquella bienaventuranza, y el pobre Pisuicas enterrado, inventando a cada minuto una mala palabra contra su suegra. Un día pasó por aquel lugar un pobre leñador que tenía por único bien una marimba de chiquillos, y tan arrancado que no tenía segundos calzones que ponerse. Le pareció oír bajo sus pies algo así como retumbos; se detuvo y puso el oído. Una voz que salía de muy adentro decía: — ¡Quien quiera que seas, sácame de aquí...!

El hombre se puso a cavar en el sitio de donde salía la voz.

Al cabo de unas cuantas horas de trabajar, dio con la botijuela. De ella salta la voz que ahora decía: —Ñor hombre, sácame de aquí y te tiene cuenta.

Él preguntó: — ¿Qué persona, por más pequeña que sea, puede caber dentro de esta botijuela?

El que estaba en ella contestó: —Sácame y verás. Soy alguien que puede hacerte inmensamente rico.

Esto era encontrarse con la Tentación y el pobre al oír lo de las riquezas, hizo un esfuerzo tan grande que levantó solo la tapadera. Ciertamente es que por dentro el Diablo empujaba a su vez con todas sus fuerzas. La tapadera saltó, con tal ímpetu, que desapareció en los aires; el Demonio salió envuelto en llamas y la montaña se llenó de un humo hediondo a azufre.

El pobre leñador cayó al suelo más muerto que vivo. Cuando fue volviendo en sí, se le acercó el Diablo y le contó la historia de su entierro.

—Para pagarte tu favor —le dijo— nos vamos a ir a la ciudad. Yo me voy a ir metiendo en diferentes personas, de las más ricas y sonadas, para que se pongan locas. Vos aparecerás en la ciudad como médico y ofrecerás curarlas. No tenés más que acercarte al oído del enfermo y decirme: "Yo soy el que te sacó de la botijuela", y al punto saldré del cuerpo. Eso sí, cuando te acerques y yo te diga que no, es mejor que no insistas porque será inútil. Ya te lo advierto.

Y así fue. Partieron para la ciudad, el leñador se hizo anunciar como médico y a los pocos días cádate que un gran conde se puso más loco que la misma locura. Lo vieron los más famosos médicos del reino, y nada. De pronto se supo que un médico recién llegado ofrecía devolverle la salud. Llegó donde el enfermo y para disimular, se puso a darle cada hora una cucharada de lo que traía en una botella y que no era otra cosa que agua del tubo con anilina. A las tres cucharadas se acercó al oído del conde y dijo: —"Soy el que te sacó de la botijuela" —inmediatamente salió el Diablo y el conde quedó como si tal enfermedad no hubiera tenido. Toda la familia estaba agradecidísima, no hallaban dónde poner al médico y lo dejaron bien pistudo.

Siguieron presentándose casos de locura de diferentes aspectos y casi todos eran en el duque don Fulano de Tal, en la duquesa doña Mengana, en el marqués don Perencejo. Y todos fueron curados por el médico, que ya no tenía dónde guardar el oro que ganaba. Por fin se puso mala la reina y ¡el Señor me dé paciencia!

Aquello sí que fue el juicio. La reina no tenía sosiego un minuto y ya el rey iba a coger el cielo con las manos y últimamente tuvieron que amarrarla porque ya no se aguantaba.

Aconsejaron al rey que llamara al famoso médico y cuando llegó, le ofreció hacerlo su médico de cabecera y darle muchas riquezas si sanaba a su esposa. El otro, por rajón, le contestó que ya podía hacerse de cuentas de que la reina estaba curada y que si no sucedía así, le cortara la cabeza.

Se acercó con su botella de agua y le dio las tres cucharadas. A la tercera le dijo al oído de la enferma: —"Soy yo, el que te sacó de la botijuela".

El diablo respondió: — ¡No!

Al oír esto, el hombre se achucuyó. ¿Y ahora qué iba a hacer? Se acercó otra vez al oído de la enferma a suplicarle: — ¡Salí por lo que más querrás! ¡Mirá que si no acaban conmigo! Por vida tuyita...

Pero de nada le servían las súplicas: el otro seguía emperrado en que no y en que no. Estaba, por lo que se veía, muy a gusto entre los sesos de la reina.

Pidió al rey tres días de término y entretanto, no hizo otra cosa que suplicar al Diablo que saliera, dar cucharadas de agua con anilina a la pobre reina y sobarse las manos. Cuando estaba para terminarse el plazo, se le ocurrió una idea: pidió al rey que hiciera traer la banda, que comprara triquitraques y cohetes, que a cada persona del palacio le diera una lata o algún trasto de

cobre y la armara de un palo y que a una señal suya, la banda rompiera con una tocata bien parrandera, todos gritaran y golpearan en sus latas y se diera fuego a la pólvora.

Y así se hizo. En este momento se acercó el leñador al oído de la reina y suplicó al Diablo: — ¡Salí por vida tuyita...!

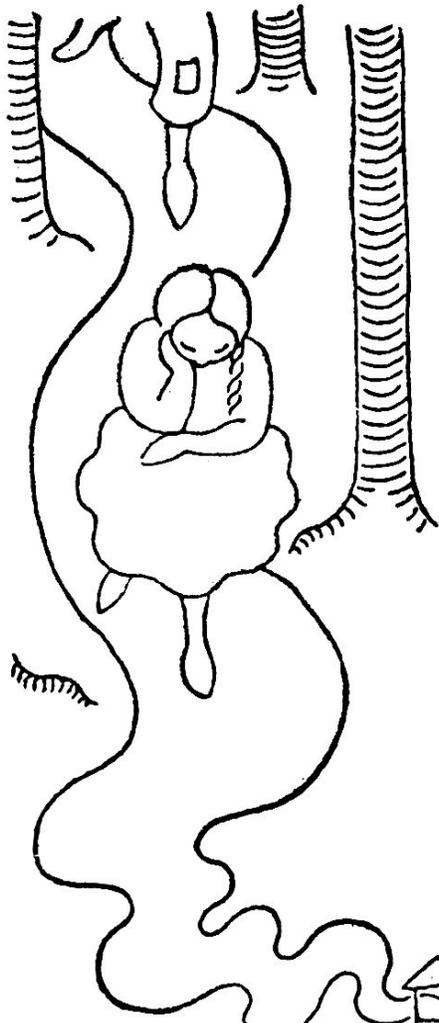
En vez de contestar, el Diablo preguntó: —Hombré, ¿qué es ese alboroto?

El otro respondió: —Aguardate, voy a ver qué es.

Inmediatamente volvió y dijo: — ¡Que Dios te ayude! Es tu suegra que ha averiguado que estás aquí y ha venido con la botijuela para meterte en ella de nuevo.

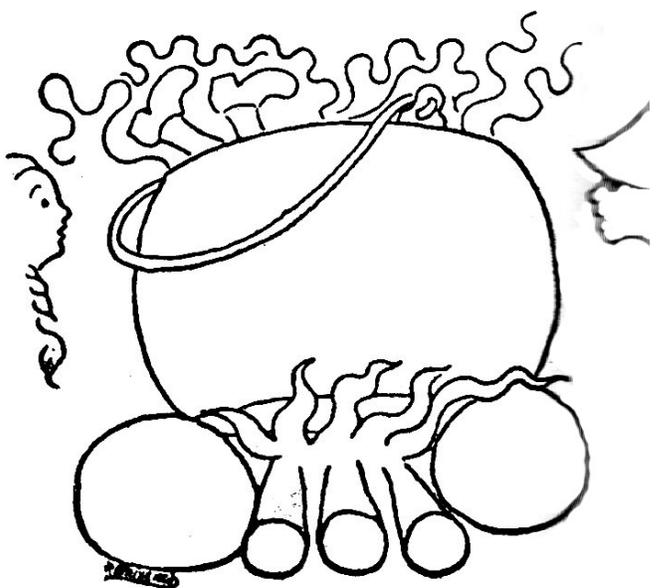
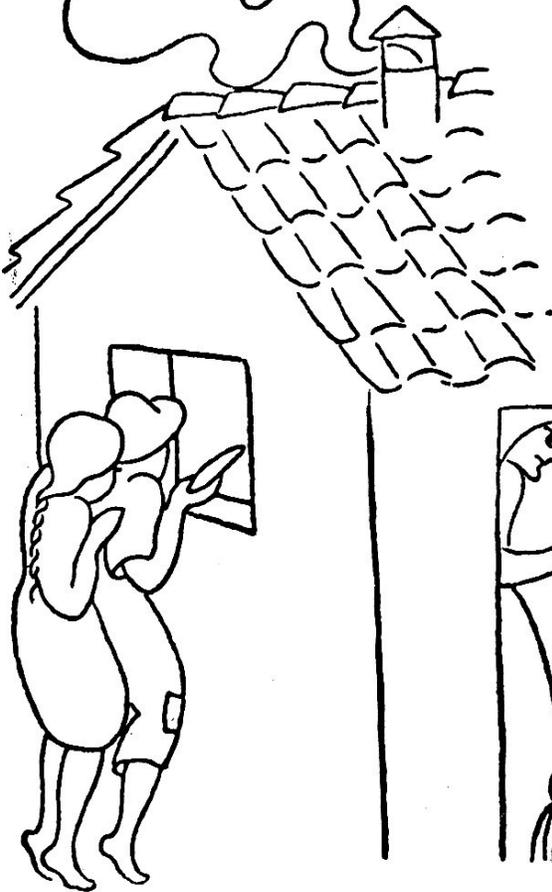
— ¿Quién le iría con la cavilosada a la vieja de mi suegra?

—dijo el Diablo. ¿Y patas para qué las quiero? Salió corriendo y no paró sino en el Infierno. La reina se puso buena y el leñador, que ya era don Fulano y muy rico, mandó por su mujer y su chapulinada y todos fueron a vivir a un palacio, regalo del rey. Desde entonces la pasaron muy a gusto.



IX

*la casita de
las torrejias*



La casita de las torrijas

Había una vez unos chacalincitos que quedaron huérfanos de padre y madre y sin nadie quien les dijera ni ¿qué hacen allí?

Era la pareja: la mujercita, la mayor y la que había quedado de cabeza de casa. Eran muy pobres y un día no les amaneció ni una burusca con qué encender el fuego. Entonces decidieron irse a rodar tierras. Atrancaron la puerta y agarraron montaña adentro. Allá al mucho andar, se sintieron cansados; entonces se subieron a un palo para pasar la noche y se acomodaron en una horqueta. Así que anocheció, vieron allá muy largo una lucecita. No se atrevieron a bajar por miedo a que se los fuera a comer algún animal, pero se fijaron bien en la dirección donde quedaba. Apenas comenzó a amanecer, bajaron y anduvieron en dirección de la lucecita. Anda y anda, anda y anda, salieron al mediodía a un potrero. A la orilla de la montaña había una casita; por el techo salía un mechoncito de humo y por la puerta y la ventana un olor como a miel hirviendo.

Poquito a poco se fueron acercando y vieron en la ventana una cazuela con torrijas. Como estaban hilando de hambre, y el olor convidaba, no pudieron contenerse y se arrimaron a la ventana. La muchachita estiró la mano y se cachó una torreja. Del interior una voz ronca gritó: "¡Piscurum, gato, no me robés mis torrijas!".

Los chiquitos se escondieron entre el monte y allí se repartieron su torreja, que lo que hizo fue alborotarles la gana de comer.

Otra vez se fueron acercando y pescaron otra torreja. Y otra vez la voz que gritaba: "¡Piscurum, gato, no me robés mis torrijas!".

Los muchachos se escondieron, se comieron las torrijas y quisieron volver por más, pero da la desgracia que por querer salir a la carrera, lo hicieron muy ateperetadamente y la cazuela se volcó. A la bulla, se asomó la vieja, la dueña de la casa, que era una bruja más mala que el mismo Patas. Vio por donde cogieron las criaturas, y se les puso atrás y al poco rato las agarró por las orejas y las trajo arrastrando hasta la casa.

Como estaban tan flacos que parecían fideos, la bruja les dijo que no se los comería, pero que los iba a engordar como a unos chanchitos, para darse cuatro gustos con ellos.

Los encerró entre una jaba y cada día les echaba los desperdicios, y como los pobres no tenían otra cosa, no les quedaba más que convenir y tragárselos.

Bueno, allá a los ocho días llegó la vieja y les dijo: —Saquen por esta rendija el dedito chiquito.

A la niña se le ocurrió que era para ver cómo andaban de gordura y entonces sacó dos veces un rabito de ratón que se había hallado en un rincón de la jaba. Como la vieja era algo pipiriciega, no echó de ver el engaño, y se fue más brava que un Solimán, al sentir aquellos deditos tan requeteflacos.

Y así fue por espacio casi de tres meses. Lo cierto del caso es que los chiquillos, quieras que

no, se habían engordado con los desperdicios.

Pero dio el tuerce que un día, la niña no agarró bien el rabito de ratón al ponérselo a la bruja para que tocara, y se le quedó a esta en la mano. Se fue a la luz a mirar bien y al convencerse de que los chiquillos la habían estado cogiendo de mona, se puso muy caliente: abrió la jaba y los sacó. Al verlos tan cachetoncitos, se le bajó la cólera.

—Bueno —les dijo—, ahora voy a ver si hago una buena fritanga con ustedes. Vayan a traerme agua a aquella quebrada para ponerlos a sancochar —por supuesto que al oírla a los infelices se les atrevesó en la garganta un gran torozón. A cada uno le dio una tinaja para que la hinchara y ella se puso a cuidarlos desde la puerta.

Cuando llegaron a la quebrada, les salió de detrás de un palo un viejito que era Tatica Dios, y les dijo: —No se aflijan, mis muchachitos, que para todo hay remedio. Miren, van a hacer una cosa: ahora van a llegar con el agua y se van a mostrar muy sumisos con la vieja. Y hasta procuren quedar bien: aticen el fuego, bárranle la cocina, friéguenle los trastos.

Ella ha de poner una gran olla sobre los tinamastes y una tabla enjabonada que llegue a la orilla de la olla y apoyada en la pared. Les ha de decir que echen una bailadita sobre la tabla, pero es que sin que ustedes se den cuenta, va a inclinar la tabla y ustedes se van a resbalar y van a ir a dar entre la olla; así la bruja no tendrá que molestarse oyéndolos gritar y hacer esfuerzos por escaparse.

Así que les aconsejó lo que debían hacer, y el viejecito se metió en la montaña.

Volvieron los chiquitos e hicieron lo que Tatica Dios les aconsejara: barrieron, atizaron el fuego y echaron muchos viajes a la quebrada con las tinajas, para llenar la gran olla en que los iba a sancochar.

La vieja se puso muy complaciente con ellos, al verlos tan obedientes y tan afanosos. Por fin puso la tabla enjabonada y les dijo: —Vengan mis muchachitos y echen una bailadita en esta tabla.

La niña se hizo la inocente, y dijo para sus adentros: "Callate, pájara, que ya conozco tus cábulas". Hicieron que se ponían a ensayar primero en el suelo y que no podían.

—Si es que no sabemos. ¿Por qué no sube usted y nos dice cómo quiere?

Y la vieja les creyó, y va subiéndose a la tabla. Y apenas volvió la cara para hacer la primera pirueta, los chiquillos inclinaron la tabla y la vieja fue a dar, ¡chupulún! a la olla de agua hirviendo.

Después la sacaron y la enterraron. Registraron la casa y encontraron un gran cuarto lleno de barriles hasta el copete de monedas de oro.

Por supuesto que todo les tocó a ellos.



X

*la Flor
del Olivar*

La Flor del Olivar

En un país muy lejos de aquí, había una vez un rey ciego que tenía tres hijos. Lo habían visto los médicos de todo el mundo, pero ninguno pudo devolverle la vista.

Un día pidió que lo sentaran a la puerta de su palacio a que le diera el sol. Él sintió que pasaba un hombre apoyado en un bordón, quien se detuvo y le dijo:

—Señor rey, si usted quiere curarse, lávese los ojos con el agua donde se haya puesto la Flor del Olivar.

El rey quiso pedirle explicaciones, pero el hombre se alejó, y cuando acudieron los criados a las voces de su amo y buscaron, no había nadie en la calle ni en las vecindades. El rey repitió a sus hijos la receta, y ofreció que su corona sería de aquel que le trajera la Flor del Olivar. El mayor dijo que a él le correspondía partir primero. Buscó el mejor caballo del palacio, hizo que le prepararan bastimento para un mes y partió con los bolsillos llenos de dinero.

Anda y anda y anda hasta que llegó a un río. A la orilla había una mujer lavando, que parecía una pordiosera, y cerca de ella, un chiquito, flaquito como un pijije y que lloraba que daba compasión oírlo. La mujer dijo al príncipe:

—Señor, por amor de Dios deme algo de lo que lleva en sus alforjas; mi hijo está llorando de necesidad.

— ¡Que coma rayos, que coma centellas ese lloretas! Todo lo que va en las alforjas es para mí —y continuó su camino.

Pero nadie le dio razón de la Flor del Olivar. Se devolvió y en una villa que había antes de llegar a la ciudad de su padre, se metió a una casa de juego y allí jugó hasta los calzones.

Al ver que pasaban los días y no regresaba el príncipe, partió el segundo hijo, bien provisto de todo. Le ocurrió lo que al hermano: vio a la mujer lavando, con un niño esmorecido a su lado; le pidió de comer, y es que era tan mal corazón como el otro, le respondió: — ¡Que coma rayos, que coma centellas!

Yo no ando alimentando hambrientos.

Tuvo que devolverse porque en ninguna parte le daban noticias de la Flor del Olivar.

Se encontró con su hermano que lo entotorotó a que se quedara jugando su dinero.

Por fin, el último hijo del rey, que era casi un niño, salió a buscar la Flor del Olivar. Tomó el mismo camino que sus hermanos y al llegar al río encontró a la mujer que lavaba y al niño que lloraba.

Preguntó por qué lloraba el muchachito y la mujer le contestó que de hambre. Entonces el príncipe bajó de su caballo y buscó de lo mejor que había en sus alforjas y se lo dio a la pordiosera. En su tacita de plata vació la leche que traía en una botella, con sus propias manos desmigó uno de los panes que su madre la reina había amasado, puso al niño en su regazo y le dio con mucho cariño las sopas preparadas; luego lo durmió, lo envolvió en su capa y lo acostó bajo

un árbol.

La mujer, que no era otra que la Virgen, le preguntó en qué andenes andaba, y él le contó el motivo de su viaje.

—Si no es más que eso, no tiene usted que dar otro paso .

—Le dijo la Virgen—. Levante esa piedra que está al lado de mi hijito, y ahí hallará la Flor del Olivar.

Así lo hizo el príncipe y en una cuevita que había bajo la piedra, estaba la Flor, que parecía una estrella. La cortó, besó al niño, se despidió de la mujer, montó a caballo y partió.

Al pasar por donde estaban sus hermanos, les enseñó la Flor. Ellos lo llamaron y lo recibieron con mucha labia. Lo convidaron a comer y mientras fue a desensillar su caballo, ellos se aconsejaron. En la comida le hicieron beber tanto vino que se embriagó.

Cuando estuvo dormido, se lo llevaron al campo, lo mataron, le quitaron la Flor y lo enterraron. Sin querer le dejaron los deditos de la mano derecha fuera de la tierra.

Los príncipes volvieron donde su padre con la Flor, que fue puesta en agua en la que se lavó el rey sus ojos, que al punto vieron. Entonces dijo a sus hijos que, al morir, su inmenso reino se dividiría en dos y así ambos serían reyes.

Entretanto, los deditos del cadáver retoñaron y nació allí un macizo de cañas. Un día pasó un pastor y cortó una caña e hizo una flauta. Al soplar en ella se quedó sorprendido al oír cantar así:

*No me toques, pastorcito,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.*

El pastor fue a enseñar la flauta maravillosa y los que la oyeron le aconsejaron que se fuera a la ciudad y que allí todo el mundo pagaría por oírla. Así lo hizo y a los pocos días no se quedaba en la ciudad quien no anduviera en busca del pastor dueño de aquel instrumento maravilloso.

Llegó la noticia a oídos del rey, y este hizo llevar al palacio al pastorcito. Al oír la flauta, recordó la voz de su hijo menor a quien tanto amaba y del que nunca había vuelto a saber nada. Pidió al pastor la flauta y se puso a tocarla y con gran admiración de todos, la flauta cantó así:

*No me toques, padre mío,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.*

El rey se puso a llorar. Acudieron la reina y los príncipes.

El rey pidió a la reina que tocara la flauta, que entonces dijo:

*No me toques, madre mía,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.*

El rey quiso que su hijo segundo tocara. Todos vieron que los dos príncipes estaban pálidos y con las piernas en un temblor. El príncipe trató de negarse, pero el rey lo amenazó. La flauta cantó:

*No me toques, hermano mío,
ni me dejes de tocar,
que aunque tú no me mataste
me ayudaste a enterrar.*

El príncipe mayor, por orden de su padre, tuvo que tocar la flauta:

*No me toques, perro ingrato,
ni me dejes de tocar,
que tú fuiste el que me mataste
por la Flor del Olivar.*

El pobre rey mandó a meter a sus hijos en un calabozo, y él y la reina se quedaron inconsolables por toda la vida.

XI

*la negra
y la rubia*



j.m.
xxxvi

La negra y la rubia

Había una vez un hombre rico que se ocupaba en el comercio. Quedó viudo con una hija y esta hija era una niña muy linda: parecía una machita por lo rubia y lo blanca que la había hecho Nuestro Señor. Además, tenía unos ojos que era como ver dos rodajitas que se le hubieran sacado al cielo. Y sobre todo, sangrita ligera y buena que daba gusto.

El hombre era ambicioso y no contento con lo que tenía, se casó de nuevo con una vieja birringa, una mujer viuda también, a quien él creía muy rica. Después de casado se convenció de que lo de los bienes de la mujer eran más hojas que almuerzo, de que tenía un genio que solo su madre la podía aguantar y para aliviar los males, se tenía una hija fea como toditica la trampa, negra, ñata, trompuda, con el pelo pasuso y de ribete mala y malcriada como ella sola y la muy tonta se creía una imagen.

Por supuesto que para la rubia, entrar en esta casa fue como entrar al infierno. Ella era el tropezón de la madre y de la hija. Las dos eran muy ruines; por la menor cosa allá te va el pescozón de la vieja y el moquete o el pellizco de la negra.

Y como el padre andaba siempre viajando por sus negocios, la tenían soterrada en la cocina, mientras ellas estaban en la sala meciéndose en las poltronas. La pobrecita era sufrida y nunca decía ni esta boca es mía.

Un domingo en la tarde se fueron la madre y la hija a pasear y dejaron a la rubia arreglando la cocina. Así que lo tuvo todo limpio y en su lugar, se lavó, se peinó, se puso su vestidito de coger misa y se fue a dar vueltas por el jardín de la casa. De pronto vio entre la hierba una muñequita de porcelana.

— ¡Qué muñequita más linda! —dijo, y la levantó, le arrancó los terroncillos que tenía entre el pelo y se fue adentro muy contenta a hacerle un vestidito. Desde ese día, apenas la dejaban sola, sacaba de su cofre la muñequita y se ponía a jugar.

Al domingo siguiente se fueron la madre y la hija para misa y dejaron a la rubia moliendo. Estaba ella en esto, cuando al volver a la piedra de poner una tortilla a asar en el rescoldo, vio sentada sobre la pelota de masa a su muñequita.

Muy admirada la cogió, la limpió y la fue a guardar a su cofre y siguió moliendo, pero mientras fue a volver la tortilla al comal, vino de nuevo la muñeca a acomodarse sobre la pelota de masa.

—Mirá, muñequita, no seás tan guindada —dijo la niña, y la quiso coger para llevarla a su lugar, pero la muñeca se transformó en una señora muy linda, vestida de celeste, con una corona de luz sobre la cabeza y parada en una nube.

—Yo no soy una muñeca —dijo la señora—, sino la Virgen.

La niña se arrodilló, pero Nuestra Señora la levantó y sin hacer melindres, se fue a sentar en el taburete de cuero esfondado, que era el único asiento que permitían a la rubia. Luego la cogió en

los regazos y se puso a hacerle cariño.

—Mirá, mi hijita —dijo la Virgen—, tu padre va a hacer un viaje por ai abajo y te va a preguntar qué querés que te traiga.

Vos le vas a contestar que una arquita como para los pañuelos y otras menudencias. Cuando te la traiga, guardarás en ella la muñequita.

Luego la Virgen besó a la niña, desapareció, y en su lugar quedó la muñeca.

Otro día llegó el papá y le preguntó qué deseaba que le trajese de un viaje que iba a hacer, y su hija le respondió lo que la Virgen le aconsejara.

La negra pidió a su padrastro un traje nunca visto, un sombrero nunca visto y unas zapatillas nunca vistas.

Volvió este de su viaje y cada una tuvo lo que deseaba.

La negra no hacía otra cosa en todo el santo día que ponerse el traje, el sombrero y las zapatillas y dar paseos frente al espejo.

A veces llamaba a la rubia como para hacerle la boca agua con sus sedas, encajes y plumas.

Por fin llegó el domingo, día del estreno del vestido y desde buena mañana despertó a todo el mundo para que la ayudaran.

La pobre niña rubia hasta que veía el chispero: corre de aquí, corre de allá con los polvos, el colorete, las cintas de apretar el corsé, que esto, que lo otro, que aquí, que allá...

Por fin salió para misa de tropa, chiqueándose que era un contento, y la seda del vestido hacía tal ruido, que las gallinas que picoteaban en la calle y los perros salían corriendo. Cuando entró en la catedral, todo mundo, hasta los soldados y los músicos de banda, volvieron a ver qué significaba aquel ruido que parecía una creciente. Además, la iglesia se llenó de olor a Agua Florida, en la que se había bañado.

Entretanto, la niña se quedó en su cocina en pleitos con la leña que estaba verde y humeaba tanto, que la pobre tenía los ojos como dos tomates. De pronto, ve sobre la piedra su muñequita.

—¿Qué querés, muñequita? —le preguntó.

La muñeca respondió: —Quiero que vayas a misa de tropa, pero eso sí, no levantés los ojos del suelo.

—Pero muñequita, ¿cómo querés que vaya en esta figura?

Yo no me presento así en la Casa de Dios. Ya sabés que mi vestido de los domingos me lo hizo pedazos la negra un día que estaba de luna.

—Andá a tu arquita y verás —contestó la muñequita—. Y no pensés en la molida ni en el almuerzo, que yo me encargo de eso.

La niña fue a su arca, y cuál no fue su admiración al ver salir de ella un traje como las espumas de una catarata cuando hace luna, todo sembrado de maripositas de oro, unos zapatitos de raso, también blancos, y un sombrero maravilloso. En un abrir y cerrar de ojos estuvo vestida y salió corriendo para misa porque ya dejaban. En la puerta la estaba esperando un coche muy bueno. Al entrar en la catedral lo hizo de puntillitas para no llamar la atención, pero la iglesia se llenó de un perfume de rosas y todo el mundo volvía los ojos y quedaba encantado al ver a aquella blanca figurita.

Acertó la niña a arrodillarse frente a la negray su madre, quienes se quedaron como viendo visiones al contemplar aquella linda criatura que se les daba un aire a su víctima. Y la negra no la dejó oír la misa con devoción, porque le tocó la tela del vestido, las maripositas de oro; le preguntó quién se lo había hecho y también, a cada rato, como era medio arrevesada y tataretas para hablar, le decía: —"Ni... niña, ni... niña, hagámonos comales" —con lo que le quería decir—: "Niña, hagámonos comadres". —Pero la niña no levantó siquiera los ojos del suelo.

Apenas echó el padre la bendición, salió la niña corriendo.

El hijo del rey que la había visto entrar y que no le quitó los ojos de encima en toda la misa porque lo tenía encantado, salió corriendo tras ella y quiso hablarle, pero ella dejó caer su pañuelito, y el hijo del rey casi se desnariza por juntarlo; pero mientras él estaba en esa diligencia, la niña se escabulló, se metió en su coche, que desapareció en un decir amén. Y cuando él fue a buscar, ¡si otra ponés!

Cuando la madrastra y la negra volvieron de misa, ya la rubia estaba con su traje tiznado, sopla y sopla el fuego.

Al siguiente domingo, la negra no fue a misa de tropa, por lucir su vestido en misa de doce. Y otra vez puso a su hermana corre de aquí y corre de allá. Que alcanzame esto, que llevate aquello, que así no, que yo lo quiero asá. Y casi no dejaba a la pobre tentar tierra. Y va entrando a misa, picándola de gran pelota y dejando detrás de ella una hedentina a Agua Florida.

A la niña volvió a aparecérselle la muñequita, quien la mandó a misa. Entre el arca había un vestido que era como ver un celaje dorado, todito lleno de perlas. A la puerta la esperaba el mismo coche y llegó cuando salía el padre al altar. Como el domingo anterior, toda la iglesia se llenó de un olor a rosas y la gente ni oyó la misa con devoción por estarla mirando. Y la negra no fue cuento, sino que se levantó de donde estaba y se le fue a acomodar a la par. Y otra vez con su necesidad de:

—"Ni... niña, ni... niña, hagámonos comales" —y toca aquí y tienta allá. Bueno, que ya la niña no hallaba qué hacer.

El hijo del rey, que había recorrido ese día todas las iglesias desde buena mañana, para ver dónde daba con ella, se le puso al frente y no le quitó la vista de encima. Pero la niña no levantó sus ojos del suelo y si no hubiera sido porque de cuando en cuando daba su pestañada, se la hubiera tomado por una imagen.

Apenas el padre echó la bendición, salió la rubia corriendo y el hijo del rey se le puso atrás.

Al llegar al coche ya la alcanzaba. Entonces ella dejó caer un ramito de flores que llevaba en la mano. El otro por sácalas, se puso a juntarlas, y mientras tanto el coche se las chifló.

La madre y la negra llegaron y encontraron a la muchacha atizando el fuego. La negra se puso a meterle mil birutas: —Que desde el domingo anterior se había hecho íntima amiga de una machita preciosa que usaba unos vestidos junto a los cuales el suyo era una cochinadilla cualquiera; y que la tenía requeteconvidada para ir a pasear; y si Dios quería, cuando ella se casara iban a ser comadres, porque estaba en sus cinco en que ella le llevaría los chiquitos a la pila y que se los llevaría porque se los llevaría.

Madre e hija no se apearon a la machita de la boca en todo el santo día. —La machita arriba, la

machita abajo –y la niña hacía como que se las compraba y la muy zorrита oía sin chistar.

Al domingo siguiente, vuelta otra vez la negra a encajarse su vestido nunca visto y a poner a su hermana al volador. Por fin salió con su madre para misa de doce.

En el arca hubo esta vez para la rubia un vestido de un color como el del cielo cuando está amaneciendo, todo lleno de brillantes, que parecía que Tatica Dios se lo había esperjeado de agua.

Y todo pasó como en los otros domingos. Pero esta vez el hijo del rey no fue tonto, y por más que ella dejó caer su pañuelito de seda, una sortija y una flor, él no quiso perder tiempo en levantar estas cosas y dejó que otro fuera el bueno con ellas. Sin acordarse de que era el hijo del rey, se acomodó en la trasera del coche y así dio con la casa en que vivía la niña.

Desde ese momento no hizo más que estar para arriba y para abajo en la acera, y cuando pasaba frente a la casa parecía que se quería meter.

La negra, donde lo pilló en esas, creyó que era con ella la cosa, y sacó una poltrona a la puerta y se sentó a mecerse. Y

por temor de que su hermana fuera a asomarse, la escondió en la cocina debajo de una gran olla. Cada vez que pasaba el joven, ella pegaba un suspiro o le hacía ojitos.

En una estaca clavada en el marco de la puerta, tenían madre e hija una lora muy habladora. Seguramente la Virgen la aconsejó, porque en una de las pasadas que dio el príncipe, la lora se puso a gritar:

*La niña linda debajo de una olla,
la negra feroza se quiere casar.*

Y cada vez que el otro pasaba hacía la misma, en una de tantas, se detuvo. La negra se puso como una chira y con el corazón que se le salía. Ella juraba que ya el príncipe le iba a declarar su amor. Pero el príncipe se acercó en son de preguntar lo que decía la lora, para ver si podía fisgonear dentro de la casa. La negra entonces agarró la lora por el pescuezo y casi la ahorca. Se la llevó para adentro y le dijo al joven que no le hiciera caso. Pero la lora iba para adentro grita y grita:

*La niña linda debajo de una olla,
la negra feroza se quiere casar.*

Al hijo del rey le llamó la atención lo que decía el animal y se fue yendo detrás de la negra y no se anduvo por las ramas, sino que llegó hasta la cocina. Allí vio una gran olla y al acercarse le pareció oír como unos sollozos. Levantó la olla y se va encontrando con la pobre niña, todita tiznada y haciendo cucharas.

Le propuso allí mismo matrimonio, pero ella quiso antes ir a consultar con su muñequita. Se fue para su cuarto, sacó la arquita y preguntó a su consejera. Esta le dijo que aceptara, pero que eso sí, no debía alzar a ver al príncipe sino hasta que el padre les echara la bendición, y que si no

hacía así, contara con que moriría soltera.

Volvió ella con sus ojos bajos y contestó al joven que sí sería su esposa.

Sin hacer caso de los gritos de la madre y de la hija, la cogió y la llevó al palacio. En el camino le decía:

— ¡Niña, levante sus ojos y míreme!

¡Pero ella por sapa los iba a levantar!

Llegaron al palacio y el joven contó a sus padres lo que pasaba, y que si no lo dejaban casarse, se dejaría morir de hambre.

Como era el único hijo, lo tenían muy consentido y nunca le negaban nada, y aunque a la reina no le acomodaba mucho aquella nuera tan tiznada y remendada, dijeron que bueno, que se casara. En esto llegó un joven (que aquí para nos era un ángel) con la arquita y se la entregó a la niña. Esta se encerró y se plantó bien con un vestido mejor que los otros, y por supuesto los reyes al verla quedaron encantados.

El casamiento se hizo a los pocos días. La Virgen bajó a servir de madrina. Apenas el padre les echó la bendición, la niña levantó sus ojos para mirar a su marido, para quien aquello fue como si le hubieran metido dos cielos entre el alma.

Como la niña era de muy buen corazón, mandó por la negra y la trató con tanto cariño, que se puso un poquito más amable. Uno de los señores que servían al rey, por quedar bien, se casó con ella. Dicen que no le fue muy bien y que muy a menudo andaba con las penas derramadas.

Pero el príncipe y la niña fueron muy felices, tuvieron una catizumba de hijos y llegaron a viejíticos.

Primero murió ella y la Virgen se la llevó. Cuando iba para el cielo, su marido oyó una voz que decía:

*Adiós, esposo mío,
que en el cielo nos veremos.*

Y de veras, cuando él murió se fue para el cielo y se sentó a cantarle a la Virgen en una silla que le tenían lista al lado de su esposa.



XII

*el Pájaro
Dulce
Encanto*

El Pájaro Dulce Encanto

Había una vez un rey ciego, como el de "La Flor del Olivar", quien también tenía tres hijos. Muchos médicos lo vieron y muchas promesas llevaban hechas él, la reina y sus hijos, pero los ojos no daban trazas de ver.

Había una viejecilla curandera que era bruja y tenía fama porque había hecho algunas curaciones que los doctores no habían conseguido. Por un si acaso, la hicieron venir al palacio, y ella dijo que se dejaran de ruidos y que buscaran el Pájaro Dulce Encanto y le pasaran la cola al rey por los ojos: que este Pájaro estaba en poder del rey de un país muy lejano; eso sí, que se la pasara el mismo que lograba apoderarse del pájaro.

Los tres hijos del rey se dispusieron a ir a testear la medicina, y el rey prometió que el trono sería para aquel que la trajera. Los tres partieron el mismo día: el mayor por la mañana, el siguiente a mediodía y el menor por la tarde, cada uno en un buen caballo y bien provistos de dinero.

Al salir el mayor de la ciudad, vio un a grupo de gente a la entrada de una iglesia — ¿Y adónde vas Vicente? Al ruido de la gente —se acercó a ver qué era, y se encontró con un muerto tirado en las gradas y uno de los del grupo le contó que lo habían dejado allí porque no tenían con qué enterrarlo, y que el padre no quería cantarle unos responsos si no había quién le pagara.

— ¡A mí qué...! —dijo el príncipe y siguió su camino.

A mediodía, cuando pasó el otro, vio a la entrada de la iglesia al pobre difunto que todavía no había hallado quién lo enterrara. —Eso a mí no me va ni me viene —dijo el príncipe y siguió su camino. Cuando el menor pasó en la tarde, todavía estaba allí el cadáver, medio hediondo ya, y las gentes que miraban tenían que estar espantando los perros y los zopilotes que querían acercarse a hacer una fiesta con el muerto.

Al príncipe se le movió el corazón y pagó a unos para que fueran a comprar un buen ataúd y él en persona buscó al padre para que le cantara los responsos; fue a ayudar a abrir la sepultura y no siguió su camino sino hasta que dejó al otro tranquilo bajo tierra. A poco andar, le cogió la noche en un lugar despoblado. De repente vio desprenderse de una cerca una luz del tamaño de una naranja, que se fue yendo a encontrarlo y que por fin se le puso al frente. Al príncipe se le pararon toditos los pelos y preguntó más muerto que vivo:

—De parte de Dios todopoderoso, di, ¿quién eres?

Y una voz que parecía salir de un jucó, le respondió: —Soy el alma de aquel que hoy enterraste y que viene a ayudarte.

No tengás miedo, yo te llevaré adonde está el Pájaro Dulce Encanto. No tenés más que ir siguiéndome. Eso sí, no podés caminar de día.

Al joven se le fue volviendo el alma al cuerpo y siguió a la luz. Hizo como ella le dijo y descansaba de día. A los dos días ya no le tenía miedo y más bien deseaba que se le llegara la

noche. Y a la semana ya eran muy buenos amigos.

Anda y anda, por fin llegaron al reino donde estaba el Pájaro. La luz le dijo que a la medianoche se fuera a pasear frente a los jardines del palacio y que se metiera en ellos por donde la viera brillar. Así lo hizo y a medianoche entró a los jardines y echó a andar detrás de la luz, que lo pasó frente a los soldados dormidos y lo metió en el palacio sin que nadie lo sintiera. Llegaron por fin a un gran salón de cristal iluminado por una lámpara muy grande que era como ver la luna, todo, adornado con grandes macetas de oro en que crecían rosales que daban rosas tintas, y el príncipe se quedó maravillado al ver los miles de rosas que se veían entre las hojas verdes. El suelo estaba alfombrado de rosas deshojadas y se sentía aquel aroma que despedían las flores que daba gusto, y en una jaula de alambres de oro en los que había ensartados rubíes del tamaño de una bellota de café, colgada del cielo raso, y muy alta, estaba el Pájaro Dulce Encanto, que era así como del tamaño de un yigüirro pero con la pluma blanca, con un copetico y las patas del color del coral. Cuando entró el príncipe, comenzó a cantar y el joven creía que entre las matas estaban escondidos músicos muy buenos que tocaban flautas y violines. Y así se habrían quedado sin acordarse de más nada, si la luz no le hubiera llamado la atención: — ¿Idiay, hombré, ya olvidaste a lo que venías? A ver si vas al cuarto que sigue, que es el comedor y te alcanzás cuanta mesa y silla encuentrés.

Así lo hizo y cuando trajo todos los muebles que había, los fue colocando uno encima de otro para alcanzar el Pájaro.

Con mil y tantos trabajos, se fue encaramando por aquella especie de escalera y ya estaba estirando el brazo para coger la jaula, cuando todo se le vino abajo, haciendo por supuesto un gran escándalo. A la bulla, hasta el rey se levantó y corrió medio dormido y chingo a ver qué pasaba. Y van encontrando a mi señor debajo de todo, golpeado y hecho un ¡ay, de mí!

Lo sacaron y lo hicieron confesar por qué estaba allí. El rey lo mandó encalabozar y que lo tuvieran a pan y agua. Cuando estaba en el calabozo, se le apareció la luz y le aconsejó que no se afligiera.

A los días lo mandó a llamar el rey y le dijo que se le devolvería la libertad y le daría el Pájaro, si le conseguía un caballo que él quería mucho y que le había robado un gigante. El príncipe le contestó que otro día le daría la respuesta. En la noche llegó la luz y le aconsejó que dijera que bueno.

Dicho y hecho, la luz lo guió hasta que llegaron al potrero donde el gigante guardaba el caballo. Escondido entre una zanja, esperó que amaneciera. Apenas comenzaron las claras del día, salió el gigante del potrero caracoleando el caballo, que por cierto era el caballo más hermoso del mundo: negro, como de raso, con una estrella en la frente y con las patas blancas.

Ya la luz le había aconsejado que apenas los viera salir, entrara al potrero y subiera a un palo de mango muy coposo que había en el centro; que esperara allí hasta que regresara el gigante en la noche, y cuando este tuviera los ojos cerrados no se fiara porque no estaba dormido, sino cuando los tuviera de par en par y que entonces debería aprovechar para robar el caballo. Además le contó que el caballo tenía en la paletilla derecha una tuerca y que le diera vueltas a esta tuerca y que vería.

Pues bueno, en la noche volvió el gigante y seguramente venía muy cansado, porque no hizo más que medio amarrar el caballo del tronco del árbol, le aflojó la cincha y él se tiró a su lado. Comenzó a roncar, pero el príncipe se fijó en que tenía los ojos cerrados; pero a poco los ronquidos fueron más, más débiles, y el príncipe vio que tenía un ojo cerrado y otro abierto; por fin cesaron los ronquidos y el gigante tenía los ojos de par en par, unos ojazos más grandes que las ruedas de una carreta. Poquito a poco se fue bajando y desamarró el caballo. Pero este animal hablaba como un cristiano y gritó:

— ¡Amo, amo, que me roban! —de un brinco se levantó el gigante. El joven se quedó chiquitico entre unas ramas.

El gigante miró por todos lados y gritó: — ¿Quién te roba?

¡Nadie te roba!

Luego se volvió a dejar caer y a poco abrió los ojos. Vuelta otra vez a bajar poquito a poco, puso una mano en la cabeza del caballo e intentó montar, pero el animal gritó otra vez:

— ¡Amo, amo, que me roban!

De nuevo se recordó el gigante, pero no vio a nadie. Con cólera le contestó: — ¿Quién te roba? ¡Nadie te roba! ¡Si me vuelves a decir que te roban, te mato!

Así que el príncipe vio al gigante con los ojos abiertos, muy resuelto se acercó al caballo, que esta vez no chistó. Entonces lo montó, le apretó la tuerca y el caballo salió volando.

La luz había dicho al príncipe que antes de entrar en la ciudad volviera a apretar la tuerca para que el caballo descendiera, y que no se diera por entendido con el rey que sabía aquella cualidad de la bestia. Lo hizo así, y el rey lo recibió muy contento, pero el muy mala fe le dijo que todavía no le daría el Pájaro, sino cuando le trajera su hija, que había sido robada por el mismo gigante.

El joven no quiso contestar nada sino hasta que habló con la luz, quien le dijo que aceptara.

A la noche siguiente partieron y llegaron al palacio del gigante. La luz le aconsejó que llevara el caballo y que lo dejara amarrado entre un bosque cercano al palacio. Él debería subir por una enredadera hasta una ventana iluminada, que era la ventana del comedor. A aquellas horas deberían estar cenando. Cuando viera que el gigante había bebido mucho vino y dejara caer la cabeza sobre la mesa, debía tirar unos terroncillos a la niña y le haría señas para que se acercara y lo siguiera.

Todo pasó dichosamente, porque el gigante se puso una buena juma y la princesa, que deseaba con toda su alma salir de las garras de aquel bruto, no dudó ni un minuto en seguir al joven que le pareció muy galán. Al príncipe también le pareció muy linda la niña y al punto se enamoró de ella. El caso es que los dos se gustaron.

Sin ninguna novedad llegaron al palacio, pero el rey, que era de muy mala fe, le dijo que le pidiera cualquier otra cosa, pero que el Pájaro no se lo daba.

Entonces la luz le aconsejó que le pidiera que lo dejara dar tres vueltas por la plaza montado en el caballo, con la niña por delante y el Pájaro en su jaula en una mano. El rey convino, y para estar seguro, puso soldados en todas las bocacalles que daban a la plaza. El príncipe salió muy en ello a caballo con la niña y el Pájaro. Dio dos vueltas muy honradamente, pero al ir a acabar la tercera, apretó la tuerca y el caballo salió por los aires, y al poco rato desapareció entre las nubes.

Por supuesto que el rey se quedó jalándose las mechas y diciendo que bien merecido se lo tenía por tonto. A él no le había pasado por la imaginación que el príncipe supiera lo de la tuerca.

Bueno, pues, el joven, al llegar a su país, apretó la tuerca, y el caballo bajó. Al pasar por una ciudad encontró a sus dos hermanos todos dados a la mala fortuna, que se habían engringolado en unas fiestas, se habían quedado sin un cinco y no sabían con qué cara llegar donde su padre.

Los dos hermanos sintieron una gran envidia por la suerte de su hermano menor que traía no solo el Pájaro sino a una linda princesa y un caballo maravilloso.

El joven los invitó a volver con él, pero ellos se negaron.

Eso sí, le rogaron que les aceptara el convite que le hacían de ir a almorzar a un lugar en las afueras de la población. Él, sin malicia, aceptó enseguida. Ellos hicieron beber al príncipe y a la princesa una bebida que era un narcótico, y cuando estuvieron sin conocimiento, se llevaron al joven y lo echaron en un precipicio. Cuando la niña despertó, le dijeron que él se había ido a parrandear en unas fiestas que se celebraban en un pueblo vecino y que la había dejado abandonada. Pero que ellos no la desampararían y se la llevarían al palacio de su padre.

Volvieron a su casa y el rey y la reina se alegraron, y ellos para que no supieran por qué el menor no aparecía, lo pusieron en mal, y les hicieron creer que ellos habían sido los de todo el trabajo y que la princesa era una niña loca que habían recogido en el camino. Pero no pudieron conseguir que el rey repartiera el reino entre los dos, porque le pasaron la cola del Pájaro Dulce Encanto y no surtió ningún efecto: el rey quedó tan ciego como antes.

Quiso Dios que la luz libró al joven de que no rodara entre el precipicio, sino que una rama lo agarró por el vestido y unos carreteros que pasaban lo oyeron gritar, se acercaron y lo ayudaron a salir de allí. Les dijo quién era y como se había hecho algunas heridas y no podía caminar, ellos mismos lo llevaron al palacio del rey y a los cuatro días fueron llegando con él.

La princesa, que no había vuelto a hablar de la tristeza de la ausencia del joven, al verlo, se puso feliz; y el Pájaro que no había vuelto a cantar, llenó el palacio con sus flautas y violines. Pero el rey y la reina estaban muy enojados contra su hijo menor por los cuentos con que sus hermanos mayores habían venido, y no querían recibirlo. Él, entonces, contó lo que le había ocurrido; los carreteros atestiguaron; además el joven, para probar que era él quien había conseguido el Pájaro, lo cogió y pasó su cola por los ojos del rey, quien enseguida quedó con unos ojos tan buenos que le podían hacer frente a la luz del sol. Se conocieron las mentiras de los hermanos envidiosos, pero el príncipe que era un buenazo de Dios, no permitió que los castigaran, los abrazó y compartió el reino con ellos. Él se casó con la princesa, quien colgó de su ventana la jaula con el Pájaro Dulce Encanto, que diario tenía aquello hecho una retreta.

Cuando la luz vio feliz y tranquilo a su amigo, vino a decirle adiós. Mucho sintió el príncipe esta separación, pero la luz le dijo: —Ya cumplí, ya te demostré mi gratitud. Adiós y ahora hasta que nos volvamos a ver en la otra vida.

Y me meto por un huequito y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.



XIII
*salir con
un domingo
siete*



j.m.
p.m.

Salir con un domingo siete

Había una vez dos compadres güechos, uno rico y otro pobre. El rico era muy mezquino, de los que no dan ni sal para un huevo. El pobre iba todos los viernes al monte a cortar leña que vendía en la ciudad cuando estaba seca.

Uno de tantos viernes se extravió en la montaña, y le cogió la noche sin poder dar con la salida. Cansado de andar de aquí y de allá, resolvió subirse a un árbol para pasar allí la noche. Ató al tronco el burro que le ayudaba en su trabajo y él se encaramó casi hasta el cucurucho. Al rato de estar allí, vio de pronto que a lo lejos se encendía una luz. Bajó y se encaminó hacia ella. Cuando la perdía de vista, subía a un árbol y se orientaba. Al irse acercando, vio que se trataba de una gran casa iluminada, situada en un claro del bosque. Parecía como si en ella se celebrara una gran fiesta. Se oía música, cánticos y carcajadas.

El hombre aseguró su bestia y se fue acercando poquito a poco.

La parranda era muy adentro, porque las salas que estaban a la entrada se encontraban vacías. En puntillas se fue metiendo, se fue metiendo hasta que dio con lo que era. Se escondió detrás de una puerta y se puso a curiosear por una rendija: la sala estaba llena de brujas mechudas y feas que bailaban pegando brincos como los micos y que cantaban a gritos esta única canción:

*Lunes y martes y miércoles
tres.*

Pasaron las horas y las brujas no se cansaban de sus bailes y siempre en su dele que dele:

*Lunes y martes y miércoles
tres.*

Aburrido el compadre pobre de oír la misma cosa, agregó cantando con su vocecilla de güecho:

*Jueves y viernes y sábado
seis.*

Gritos y brincos cesaron...

— ¿Quién ha cantado? —preguntaban unas.

— ¿Quién ha arreglado tan bien nuestra canción? —decían otras.

— ¡Qué cosa más linda! ¡Quien ha cantado así merece un premio!

Todas se pusieron a buscar y por fin dieron con el compadre pobre, que estaba en un temblor

detrás de la puerta.

¡Ave María! No hallaban dónde ponerlo: unas lo levantaban, otras lo bajaban, y besos por aquí y abrazos por allá.

Una gritó: —Le vamos a cortar el güecho.

Y todas respondieron: — ¡Sí, sí!

El pobre hombre dijo: — ¡Eso sí que no!

Pero antes de acabar, ya estaba la inventora rebanándole el güecho con un cuchillo, sin que él sintiera el menor dolor y sin que derramara una gota de sangre. Luego sacaron del cuarto de sus tesoros sacos llenos de oro y se los ofrecieron en pago por haberles terminado su canto.

Él trajo su burro, cargó los talegos y partió por donde las brujas le indicaron. Al alejarse las oía desgañitarse:

Lunes y martes y miércoles

tres.

Jueves y viernes y sábado

seis.

Sin dificultad llegó a su casita, donde su mujer y sus hijos le esperaban acongojados porque temían que le hubiera pasado algo.

Les contó su aventura y mandó a su esposa que fuera adonde el compadre rico y le pidiese un cuartillo para medir el oro que traía.

Ella fue y dijo a la mujer del compadre rico que estaba sola en casa:

—Comadrita, ¿quiere prestarme el cuartillo? Es que vamos a medir unos frijolitos que cogió mi marido.

Pero la mujer del compadre rico se puso a pensar: —Cállate, ¿acaso tu marido ha sembrado nada? ¿Quién mejor que nosotros sabe que no tienen más terreno que ese en que están clavadas las cuatro estacas del rancho?

Y untó de cola el fondo del cuartillo para averiguar qué iban a medir sus compadres pobres.

Estos midieron tantos cuartillos de oro que hasta perdieron la cuenta.

Al devolver la medida, no se fijaron que en el fondo habían quedado pegadas unas cuantas monedas. La comadre rica que era muy angurriente, y que no podía ver bocado en boca ajena, al ver aquello se santiguó y se fue a buscar a su marido.

—Mirá, ¿vos decís que tu compadre es un arrancado, que tiene casi que andar con una mano atrás y otra adelante para taparse, que no tiene ni dónde caerse muerto? Pues estás muy equivocado...

Y la mujer mostró el cuartillo, contó lo ocurrido y lo estuvo cucando hasta que hizo al compadre rico irse a buscar al pobre.

—Aja, compadrito —le dijo—. ¡Qué indino es usted! ¿Conque tenemos que medir el oro en cuartillo?

El otro, que era un hombre que no mentía, contó su aventura sencillamente.

¡El rico volvió a su casa con una envidia!

La mujer le aconsejó que fuera al monte a cortar leña.

—Quién quita —le dijo— que te pase lo mismo.

El viernes muy de mañana se puso en camino con cinco mulas y todo el día no hizo más que volar hacha.

Al anochecer se metió en lo más espeso de la montaña y se perdió.

Se subió a un árbol, vio la luz y se fue hacia ella. Llegó a la casa donde las brujas celebraban cada viernes sus fiestas.

Hizo lo mismo que su compadre pobre y se metió detrás de la puerta. Estaban las brujas en lo mejor de su canto:

Lunes y martes y miércoles

tres.

Jueves y viernes y sábado

seis.

Cuando la vocecilla del güecho cantó, toda hecha un temblor:

Domingo siete...

¡Ave María! ¡Para qué lo quiso hacer!

Las brujas se pusieron furiosísimas a jalarse las mechas y a gritar de cólera:

— ¿Quién es el atrevido que nos ha echado a perder nuestra canción?

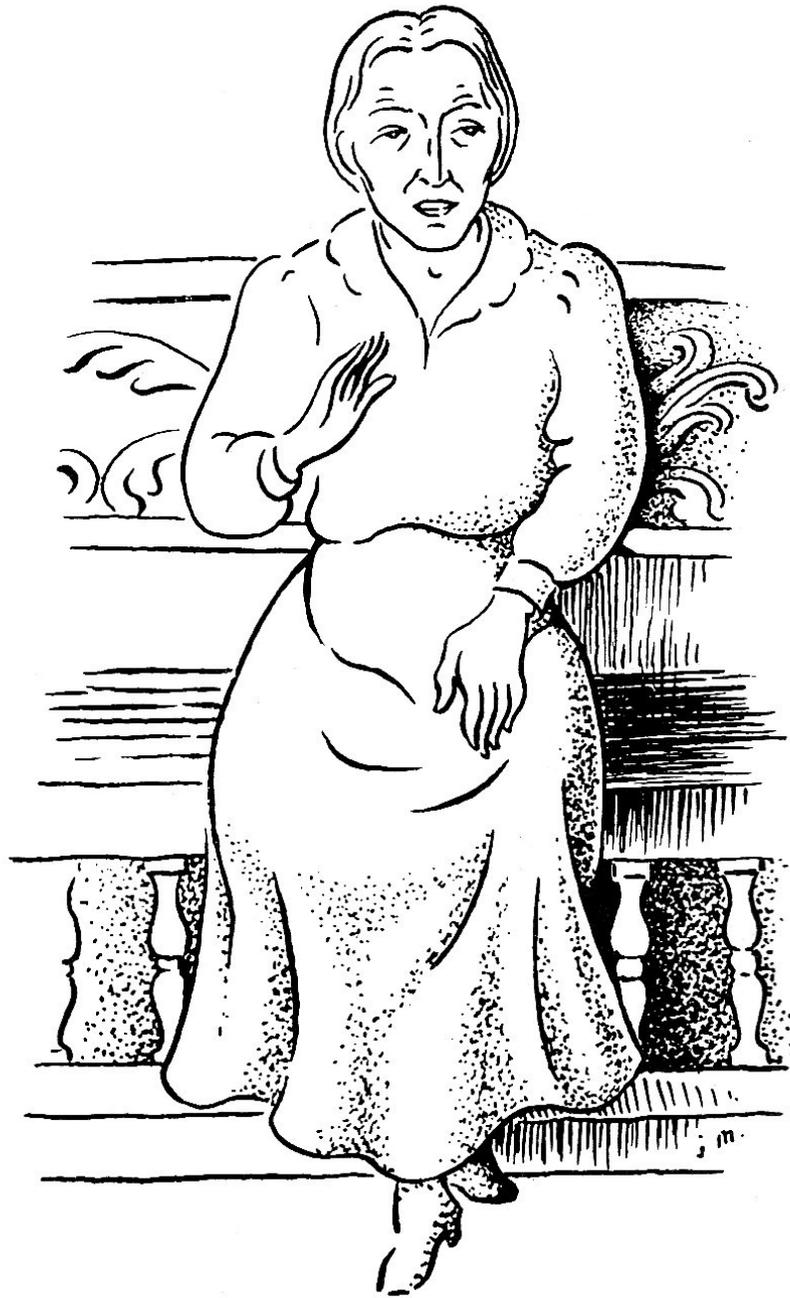
— ¿Quién es quién ha salido con ese "Domingo siete"?

Y buscaban enseñando los dientes, como los perros cuando van a morder. Encontraron al pobre hombre y lo sacaron a trompicones y jalonazos.

—Vas a ver la que te va a pasar, güecho de todita la trampa

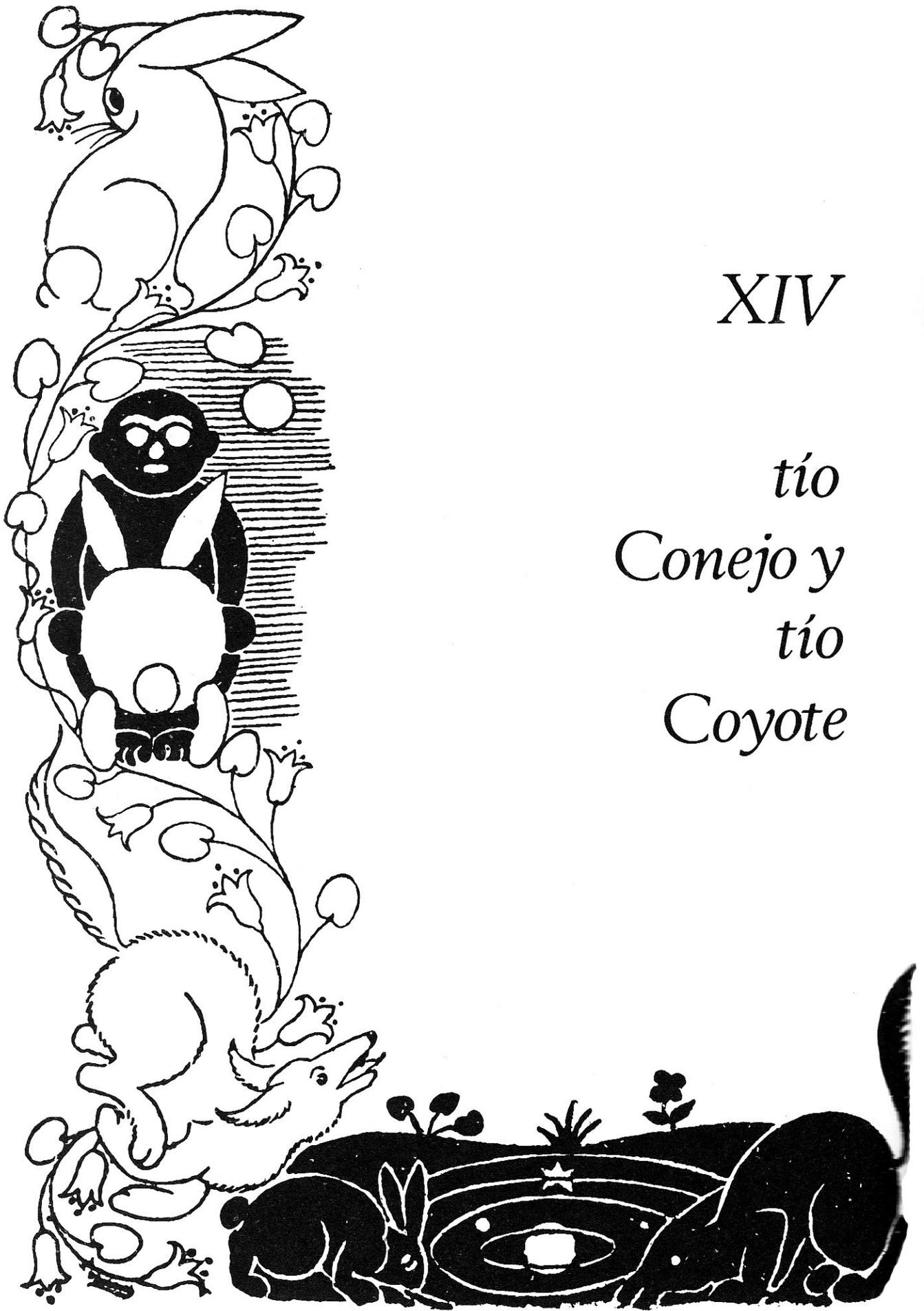
—dijo una que salió corriendo hacia el interior. Luego volvió con una gran pelota entre las manos, que no era otra cosa que el güecho del compadre pobre, y ¡pan! Lo plantó en la nuca del infeliz, donde se pegó como si allí hubiera nacido. Le desamarraron las mulas, las libraron de sus cargas de leña y las echaron monte adentro.

Al amanecer fue llegando mi compadre rico a su casa con dos güechos, todo dolorido y sin sus cinco mulas y, por supuesto, a la vieja se le regaron las bilis y tuvo que coger cama.



*cuentos de
tío Conejo*

Cuentos de tío Conejo



XIV

tío
Conejo y
tío
Coyote

Tío Conejo y tío Coyote

Una viejita tenía una huerta que era una maravilla.

Allí encontraba uno todo: rabanitos, culantro, tomates, zapayitos y chayoticos tiernos, lechugas. Pero la viejita comenzó a encontrar los quelites de las matas de chayote y de zapayo comidos, y después, daños por todo lado. Entonces hizo un gran muñeco de cera y lo plantó en la puerta.

Pues, señor, el caso es que tío Conejo era el de aquel tequio; se metía en las noches y se daba cuatro gustos gurruguseando por todo.

Cuando llegó y se encontró con aquel espantajo, se escondió detrás de unas matas a examinarlo, y al convencerse de que no se movía y que era de mentiras, la picó de valiente, se acercó y le dijo: — ¡Idiay, hombré, a ver qué es la cosa? Echémonos, a ver si vos me podés atajar.

Y tío Conejo le metió su moquete, pero como el muñeco era de cera, tío Conejo se quedó pegado. Le dio mucha cólera y le metió otro moquete y se quedó pegado. Por despegarse comenzó a patalear y se quedó pegado de las dos patillas; metió la cabeza y se le pegaron las orejas.

En esto amaneció y salió la viejita a su huerta y se va encontrando con mi señor, bien pegado del muñeco.

— ¡Ajá, con que ya di con lo que era! ¿Con que vos eras, confisgado, el que estabas acabando con mi huerta? Aguardate ai y verás. Ahora te voy a pelar, a ver si te quedan ganas

—y lo cogió y lo metió entre un saco; lo amarró y lo dejó a un ladito en la cocina, mientras iba a traer el agua.

"¡Ah, vaina la que me fue a pasar!", se puso a pensar tío Conejo. Y comenzó a pegar unos grandes gritos: — ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí!

En esto iba pasando tío Coyote y, a los gritos, se fue metiendo hasta la cocina a ver qué era. Cuando llegó junto al saco, preguntó: — ¿Quién está aquí?

Tío Conejo le contestó: —Pues yo, tío Coyote, que me tienen entre este saco porque me quieren casar con la hija del rey, y yo no quiero. Yo no me quiero casar.

Tío Coyote le dijo: — ¡Qué mamada! ¡Con la hija del rey!

¡Así quién no...! ¿Qué más querés?

Tío Conejo le dijo: —Pues ni aun así. Ya ves que es la hija del rey, y todavía si me la dieran encasquillada en oro, diría que no. ¡Qué vaina! ¡Qué vaina! El buey solo bien se lame. Yo que pensaba morir soltero...

Tío Coyote dijo: — ¡Cuándo yo! ¡Más bien estaría bailando de la contentera! Yo sí que no me haría el rosita como vos.

Entonces tío Conejo le propuso: —Mirá, ¿por qué no me soltás y te metés vos en mi lugar? En la ceremonia el novio va a estar metido entre el saco, para que la princesa no se dé cuenta, porque el rey es el de la gana de que yo me case con su hija. Y una vez pasada la ceremonia, el rey tiene

que convenir.

El muy no nos dejes de tío Coyote, sin acordarse de que ya otras veces tío Conejo le había jugado sucio, convino. Desamarró el saco y salió tío Conejo; se metió él, y tío Conejo lo amarró y ¡paticas! por aquí es camino...

Se escondió entre unos matorrales para ver en qué paraba aquello.

Volvió la viejita con su tinaja de agua. Puso una olla de agua al fuego y se sentó a esperar. Tío Coyote, donde oyó gente, por quedar bien comenzó a decir:

— ¿Idiay, a qué hora viene la princesa? Ahora sí, ya tengo ganas de casarme.

— Sí, princesa te voy a dar yo sé por dónde —le contestó la viejita.

Cuando el agua estuvo hirviendo, desamarró el saco y se asomó. — ¿Ajá, con que de conejo se volvió coyote? Está bueno.

Y tío Coyote, vuelto una aguamiel, respondió: — Sí, señora, pero yo sí tengo mucho gusto en casarme.

La viejita cogió su olla de agua hirviendo y se la echó por la trasera.

El pobre tío Coyote salió en un alarido, y en carrera abierta. Cuando lo vio pasar tío Conejo le gritó:

— ¡Adiós, tío Coyote c... quemao, por amigo de ser casao!

* * *

Allá a los días, en una que va y otra que viene, se va topando tío Conejo con tío Coyote. Tío Conejo se quedó como el día en que lo habían de enterrar. "¡Hijo del padre! ¡Ahora sí que me llevó quien me trajo!", se puso a pensar.

Verlo tío Coyote y ponerse como un jarro zonto, todo fue uno.

— ¡Bueno, tío Conejo, yo y usted tenemos que arreglarnos...!

Tío Conejo se hizo el tonto: — Y ¿eso de qué, tío Coyote?

Yo espulgo mi conciencia y veo que en nada lo he ofendido.

— Sí, callate solfas. Por dicha que ya yo sé con la tusa con que me rasco. Encomendate a Dios, porque aquí me las vas a pagar todas juntas.

Tío Conejo, mientras tanto, estaba volando ojo para todos lados. A la orilla de una cerca había un palo de zapote cargadito de zapotes. Entonces dijo:

— Bueno, tío Coyote, ¿qué vamos a hacer? El que puede, puede. Pero eso sí, que antes de acabar conmigo, me deje subir a ese palo de zapote a comerme un zapotico que estoy viendo desde aquí, madurito que no sé cómo no se ha caído.

No me mande al otro lado con la gana. Tome mi mano que vuelvo a bajar para que me tasajee.

— ¡Qué caray! —contestó el otro—, andá y comete el zapote, que enseguida será otro cantar. Y lo que es yo no me quito de aquí hasta que bajés.

No bien había acabado tío Coyote de consentir, cuando iba mi señor palo arriba diciendo:

— ¡Carachas! ¡Que me he visto en alitas de cucaracha!

¡Enainas me almuerza!

Ya arriba, se puso a hacer que comía zapote y a decir:

— ¡Qué zapotes! ¡Si es como estar comiendo sobao! ¡Qué ricura! Hágase de cuentas, tío Coyote, que Tata Dios encerró entre estas cáscaras terrones de dulce. Tío Coyote, ¿quiere que le tire uno para que pruebe?

—Bueno —respondió el otro.

—Allá te va; abra la boca y cierre los ojos.

De veras: el otro gandumbas va abriendo el hocico y tío Conejo buscó el zapote sazón más galano que encontró y se lo dejó ir con toda alma hacia la boca.

Por supuesto que le apió cuanto diente tenía y el pobre tío Coyote dijo a correr pegando el grito al cielo.

* * *

Fueron pasando días y en una de tantas, en una noche de luna, vuelve a dar tío Coyote con tío Conejo.

Todo moletas, le dijo mientras lo agarraba de las orejas:

—Lo que es de esta sí que no escapás, grandísimo tal por cual.

Mirá cómo me tenés...

Y tío Conejo, aunque no era del caso para reírse, ya no aguantaba las ganas, al ver al pobre tío Coyote sin dientes y al recordar cómo andaría la trasera.

—Pues bueno, tío Coyote, ¡qué vamos a hacer! Cuando usted dice este macho es mi mula, nadie lo saca de ahí. Dios sabe que nada le he hecho con intención de hacerle daño.

Es que vea, tío Coyote, yo soy más torcido que un cacho de venado con usted, y cada vez que quiero hacer una paloma me sale un sapo. ¡Que el señor le dé paciencia conmigo!

Y tío Conejo dio un gran suspiro.

—Callate, vende miel y bebe sin dulce. Quien no te conoce que te compre.

— ¿Sabe para dónde iba, tío Coyote? Pues a atiparme de queso. ¡Viera qué queso! Hasta que se ve amarillito.

— ¿Y dónde está? —le preguntó tío Coyote.

—Pues ande y vamos.

Y echaron a andar, tío Coyote sin soltar a tío Conejo.

Llegaron a un gran charco y en el fondo de él se reflejaba la luna llena.

Tío Conejo dijo:

—Mire, tío Coyote, repare qué queso. Yo creo que hay para un año. Y diga si no se le ve chorrear la mantequilla.

Y el otro Juan Vainas contestó: —De veras, tío Conejo.

¡Qué hermosura! ¿Y cómo hacemos para cogerlo?

—Muy sencillo. Pongámonos a bebernos el suero. No es mucho y ahorita lo acabamos.

Y dicho y hecho, se puso a hacer que bebía. Tío Coyote sí, se puso muy en ello a beber y beber, a beber hasta que por fin ya no le cabía.

— ¡Ay, tío Conejo de Dios! Ya no aguanto.

Tío Conejo respondió: —Aturrúsele, tío Coyote, ya entre poco acabamos.

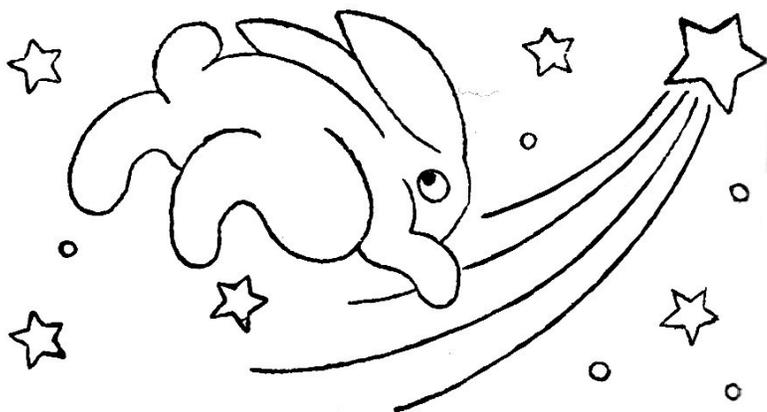
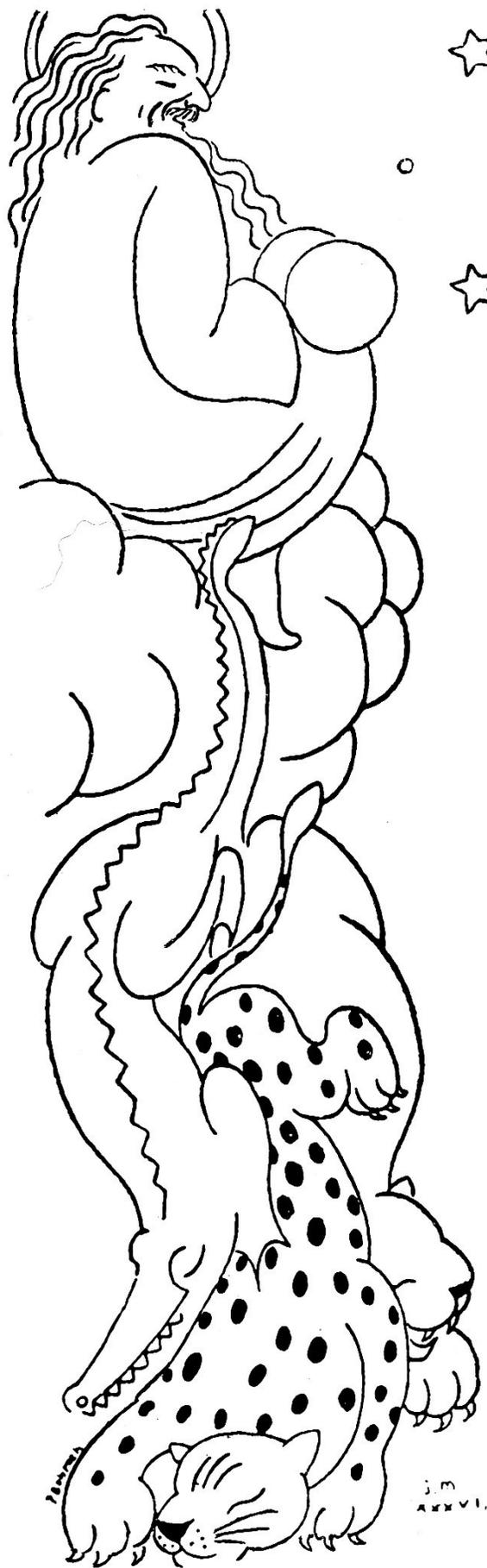
Allá al rato, jadeando y con la panza como una tambora, volvió a decir tío Coyote: —Ja... ja... ja... ¡Ay, ya no aguanto!

— ¿Sabe lo que vamos a hacer? —dijo el indino de tío Conejo. Pues mire, tío Coyote, vamos a pegar una carrera en esa cuesta, para que se nos baje el suero, y enseguida volvemos a acabar con lo que falta.

El otro convino, tío Conejo lo cogió de una mano y salió con él cuesta abajo.

Tío Coyote no pudo ni gritar y en media cuesta se oyó como cuando revienta una vejiga de res inflada. ¡Pues qué era! Pues el pobre tío Coyote, que llevaba la panza como una timba, había reventado en la carrera.

Y tío Conejo que por dos veces se había visto a palitos para no ir a parar a la panza de tío Coyote, pudo ya andar tranquilo para arriba y para abajo.



XV

*por qué
tío Conejo
tiene las
orejas
tan largas*

Por qué tío Conejo tiene las orejas tan largas

Pues señor, un día se le va antojando a tío Conejo tener una estatura mayor, y le habló a un zopilote para que lo llevara a las nubes adonde Tatica Dios.

Tío Conejo llegó a la presencia de Nuestro Señor, que por dicha ese día estaba de buenas, y le dijo que él deseaba ser más grande, que era una gran vaina ser tan chiquillo porque todos se lo querían comer, y que por aquí y por allá. Tatica Dios le contestó: —Bueno, hombré, pero eso sí, traeme un pellejo de león, otro de tigre y otro de lagarto, y con la condición de que vos mismo los has de matar.

Tío Conejo no esperó segundas razones y sin decir adiós a Nuestro Señor, se encajó en el zopilote y volvió a la Tierra.

Lo primero que hizo fue atisbar a tío Tigre y en un mediodía que estaba echando una siesta, llegó quebrándose y gritando como loco: — ¡La Santísima Trinidad! ¡Ave María, Gracia Plena! ¡Los Tres Dulcísimos Nombres!

A la bulla se recordó tío Tigre y lleno de miedo, le gritó:

— ¿Qué es la cosa, hombre?

— ¡Tío Tigre de Dios, ni me pregunte! ¿Qué le parece que ai no masito viene un huracán? Por vida suya, amárreme con estos bejuquitos para que no me lleve —y daba vueltas de aquí y corría de allá.

A tío Tigre se le fue el cuajo a los talones.

— ¡No diga eso, tío Conejo! ¿Y ahora qué hago yo? ¿No habrá por ai con qué amarrarme a mí también?

Tío Conejo tenía ya unos bejucos muy resistentes listos debajo de las hojas, y dijo haciéndose de las nuevas:

—Pues aquí hay unos bejuquillos, si quiere... La cosa es que quién sabe para qué pueda amarrarlo, porque tengo las manos en un temblor.

Tío Tigre le dijo: —Tantee, tío Conejo, tantee.

Y tío Conejo que era nonis para hacer nudos, lo dejó bien reatado a un palo y cuando lo tuvo así, comenzó a tirarle pedradas; luego que lo vio más del otro lado que de este, se acercó con un palo y acabó de salir de él. Ya muerto lo desamarró y con su cuchillo le quitó la piel, que dejó al sol para que se oreara.

Luego se puso a cavilar cómo conseguir la piel del león.

Él sabía que había un pumita que estaba haciendo tonterías en una hacienda de ganado.

Entonces se fue adonde el dueño y le dijo: —Mire, ñor hombre, ¿quiere que hagamos un trato?

—Vamos a ver, ¿qué es la cosa? —le contestó el otro.

—Vea, ¿quiere que salgamos de mano leoncito?

El hombre se rió y dijo:

—Idiay, ¿y cómo vas a hacer, vos tan chiquitillo?

—Ai verá. Deme su palabra de que me ayudará así que esté muerto en lo que yo le pida, y le prometo que de aquí a diez días no tendrá ese tequio encima.

Tío Conejo se lo llevó a un sitio donde había un hoyo en forma de embudo, bastante hondo, arenoso y con las paredes lisas. El que caía allí tenía que perder las esperanzas de salir si no había quién le ayudara. Tío Conejo hizo al hombre cortar ramazones y tapar la abertura del hueco y darle la apariencia del suelo cubierto de hojas. Después le aconsejó que en la pura orilla atara un ternero bien gordo y él corrió en busca del león.

Cuando dio con él, le gritó: —Mano León de Dios, andaba en busca suya. ¡Viera qué almuercillo más ñeque le tengo!

Póngaseme atrás y verá.

Mano León de veras lo siguió y tío Conejo hizo que llegaran al lugar de modo que el otro tuviera que pasar por el hueco. Por supuesto que poner los pies sobre las ramazones y salir rodando, fue uno. A los ocho días el pobre mano León murió de hambre. Tío Conejo corrió en busca de ñor hombre para que le ayudara a sacarlo, y cuando lo tuvo fuera, le arrancó la piel con su cuchillo, la extendió al sol y la dejó oreándose al lado de la del tigre.

Le faltaba la del lagarto.

Sabía que este era muy parrandero y en una noche de luna cogió su guitarra y se fue a cantar a la orilla del río y a echar güipipías.

Mano Lagarto fue saliendo y le preguntó:

—Hombré, ¿por qué estás tan alegre?

Tío Conejo le contestó: — ¡Cómo quiere que no esté alegre, si voy a un baile donde hay cuatro muchachas!... (Tío Conejo se llevó la mano a la boca y se besó la punta de los dedos).

—No digás, hombré, no digás. ¿Y eso dónde es?

—Por ai, por ai... —y tío Conejo hizo que seguía adelante.

Mano Lagarto le dijo: — ¿Por qué no me llevás, compadrito?

—A mí no me gusta andar con aretes —le respondió tío Conejo.

—Sí, hombré, llevame, no te hagás de rogar.

—Bueno, ¡qué caray! ¡Pero, eso sí, cuidado con la cuenta!

¡Cuidado con ir a hacer una que no sirve!

El otro le hizo mil juramentos y se pusieron en camino.

Pero tío Conejo se hizo el renco y mano Lagarto le propuso que se le subiera encima. Tío Conejo se encaramó sobre mano Lagarto, y a poco andar le dio con toda alma un garrotazo con un guayacancito que traía escondido. Pero no tuvo buena puntería y apenas lo dejó atarantado. Tío Conejo se las mandó cambiar y mano Lagarto pasó varios días sin poder ver el sol claro.

Tío Conejo no hacía más que tratarse mal él mismo: — ¡Ah, gran chambón! ¡Achará! ¡Lo que es otra como esta no se te presenta!

Pero no se dio por vencido y se fue a buscar una lora que vivía cerca del río donde habitaba mano Lagarto. Se aconsejó con ella para que a la tardecita, cuando él pasara, le hiciera ciertas preguntas. De veras, a la tarde pasó tío Conejo por allí y la lora le gritó a todo galillo:

—Hombré, tío Conejo, ¿para dónde camina?

—Pues para el matrimonio de la hija del rey. ¡Viera que festarrín! Haga el ánimo y nos vamos. Al oírlos se asomó mano Lagarto y al ver a tío Conejo, se puso muy caliente.

— ¿Conque ai andás, gran tal por cual? Ahorita te contaré...

El otro se puso fuera de su alcance y preguntó a la lora:

— ¿Quién es ese joven tan elegante? Yo no lo conozco. Si es la primera vez que lo veo y no sé por qué está tan bravo conmigo.

— ¡Venime a mí con esas! ¿Crees que fue poco el garrotazo que me zampaste el otro día?

—Ajá, ya caigo —dijo tío Conejo—. Este me confunde con mi hermano, que es un sinvergüenzón de siete suelas. Cabalmente ahora lo tienen en la cárcel por una que hizo. ¡Vieran los chascos que yo me he llevado por ese! ¡Es que somos igualitos!

Mano Lagarto se la compró:

— ¡Ah! ¿Conque no eres vos? ¡Ve! Pues ai dispensame. ¿Y para dónde la llevás?

—Pues al matrimonio de la hija del rey. Es que voy a ser padrino. Aquello va a estar de vuelta y media. ¡Un parrandón!

Bueno, me las caiteo. Hasta luego.

Mano Lagarto estaba que se las pelaba de ganas de ir.

—Hombré, ¿por qué no me llevás?

—Con mucho gusto. Véngase.

Y se fueron.

Allá al mucho andar, tío Conejo hizo como que se daba un tropezón y cayó dando quejidos: — ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Yo creo que me lisié un pie. Ahora sí que estoy galán. Mejor será que se devuelva, mano Lagarto, y me deje aquí. Yo no puedo dar un paso.

— ¿Cómo va a ser eso? ¡Adió! Encájateme encima y vamos al matrimonio. Allí no faltará quien te sobe. ¿Qué diría el rey si no llegaras?

—No me atrevo. Es mucha grosería. ¿Qué parecía, que tras que me ha hecho usted el favor de acompañarme, también vaya a tener que cargar conmigo?

— ¡Adió! ¿Y eso qué tiene? Montate y dejate de ruidos.

"Lo que el sapo quería", pensó tío Conejo. Y con mil y tantos trabajos se puso sobre mano Lagarto.

Tío Conejo iba en un quejido y el otro por distraerle, le metió conversación:

—Hombré, tu hermano sí que fue tonto. En vez de darme por la nariz, me dio por la nuca.

No había acabado de decirlo, cuando tío Conejo le dejó ir un garrotazo por la nariz que lo dejó tieso allí no más.

Sacó su cuchillo, y le cortó la piel y lo dejó que se oreara.

Cuando lo estuvo, llamó al zopilote y le habló para que lo llevara con todo y pieles adonde Tatica Dios. Así que llegaron ante Su Divina Majestad, tío Conejo, sin andarse con muchas aquellas, le tiró a los pies los pellejos:

— ¡Aquí tiene...!

Ese día Nuestro Señor no estaba de muy buenas pulgas.

—Bueno, ¿y qué hay con eso? —le preguntó de mal modo.

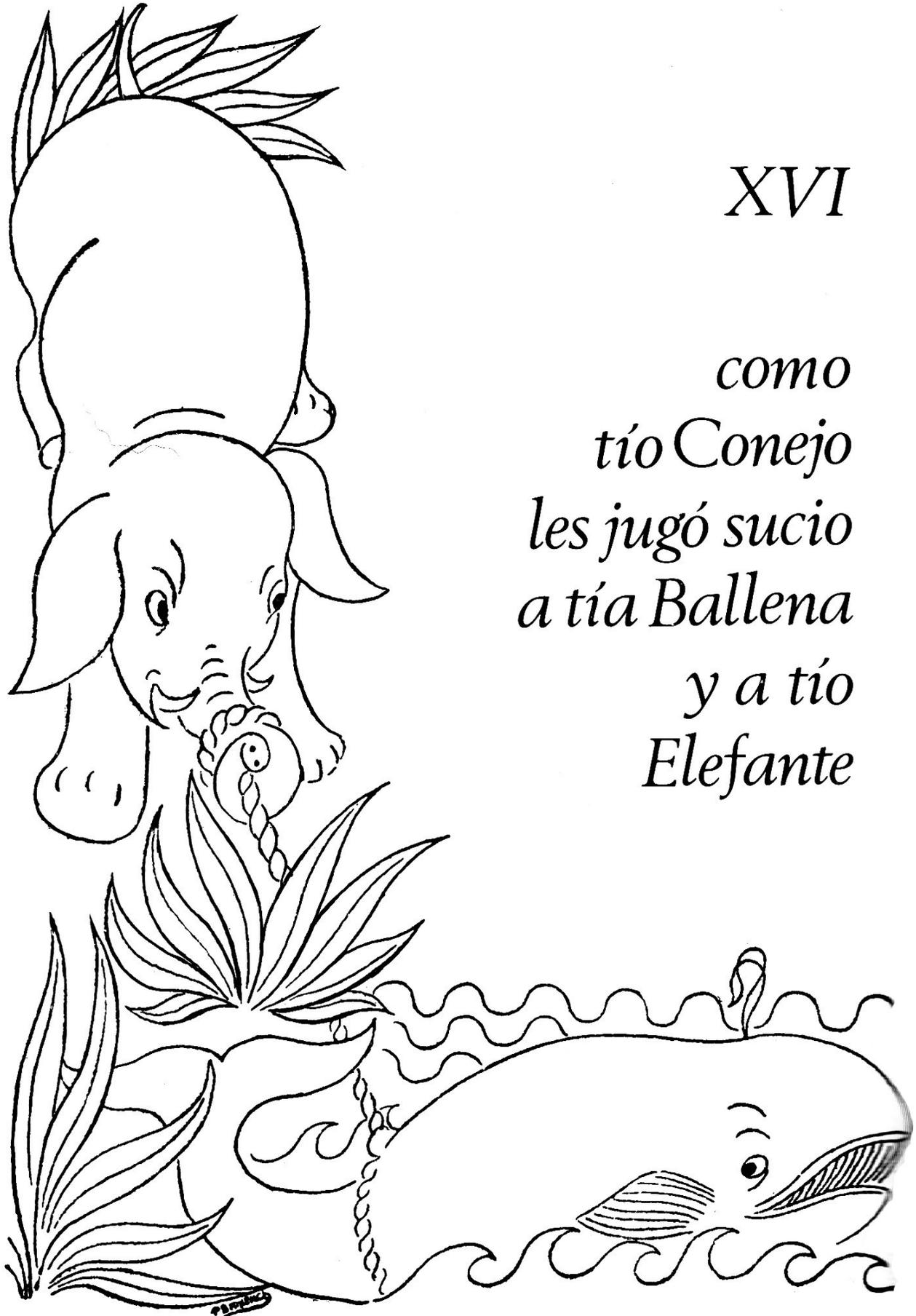
—Nada, pues que usted me dijo que le trajera una piel de tigre, otra de león y otra de lagarto, muertos por mí, y aquí están. Y que si se las traía me haría más grande.

Nuestro Señor exclamó: — ¡Ah, gran indino! ¡Se me puso que te ibas a salir con las tuyas! ¡Ya me parece las que has hecho en la Tierra!

Entonces lo cogió de las orejas y les dio tan gran jalonazo que se las estiró tamaño poco. (Ha de saberse que antes, antes, tío Conejo tenía las orejas chirrisquitillas). Después le dijo:

— ¡Y te me quitás de aquí, zángano!

Tío Conejo salió a pito y caja, sobándose las orejas y Tatica Dios al verlo por detrás, no pudo dejar de echarse una carcajada y con esto se le fue el mal humor.



XVI

como
tío Conejo
les jugó sucio
a tía Ballena
y a tío
Elefante

Cómo tío Conejo les jugó sucio a tía Ballena y a tío Elefante

Pues, señor, allá una vez tío Conejo se fue a cambiar de clima a la orilla del mar.

Un día que andaba dando brincos por la playa se va encontrando con tía Ballena y tío Elefante que estaban en gran conversión.

Tío Conejo se escondió entre unos charrales y paró la oreja para ver en qué estaban.

Y en lo que estaban era en que el uno al otro no hallaban dónde ponerse:

—Que, tía Ballena, a usted sí que no hay quién le gane en fuerzas y eso de que ya se tomara usted tener las mías, es hablar por hueso de la nuca.

—Que, adió tío Elefante, no me salga con eso. Usted sí que es ñeque. Sí, sí, donde se llora está el muerto...

Y que esto, y que lo otro, y que por aquí y que por allá.

Bueno, para no cansarlos con el cuento, llegaron a convenir en que los dos tenían fuerza y que lo mejor que podían hacer era unirse para gobernar toda la Tierra.

Pero a tío Conejo no le hicieron nada de gracia aquellos planes y se puso a pensar: "Pues lo que soy yo les voy a dar una buena chamarreada a ese par de monumentos. ¡Ay! ¡Y

la enredada de pita que les voy a dar!". Y no fue cuento sino que enseguida se puso en función: se fue a buscar una coyunda muy fuerte, muy fuerte y muy larga, muy larga; después yo no sé de dónde se hizo de un tambor que escondió entre unos matorrales y corrió a buscar a tía Ballena. Por fin dio con ella.

—Tía Ballenita de Dios. ¡Qué a tiempo me la encuentro!

¡Viera qué caballada me ha pasado! ¿Pues no se me metió la única vaquita que tengo entre un barrial como a media legua de aquí?

—No diga esa niño, ¿y eso cómo?

— ¡Sepa Judas! El caso es que allí me la tiene en ese atolladero y como es tan poquita, está llora y llora, con el barro hasta el pescuezo. Por vida suya, tía Ballena, sáqueme de este apuro, usted que es la más fuerte de todos los animales y además tan noble.

Tía Ballena se volvió muy chiquiona al oír estos pericos y al momento se puso a las órdenes de tío Conejo.

¡No faltaba más, sino que se le fuera a ahogar en barro su vaquita, estando ella allí!

— ¡Quién otra lo podía hacer! —dijo tío Conejo—. Bien me lo habían dicho, ¡que no la vieran tan grande que hasta que da miedo, pero con un corazón que es un alfeñique! Lo que vamos a hacer es que yo voy a amarrarle una punta de esta coyunda de la cola y la otra voy a ver cómo se la amarro a mi vaquita. Cuando todo esté listo toco en mi tambor. Al oír el redoble, se me pone usted a jalar con toda alma.

—Ni diga más, tío Conejo, no me llamo tía Ballena si no se la saco aunque esté hundida hasta los cachos.

De veras, tío Conejo amarró la coyunda de la cola de tía Ballena y después el muy papelero cogió tierra adentro haciéndose el afanado. Apenas calculó que la otra no lo veía se puso a bailar en una pata y a cantar.

Después se fue a buscar a tío Elefante y cuando lo divisió se hizo el encontradizo: — ¡Ay, tío Elefante, solo Dios pudo habérmelo reparado! ¡Viera en las que ando!

— ¿Qué es la cosa, hombré? —preguntó tío Elefante.

— ¿Pues qué me había de pasar? Qué le parece que tengo una novillita chúcará que se me ha metido entre un barrial a media legua de aquí y no hay modo de sacarla. Allí estoy desde buena mañana sudando la gota gorda y la confisgada cada vez se hunde más. Mire, tío Elefante, usted que es tan fuerte y tan noble, que dicen que nadie le gana, por qué no hace una gracia conmigo y de un tironcillo con su trompa, como quien no quiere la cosa, me la saca.

Tío Elefante le dijo que bueno, que le explicara lo que tenía que hacer.

Tío Conejo contestó: —Pues nada más que dejarse amarrar el extremo de esta coyunda de su trompa. Enseguida iré yo y con mil y tantos trabajos amarraré mi novillita de la otra punta. Cuando todo esté listo redoblaré en mi tambor y entonces usted se pone a jalar con toda alma porque está muy metida.

—No tengas cuidado y aunque fuera más pesada que mil vacas juntas yo la saco. Si eso es un juguete para mí. Amarrá bien, hombré.

Tío Conejo le requintó bien la coyunda en la trompa y luego se alejó en una pura micada como si fuera muy agradecido.

Así que estuvo a la mitad de la distancia entre los dos, sacó el tambor y se puso a redoblar.

Tía Ballena comenzó a tirar, pero la vaquita no tenía trazas de salir. Tío Elefante jalaba y jalaba y nada.

— ¡Demontres con la vaquita para pesar!

— ¡Carasta! Si la novillita chúcará pesa más de lo que yo pensaba.

Y siguieron cada uno por su lado a más y mejor.

En una de tantas, como tío Elefante se iba arrollando la coyunda en la trompa, se trajo a tía Ballena a tierra; pero tía Ballena se calentó tanto, que no supo a qué horas se tiró al agua y fue a dar al fondo y ya me tienen al otro patas arriba corriendo hacia la playa sobre el espinazo.

Del colerón dio tal jalonazo que se volvió a traer a tía Ballena a la superficie.

— ¿Quién es el atrevido que está en ese juguete conmigo?

¡Conque esa era la vaquita!

— ¿Quién es el tal por cual que no me respeta? ¡Miren la novillita chúcará! —gritó tío Elefante que había hecho a un lado su cachaza y estaba más caliente que un avispero alborotado.

¡En esto se van viendo!

¡Ave María, Gracia Plena! ¡Aquello sí que era contento!

¡Qué bocas y lo que se dijeron!

— ¡Yo te contaré, trompudo, labioso, poca pena! ¿No te da vergüenza ver que te cogí la maturranga? ¡Creyó que yo me iba a dejar, como soy una triste mujer, para quedarse gobernando solo!

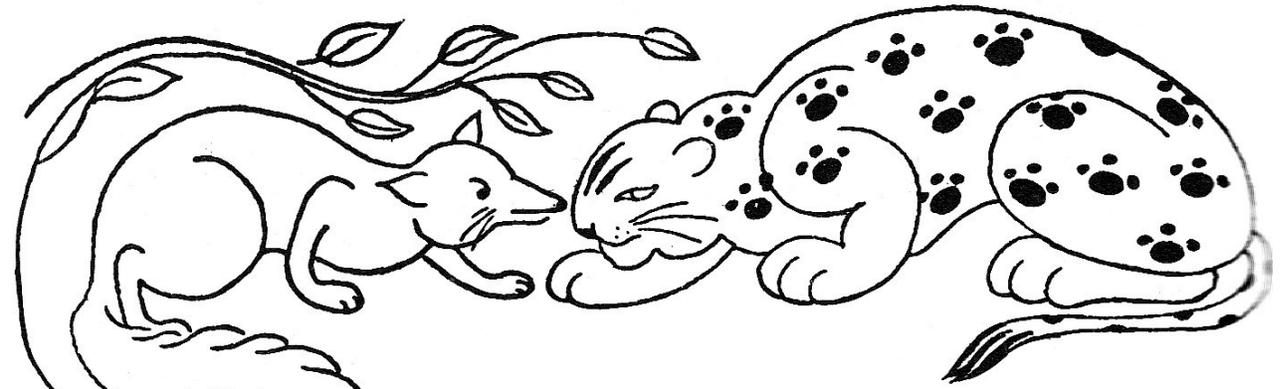
— ¡Callate, vieja bocona! ¡A vos sí que no se te puede creer!

¡Quería salir de mí para quedarse reinando...! ¡Convidándo

me para que gobernáramos juntos y ya con su tortón entre la jupa!

Y no fue cuento, sino que se pusieron otra vez a tirar de la coyunda cada uno por su lado. Por fin la coyunda no resistió y ¡traca! reventó, y tía Ballena bien acardenalado y con la cola desollada fue a parar a los profundos, y tío Elefante fue a dar por allá, otra vez patas arriba, con la trompa bien luyida. Y tío Conejo que ya no aguantaba el estómago de tanto reír, escondido entre los charrales.

No hay para qué decir que tío Elefante y tía Ballena quedaron enemigos y se quitaron el habla para siempre. Y cabalmente eso era lo que tío Conejo andaba buscando, para que no volvieran a hacer planes de gobernar ellos dos la Tierra.



XVII

*de cómo
tío Conejo
salió de
un apuro*

De cómo tío Conejo salió de un apuro

Pues ahora verán: yo no estoy bien en qué fue lo que le hizo tío Conejo a tío Tigre, el caso es que lo dejó muy ardidado y con unas grandes ganas de desquitarse y juró que lo que era ese gran trapalmejas no se iba a quedar riendo, y no y no.

El pobre tío Conejo, como vio la cosa tan mal parada, se estorrentó por lo pronto de ese lugar, mientras al otro se le iba bajando la cólera. Tío Tigre llamó a varios amigos, y les dijo que cuáles querían ganarse un camaroncito ayudándole a buscar a tío Conejo.

Tía Zorra, que era muy campanera y muy amiga de quedar bien con los que veía que podía sacarles tajada, y que además le tenía tirria a tío Conejo por las que le había hecho, dijo que adiód, que qué era ese cuento de camarón, que ella le ayudaría con mucho gusto sin ningún interés, y que por aquí y que por allá.

Tío Tigre no quería y le dijo: —No, no, tía Zorra, cómo va a ser que a cuenta de ángeles somos vaya usted a maltratarse, a mí me da pena.

Entonces tía Zorra le contestó que no se llamaba tía Zorra si no daba con tío Conejo.

Y no fue cuento, sino que desde ese día no paró en su casa, sino que dijo a correr por todo, y usted fisgonea por aquí y usted escucha por allá, y lo que le gustaba era pasar por la casa de tío Tigre con la lengua de fuera haciendo que ya no echaba...

Por fin dio el tuerce que un día pilló a tío Conejo metiéndose en una cueva, y tío Conejo no la vio.

Estuvo un buen rato a la mira a ver si salía, y como no, se acercó poquito a poco y puso la oreja a la entrada y oyó a tío Conejo ronca y ronca allá dentro.

Entonces paró el rabo y dijo a correr y correr, hasta que llegó donde tío Tigre con el campanazo de que ya había dado con tío Conejo.

Tío Tigre le dijo: —Bueno, tía Zorra, cuidado me va a chamarrear, porque entonces usted también sale rascando.

— ¡Adiód, tío Tigre, cómo va a ser eso! Póngaseme atrás y se convencerá. Eso sí queditico, porque si no se pasea en todo.

De veras, el otro se le puso atrás y llegaron. Tía Zorra se volvió una pura monada, para señalarle dónde estaba tío Conejo.

La entrada era muy angosta y tío Tigre lo que hizo fue meter la mano, que era lo que le cabía, y echó traca; pero quiso Dios que agarró a tío Conejo por la pancilla.

Tío Conejo que estaba bien privado se recordó con sobresalto.

¡Y cuál no sería el susto que se llevó al verse agarrado por la mano de tío Tigre, porque por un rayito de luz que entraba pudo mirar bien y no le quedó la menor duda de eso!

Pero no quiso dar su brazo a torcer, y hablando lo más hueco que pudo, metió esta gran rajonada:

— ¿Quién me toca la muñeca?

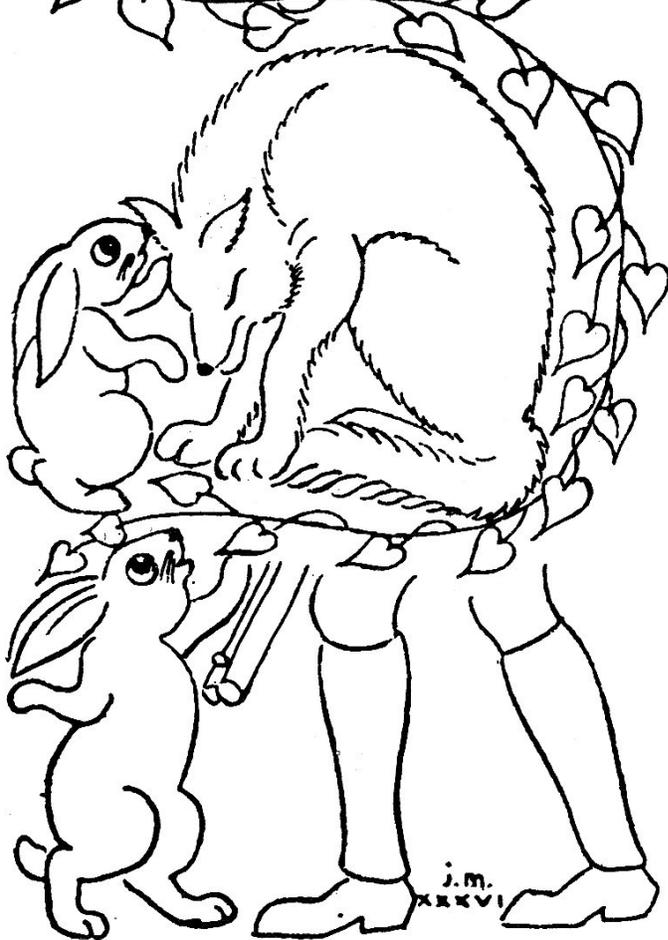
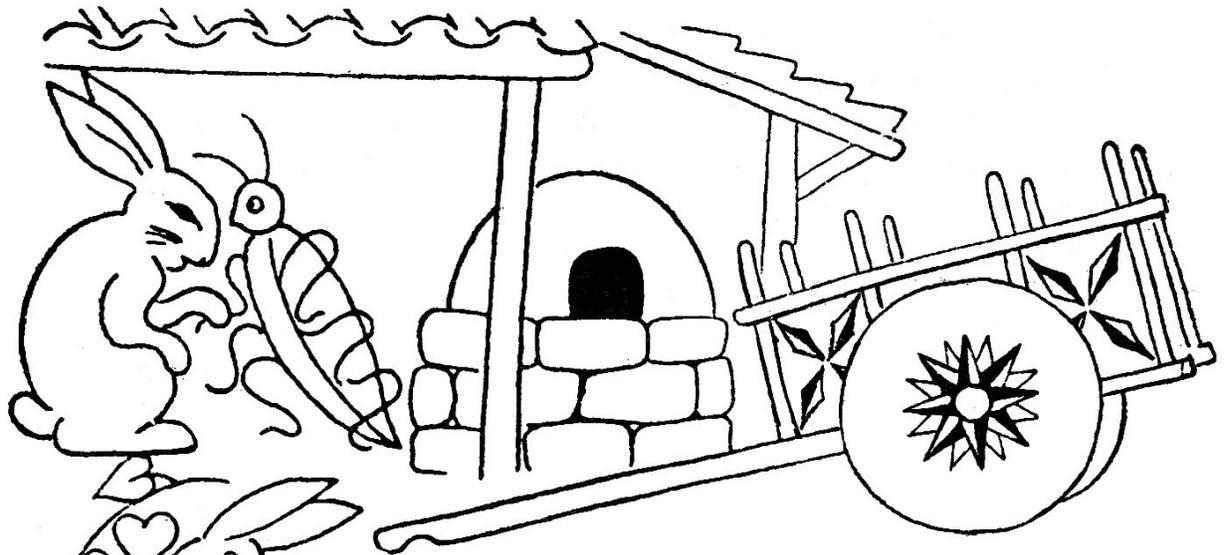
La voz entre la cueva sonaba muy feo y parecía salir de una boca muy grande.

Tío Tigre, que no lo había soltado, se frunció toditico.

— ¡Ni por la perica! ¿Quién sería el que hablaba así y tenía una muñeca tan galana? ¿De qué tamaño sería entonces la mano? ¿Y el brazo? ¿Y la persona que hablaba?

Porque él se la comparó y creyó que la panza era la muñeca. Y se le puso que era un gigante y que tía Zorra le estaba haciendo cachete a este gigante para salir de él.

Entonces pensó que quién lo mandaba hacerle caso a esa gran lambuza, sinvergüenza, y sin aguardar más razones, dijo por aquí es camino, y tía Zorra quedó cual sus patas.



XVIII

*tío Conejo
comerciante*

Tío Conejo comerciante

Una vez tío Conejo cogió una cosecha que consistía en una fanega de maíz y otra de frijoles, y como era tan maldito, se propuso sacar de eso todo lo que pudiera.

Pues bueno, un miércoles muy de mañana se puso su gran sombrero de pita, se echó el chaquetón al hombro y cogió el camino. Llegó donde tía Cucaracha y tun, tun. Tía Cucaracha, que estaba tostando café, salió cobijándose con su pañuelo para no pasmarse.

— ¿Quién es? ¡Adiós trabajos! ¡Si es tío Conejo! ¿Qué se le ofrece? Pase pa' dentro y se sienta —y tía Cucaracha limpió la punta de la banca con su delantal.

—Aquí no más —contestó tío Conejo—, si vengo de pasadita a ver si quiere que tratemos. ¿Qué le parece que vendo una fanega de maíz y otra de frijoles en una onza y media? ¡Báileme ese trompo en la uña! Regaladas, tía Cucaracha, pero la necesidá tiene cara de caballo.

—Pues ai vamos a ver, tío Conejo. Si me decido, allá llevo.

—No, no, tía Cucaracha. Si se decide es ya, porque si no voy a buscar otro. Vine aquí de primero por ser usted. Y si se decide, llegue a casa el sábado como a las siete de la mañana, porque yo tengo que bajar a la ciudad.

— ¡Qué caray! Hago el trato y allá llevo el sábado con mi carreta. Pero no se vaya. Ahorita está el café y tengo un tamal asado que acabo de sacar.

Tío Conejo se sentó y al poco rato estaba allí tía Cucaracha con un buen jarro de café acabadito de chorrear y una gran ración de tamal asado.

Con ese puntalito entre el estómago, siguió tío Conejo su camino. Llegó donde tía Gallina y tun, tun: — ¿Quién es? —gritó desde adentro tía Gallina, que estaba enredada con el almuerzo.

—Yo, tío Conejo, que vengo a ver si hacemos un trato.

—Pase pa' dentro y se sienta. A ver, ¿qué es el trato?

—Es que vendo una fanega de maíz y otra de frijoles en onza y media. ¡Vea qué mamada! Como quien dice, echar el maicillo y los frijolillos a la calle... Pero estoy en un gran aprieto y tengo que venderlos por esa miseria. Me vine derecho a buscarla, tía Gallina, porque al fin y al cabo somos buenos amigos y uno debe preferir a los amigos.

Tía Gallina fue a volver la tortilla al comal, y mientras fue y vino, pensó que era un buen negocio y prometió a tío Conejo ir el sábado como a las ocho con su carreta, por el maíz y los frijoles. También le dio un queso hecho en la casa para que probara.

Tío Conejo siguió su camino y llegó donde tía Zorra que estaba pelando unos pollos.

— ¡Hola, tía Zorra! ¿Qué hace Dios de esa vida?

— ¡Pero hombre, tío Conejo! ¡Buenas patas tiene su caballo! Pase adelante, pase adelante y ahorita almorzamos.

Tío Conejo entró y propuso el negocio del maíz y de los frijoles a tía Zorra, metiéndole una larga y otra corta: que la había preferido a todos y que por aquí y por allá, y que si se decidía,

llegara como a las nueve el sábado, porque él tenía que bajar a la ciudad. Tía Zorra dijo que bueno, y prometió llegar el sábado con su onza y media donde tío Conejo.

Después que dio una gran almorzada, tío Conejo se despidió y siguió su camino. Llegó donde tío Coyote, que estaba quitando del fuego una gran olla de conserva de chiverre.

— ¡Upe! Tío Coyote. ¿Cómo le va yendo?

— ¡Dichosos ojos, tío Conejo! Vale más llegar a tiempo que ser convidado. Entre pa' dentro y pruebe esta conservita que está muy rica.

Mientras se comía su plato de conserva, tío Conejo ofreció sus fanegas de maíz y de frijoles a tío Coyote por onza y media. Enseguida cerraron el trato y tío Coyote quedó en llegar por ellas el sábado como a las diez de la mañana, con su carreta.

Tío Conejo se despidió y siguió adelante. Llegó a casa de tío Tirador, que estaba en el corredor aceitando su escopeta.

—Tío Tirador, aquí vengo a que crea que he perdido los bartolos, a ofrecerle una fanega de maíz y otra de frijoles en onza y media. ¡Un disparate! Pero es que ando cogiéndolas del rabo con una jaranilla que me ha caído encima.

Tío Tirador trató, y quedó de llegar el sábado con sus dos mulas, por el maíz y los frijoles. Tío Conejo le propuso que llegara como a mediodía, porque en la mañana tenía que estar en la ciudad, de precisa, y no volvería a casa sino hasta por ahí de la una.

Luego tío Conejo regresó a su casa. El sábado se levantó de mañanita y se sentó en la tranquera. Apenas había salido el sol, cuando vio venir a tía Cucaracha con su carreta.

Tío Conejo la hizo llevar la carreta detrás de la casa. Le enseñó el maíz y los frijoles; tía Cucaracha sacó del seno el pañuelo en que traía anudado el dinero, lo desanudó y puso en manos del vendedor la onza y media.

El muy labioso de tío Conejo invitó a entrar a tía Cucaracha, descolgó la hamaca que estaba prendida de la solera de la sala y le dijo: —Venga, tía Cucaracha, y se da una mecidita mientras se fuma este puro habano. Y tía Cucaracha se echó en la hamaca y se puso a fumar.

Tío Conejo estaba para adentro y para afuera. De pronto apareció con las manos en la cabeza.

— ¡Tía Cucaracha de Dios! Allá viene tía Gallina, y es para acá.

— ¡No diga eso, tío Conejo! —dijo tía Cucaracha tirándose de la hamaca—. ¡Dios libre sepa que estoy aquí! ¡Escóndame por vida suyita, tío Conejo! Ya me parece que estoy en el buche de tía Gallina.

Tío Conejo la escondió entre el horno y salió a recibir a tía Gallina, a la que hizo llevar la carreta al galerón, le enseñó las fanegas de maíz y de frijoles y recibió la onza y media.

Después por señas la hizo asomarse al horno y tía Gallina se va encontrando con mi señora tía Cucaracha, que pasó a su buche en un decir amén. Enseguida la llevó a la sala, la hizo subir a la hamaca y aceptar un puro habano.

Cuando tía Gallina estaba en lo mejor, meciéndose y fumando, entró tío Conejo con las manos en la cabeza: — ¿Tía Gallina de Dios! ¿Adivíneme quién viene allí no masito?

— ¿Quién, tío Conejo?

—Pues tía Zorra, y no sé si es por usted o por mí.

—Por mí, tío Conejo. ¿Por quién había de ser?

— ¡Escóndame, por vida suya! —y la pobre tía Gallina, más muerta que viva, corría de aquí y de allá sin saber qué camino tomar.

Tío Conejo la escondió en el horno y salió a recibir a tía Zorra. La llevó a dejar la carreta en el potrero, para que no viera las otras, recibió su onza y media y en lo demás hizo como antes. Le señaló el horno con mil malicias y tía Zorra se zampó a tía Gallina. Mientras se estaba meciendo en la hamaca y fumándose su puro habano, tío Conejo estaba como una lanzadera, para adentro y para fuera. En una de tantas, entró haciéndose el asustado:

— ¡Tía Zorra de Dios! ¿Adivine quién viene para acá?

Tía Zorra pegó un brinco.

— ¿Quién, tío Conejo?

—Pues tío Coyote... Y no se sabe si es por usted o por mí.

— ¡Ah, tío Conejo más sencillo! ¿Por quién había de ser si no por mí? ¡Escóndame y Dios quiera que no me huela!

Tío Conejo la escondió en el horno y salió a recibir a tío Coyote. Después que este le entregó la onza y media, lo llevó a la sala.

—Échese en la hamaca, tío Coyote, y descansa. Mientras tanto fúmesse este purito habano. No hay que apurarse por nada. ¡Adió! De repente, cuando uno menos lo piensa llega la Pelona y adiós mis flores, se acabó quien te quería. Yo por eso nunca me apuro por nada.

Así que se fumó el puro, tío Conejo le dijo al oído: —Vaya y dese una asomadita al horno y verá lo que le tengo allí —fue tío Coyote y halló a tía Zorra haciendo zorro. En un momento la dejó difunta y se la comió. Estaba todavía relamiéndose, cuando entró tío Conejo.

— ¡Tío Coyote de Dios! ¿Adivíneme quién viene allí no más?

—Diga, tío Conejo —contestó tío Coyote asustado al ver la cara que hacía tío Conejo.

— ¡Pues tío Tirador, con así fusil! Y no se sabe si es por usted o por mí.

— ¡Ay, tío Conejo! ¡Ese viene por mí, porque me lleva una gana! Escóndame, por lo que más quiera.

—Pues métase entre ese horno y yo cierro la puerta. —Tío Coyote se metió, con el corazón que se le salía.

Tío Conejo se fue a la tranquera a recibir a tío Tirador.

—Ya creí que no venía, tío Tirador —dijo el muy sepulcro blanqueado—. Pase, pase y descansa en esa hamaca, que debe de venir muy rendido. Fúmesse este purito habano y luego viene a ver su maíz y sus frijoles.

Cuando tío Tirador hubo descansado, tío Conejo le dijo al oído:

—Prepare la guávil, tío Tirador, y vaya a darse una asomadita por el horno. —Así lo hizo tío Tirador, quien se va hallando con tío Coyote que estaba con las canillas en un temblor.

Tío Tirador apuntó y ipum!... ¡adiós tío Coyote!...

Después fueron a cargar en las mulas el maíz y los frijoles, y así fue como este fue el único comprador que recibió la cosecha de tío Conejo, quien cobró siete onzas y media por una fanega de maíz y otra de frijoles, y se quedó con cuatro carretas y cuatro yuntas de bueyes y muy

satisfecho de su mala fe.

Cuando terminaba este cuento la tía Panchita siempre añadía con tristeza: — ¡Achará que tío Conejo fuera a salir con acción tan fea! Yo más bien creo que fue tía Zorra y que quien me lo contó se equivocara... porque tío Conejo era amigo de dar que hacer, pero amigo de la plata y sin temor de Dios, eso sí que no.



XIX

tío Conejo
y los
quesos

Tío Conejo y los quesos

Pues, señor, es el caso que tío Conejo se nos había vuelto muy melindres para comer, y a mi amo no le gustaban sino cositas buenas. Decía que ya el churrystate lo tenía hasta el copete y a los quelites les hacía ché. Últimamente andaba antojado de comer queso tierno. "¿Y cómo hago? ¿Y cómo hago?". Por fin quién sabe cómo averiguó que un carretero bajaba todos los viernes de una hacienda –por un camino de la vecindad–, con madera y quesos.

Allá el viernes a la nohecita –que era la hora en que pasaba la carreta–, se tiró tío Conejo en medio camino y se hizo el muerto. Dichosamente hacía una luna como el día y el carretero se agachó para ver qué era aquel bultico.

— ¡Miren allá –dijo a un compañero–, si es un conejito!

¡Ah señor, qué le pasaría!... ¡Pobrecitico! Pero no está muerto, todavía resuella. Lo voy a echar en la carreta y quién quita que vuelva en sí.

Y lo que el sapo quería... El carretero acomodó a tío Conejo entre los sacos de queso, y la carreta se puso otra vez en marcha. Entonces abrió un ojo, después el otro, y como vio que no había nada que temer, hizo un buen boquete al saco de gangoche en que venían los quesos bien envueltos en tusas.

Se puso a sacarlos y a arrojarlos al camino. Así que el saco estuvo vacío, se tiró él y salió como un cachiflín a recoger los quesos y a llevarlos a su casa. Luego se dio tal atipada de quesos que quedó que no podía moverse.

Otro día se sentó a la puerta a relamerse y a hacer la boca agua a cuantos pasaban. Iba tío Armadillo a hacer la diligencia, a ver si encontraba algo que comer y el muy mal corazón lo detuvo:

—Asómese, compadrito, y espíe para adentro y me cuenta un cuento.

Y tío Armadillo se hizo cruces cuando vio aquel gran montón de quesos que llegaba hasta el techo.

Pasó tía Iguana y lo mismo:

—Venga acá, viejita, y dese una asomadita. Tía Iguana se fue llena de envidia.

Pasó tía Ardilla y tío Conejo le gritó:

—Vení acá, niñá, y cuidado con caerte para atrás cuando veas lo que vas a ver.

Y de veras, la pobre tía Ardilla que andaba en ayunas se quedó como quien ve visiones, y no se atrevía a recoger unas boronitas que estaban en el suelo.

A tío Conejo se le movió el corazón y le hizo un gallito de queso con tortilla:

—Tomá, niñá, para que no se te reviente la hiel.

—Dios se lo pague tío Conejo –dijo tía Ardilla–, que Dios me lo guarde y me le dé salud y me le repare de donde menos piense.

Tía Ardilla, tía Iguana y tío Armadillo se fueron por los campos a contar de la maravilla de

quesos que tenía tío Conejo. Oírlo tía Zorra y correr para donde tío Conejo, todo fue uno.

Apenas la divisó, se metió corriendo tío Conejo, y atrancó bien la puerta.

Llegó tía Zorra y se puso a tocar: —Upe, tío Conejo, ¿qué hace Dios de esa vida?

Tío Conejo se asomó por la ventanita alta.

— ¿Qué se le ofrece tía Zorra? —le preguntó—. Y perdone que no salgo a abrirle, pero es que me acabo de calentar la nuca con manteca de chancho y me puse un trapo zahumado porque estoy rabiando de un oído.

—Lo siento mucho, tío Conejo. Y hablando de otra cosa: ¿no me querrías vender un diez de queso?

—No, comadrita, no tengo venta.

—Andan diciendo que tenés la casa llena de quesos. Contame cómo hiciste; por qué no me decís.

—Con mucho gusto, tía Zorra. Viera qué sencillez. Fue así y así —y tío Conejo le explicó todo.

—Así quién no... ¡Qué mamada! —Dijo tía Zorra—. Y decime, hombré, ¿vos creés que si yo me hago la muerta en el camino me pasa la misma?

— ¡Uh!, pues cómo no —contestó tío Conejo—. Otra cosa tendría duda, ¿pero eso? Si la veo ya con la casa llena de quesos. Anímese, viejita...

—Sí, hijó, voy a ver si hago el ánimo. El que no se arriesga no pasa el mar. Habiaos que no saque algo. Ai encomendame a Dios para que me vaya bien.

Y tía Zorra se fue. De veras, al á el viernes a la nohecita se puso a la mira y cuando sintió venir carretas se tiró a lo largo en medio camino, en el mismo sitio en que lo hizo el otro. Y para quedar mejor se estiró bien y se puso tiesa. El cartero donde la vio, dijo: — ¡Adiós trabajos! Hoy hace ocho era un conejo y hoy es esta lambuza hedionda. ¿No querrá también dejarme sin quesos? Aguardate ai y verás. . Gui, buey viejo, gui...

Y diciendo y haciendo, el muy ingrato chuceó los bueyes y la carreta le pasó por encima a la infeliz tía Zorra.

Solo porque Dios es muy grande y porque las zorras tienen la vida muy dura, tía Zorra quedó contando el cuento. Pero cuando la pobre volvió en sí, no valía un cinco, todos los huesos le dolían y, como pudo, regresó a su casa y tuvo que estar un mes en cama.

A los días pasó por donde tío Conejo, todavía en muletas.

Apenas lo vio le torció los ojos y le hizo tan mal modo que parecía se lo quería tragar.

—Vas a ver mechudo, orejón, me las has de pagar. Yo te contaré —le gritó en un temblor.

— ¡Eso sí que está bonito! ¿Y yo qué le he hecho? —preguntó tío Conejo.

—Sí, ¿yo qué le he hecho? Pero con esa no te quedás —y le quiso meter su muletazo.

— ¡Eh! ¡Diantres la vieja revesera! —le dijo tío Conejo—, y tuvo que meterse corriendo y pasar el picaporte a la puerta; y por torear a tía Zorra se asomó por la ventanita alta y se puso a comerse un buen tuco de queso, y a arrojarle boronitas en la cara.

A tía Zorra de la cólera le dio un ataque y tuvieron que llevársela a la casa en silla de manos, tío Armadillo y tío Coyote.



XX

*tío Conejo
y los caites
de su
abuela*



Tío Conejo y los caites de su abuela

Un día estaba tío Conejo en la montaña, metiéndole mil virutas a tía Palomita Yuré, que lo oía sin pestañar: que él era hijo del rey y que vivía en un palacio de oro y plata; que su padre y su madre usaban una corona más alta que el palo en que estaba parada tía Palomita, con ser que era un palo de guanacaste; que tenía mil ochocientos criados y que cuando le hablaban se ponían de rodillas y le besaban los pies.

Estaba en lo mejor, y la otra con la baba caída, cuando sintió que le echaban garra por detrás y al mismo tiempo un vocerrón gritaba: — ¡Ah, tía Palomita Yuré! ¡Tan vieja y en cartilla! ¿Usted es capaz de comprarle las mentiras a este gran zamarro? ¿No ve que es tío Conejo, más conocido que la ruda?

Tío Conejo volvió a ver y se quedó sin resuello al toparse con tío Tigre, que le dijo: —Hola, amigo, ¿qué hace Dios de esa vida? Ajá, ¿conque te cogí asando elotes? Gran tal por cual, lo que es ahora te amolaste. Yo te contaré.

"¡Ah caballada!", pensó tío Conejo, "¡y la que me fue a pasar! ¡Aquí sí que no hay tu tía!".

Por un si acaso y para ganar tiempo, se hincó con las manos puestas al frente de tío Tigre y se puso a rogarle:

— ¿Idiay, tío Tigre, y eso qué es? ¿Acaso yo le he faltado en lo más mínimo? Hágame el favor de decirme si usted no ha sabido que yo siempre con todo el mundo no tengo en la boca sino buenas ausencias tuyas. Ayer cabalmente no me lo apié de la boca en todo el santo día que tío Tigre sí que es valiente, que tío Tigre sí que es nonis para brincar, que tío Tigre sí que es muy gallo...

—Sí, callate labioso. Lo que es conmigo no la socás. Y dejate de andarme con vainas y ajesusiate porque estás en las últimas. Encomiéndelo a Dios, tía Palomita Yuré.

—Bueno, tío Tigre, ¡qué caray! Yo no le tengo miedo a la muerte. Vea, lo único que le pido es que vaya conmigo a mi casilla para disponer de los cuatro chunches que tengo. Eran de mi abuela y al fin uno le tiene cariñillo a esas cosas y no quiero que un particular vaya a ser el logrado.

—No, no, no. Ya te dije que a mí no me vengás con solfas.

Quien no te conoce que te compre. Ajesusiate, te digo.

— ¡Is, tío Tigre! No creí que fuera tan mal corazón. A un moribundo no se le niega un capricho, contimás una necesidad como es la de dejar dispuestos los cuatro realillos y los cuatro chunches que uno tiene. Mire, tal vez le guste alguna cosilla y entonces se la deja en mi nombre, lo mismo que la platilla; es una nada, pero de algo le sirve, aunque sea para candelas.

—Es que ya me has hecho muchas, confisgado.

—Vea, tío Tigre, vamos, y si usted ve que me puedo zafar, no me deja entrar —tío Tigre convino y se llevó a tío Conejo al trompicón. tío Conejo iba pensando en el camino: "¡Ay, Tatica Dios! ¡Ayúdame, a ver cómo me las campaneó para salir de este apuro!".

Llegaron a la casilla de tío Conejo y tío Tigre la registró minuciosamente por fuera, y cuando

vio que solo una puerta tenía y que no había otra salida por donde pudiera escabullirse, dejó a tío Conejo entrar y él se echó a la entrada, porque en el interior no cabía.

Convinieron en que tío Conejo pondría las cosas en la puerta para que tío Tigre las tirara del otro lado y las fuera amontonando.

Tío Conejo se puso a hacer que hacía. Al ratito tiró un trapo más sucio que un terrón.

—Allá va el camisón de mi abuela. Si no le sirve, tírelo bien lejos.

Tío Tigre lo cogió con asco y lo tiró bien lejos.

—Allá van los fustanes de mi abuela. Si no le sirven, tírelos bien lejos.

Tío Tigre cogió el motete y lo tiró bien lejos.

En esto entrecerró los ojos porque hacía mucho sol.

—Allá van las enaguas de mi abuela. Si no le sirven, tírelas bien lejos.

Tío Tigre las tiró bien lejos.

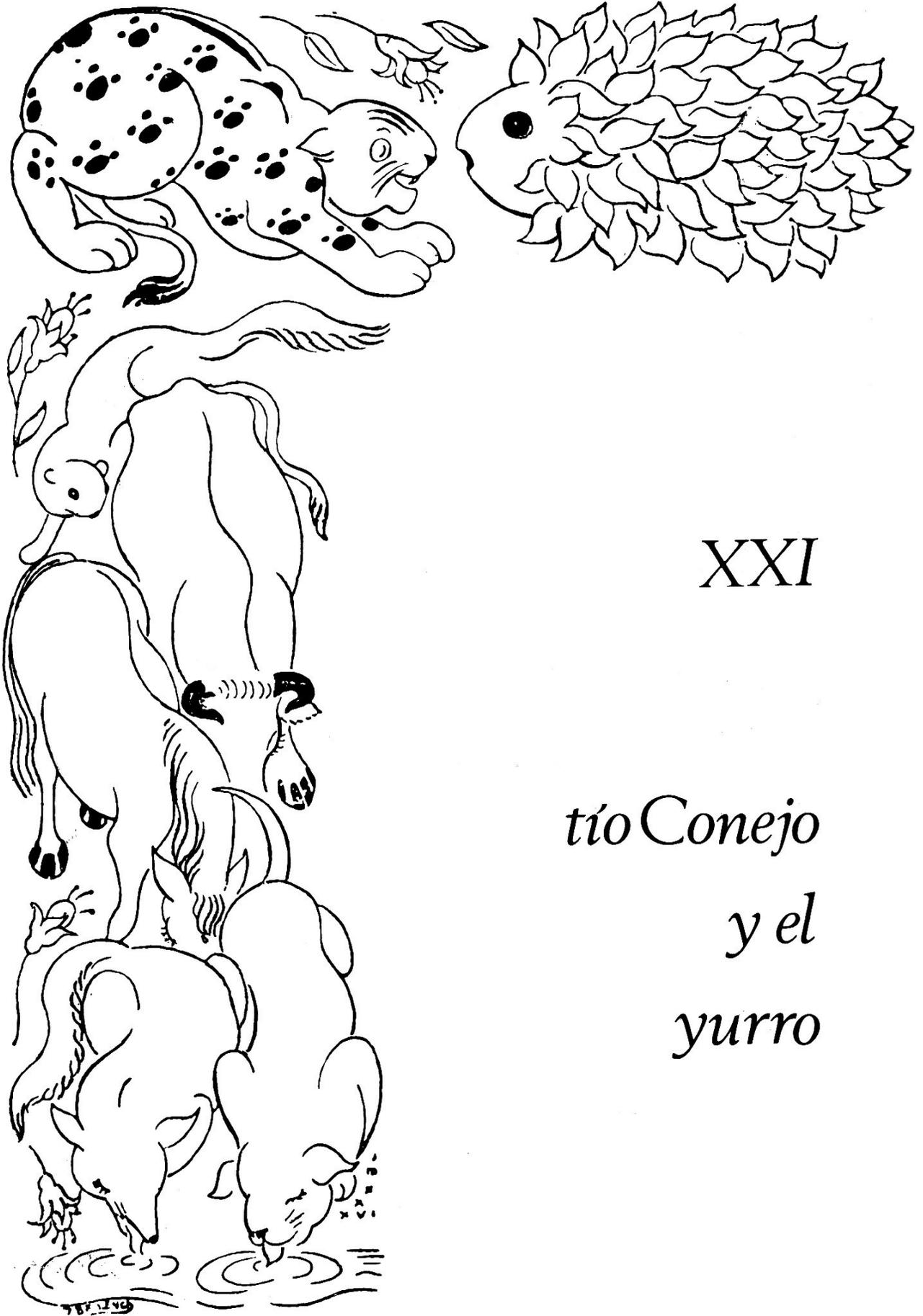
Tío Conejo se echó por el suelo y sacando las orejas, gritó:

—Allá van los caites de mi abuela. Si no le sirven, tírelos bien lejos.

Tío Tigre sin fijarse los agarró y tiró lo que era, lejos.

Cuando oyó tío Tigre fue que le gritaron de un montazol:

—Adiós, tío Tigre... y que le aproveche... —volvió la cabeza tío Tigre y ¡va viendo! Los caites de la abuela que se las caiteaban por entre un potrero.



XXI

tío Conejo
y el
yurro

Tío Conejo y el yurro

Allá en un verano, todos los ríos se secaron y solo quedó un yurro con una miseritica de agua. Allí iban todos los animales a beber.

Pero tío Tigre, como era tan gallote, se hizo gato bravo con el yurro y se fue a vivir a sus orillas. Así cogía dos colmenas en un solo palo porque bebía cuando tenía sed, y a cuanto animal llegaba le echaba traca y se lo zampaba sin más aquellas.

Los pobres animales estaban que no hallaban para dónde coger. Un día se reunieron para ver qué hacían. Unos decían que así, otros que asá, y por fin aquello se volvió una merienda de negros.

Entonces tío Conejo se puso medio a medio y les dijo:

— ¿Cuánto me dan y les quito a tío Tigre del yurro?

—No seás rajón –le contestaron–. ¿Qué vas a poder vos?

Mejor callate.

— ¡Sí, mejor callate!... Pues ai vamos a ver.

Y se fue, y los demás se quedaron... "si creemos, si no creemos".

Bueno, pues tío Conejo llegó donde una viejita conocida suya, y le pidió prestado un gran jicarón que tenía por ahí rodando. La viejita se lo prestó. Enseguida se fue a buscar un gran panal de jicote barcino que él había visto, y cuando lo encontró, lo hurgó con un palo y le abrió tamaño hueco. La miel comenzó a chorrear y se hizo un pocerón en el suelo.

Entonces tío Conejo se revolcó en un hojarascal. Se volvió a revolcar en la miel y luego en el hojarascal, hasta ponerse de este tamaño.

Y ¡ah, figura la que quedó! ¡Hubieran visto ustedes!

Luego se puso a dar brincos y las abejas que estaban furiosas alrededor del panal se asustaron tanto, que salieron volando a pito y caja y fueron a escorar quién sabe dónde.

Tío Conejo le hizo un agujerito a la jícara, se la escondió entre las hojas con el hocico metido en ella y se puso a dar unos aullidos tan feos, que ¡Ave María!

— ¡Uh!, ¡uuuu! ¡Oh!, ¡oooo!

Y las hojas le hacían: ¡chis! ichas!, al moverse. Entonces se fue al yurro.

Todos los animales que lo encontraron en el camino quedaron sin habla, con la lengua arrollada y a los más poquiticos les dio una descomposición y ganas de ir allá afuera.

— ¡Uh!, ¡uuuuu! ¡Oh!, ¡ooooo! ¡Chis!, ¡chas!

¡Jesús, María y José! Sí tenían razón. ¡Jamás de los jamases se había visto nada tan horrible, ni que hiciera tan feo!

Tío Tigre estaba echando un sueñito, pero aquel ruidal lo despertó. Se espabiló bien y se enderezó a poner cuidado.

— ¡Hummm! ¡No me gusta ese ruido!...

Y se puso erizo.

¡En esto apareció aquello!

— ¡Uh!, ¡uuuuu! ¡Oh!, ¡ooooo! ¡Chis!, ¡chas! ¡Soy el Hojarascal del Monte! Se me quisieron oponer cinco leones y me los comí. Se me quiso oponer un elefante y me lo comí. ¡Pobre de quien se me oponga!

Por supuesto que semejante animal con esa voz saliendo de un jicarón puso a tío Tigre que un sudor se le iba y otro se le venía.

Tío Conejo se paró frente a tío Tigre y le preguntó con desprecio:

— ¿Quién sos?

Tío Tigre se le arrodilló: —Soy tío Tigre, y si su Sacra Real Majestad quiere, puedo ir a barrerle su solarcito.

—Yo no soy Sacra Real Majestad, sino el Hojarascal del Monte, y si tuvieras que barrer mi solar, tendrías que barrerme toda la montaña, porque toda la montaña es mía. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Pues nada, señor don Hojarascal del Monte, es que vine a echarme un trago de agua.

—Ajá, ¿conque esas tenemos? ¿Conque has venido a ensuciarme mi yurro? ¡Ahorita verás!

— ¡No me haga nada, señor don Hojarascal del Monte, por vida suyita!

—Pues te me quitás de aquí ya, ya, si no querés que salga de vos ahora mismo; y cuidadito con volver a asomar la nariz por aquí, porque te va a saber feo. Este yurro es mío y pedile a Dios que no me arrepienta de dejarte ir.

Tío Tigre se las pintó sin esperar segundas razones y creyó que ese día había nacido por segunda vez.

Así que tío Conejo tanteó que el otro iba largo, se quitó la jícara, se acercó al yurro y bebió cor cor de aquella agüita tan fresca, todo lo que le dio la gana. Después se revolcó bien en la corriente para quitarse la miel y las hojas y cuando quedó como antes, se puso en busca de los demás animales. Los halló y les dijo:

—Bueno, ahora sí, manada de inútiles, vayan a beber agua, ya está todo arreglado. ¡Y síganme comiendo por detrás!

Los otros no querían creer, pero mandaron a tío Yigüirro a que se diera una asomadita.

Tío Yigüirro fue y les vino a decir que no se veía por el yurro nada de tío Tigre. Entonces los animales corrieron a quitarse la sed.

Cuando tío Conejo los vio bebiendo agua muy a gusto, le dio colerita y les gritó: — ¡Eso es, así es como les gusta a ustedes todo, sinvergüenzones, a mama sentada! ¡Otra vez cojan cacho!

Y se fue muy enojado.

XXII

*tío Conejo
y el caballo
de mano
Juan Piedra*



Tío Conejo y el caballo de mano Juan Piedra

Bueno, pues es el caso que se casaba tío Periquito Sapoyol con tía Cotorrita, y que uno de los padrinos era tío Conejo.

La parranda era —como es costumbre— en casa de la novia, que quedaba como a dos horas de la de tío Conejo, y se iban a casar a las cinco de la mañana después de bailar toda la noche. Pero tío Conejo no pudo ir al baile porque estaba renco y entonces tuvo que madrugar. Desde que comenzaron las claras del día ya estaba mi señor arriba: estrenó unos zapatos amarillos que chillaban que daba gusto, y se plantó bien con el chaquetón de casimir azul, el sombrero de pedante que era de pita muy fino; se amarró un pañuelo de seda tinta en el pescuezo, se echó agua de olor, se atusó los bigotes y se fue a la calle.

Me olvidaba decir que al salir cogió un envoltorito que no era otra cosa que una parejita de tazas, la cosa más linda que había comprado para hacer con ella un regalo a la novia.

Tío Conejo apenas llegó a tiempo. Él que llega, y los novios que salen para la iglesia.

Como todos estaban muy contentos, apenas vieron a tío Conejo le gritaron: "¡Viva tío Conejo!". Y hasta tío Coyote, que se había metido sin convidarlo, por quedar bien gritó:

"¡Viva tío Conejo!".

Tío Conejo cogió a tía Cotorrita de bracete y dijo: "¡Campo y anchura, que aquí va la hermosura!".

Pues para no cansarlos con el cuento, así que volvieron de la iglesia siguió la parranda. Y en una que va y en otra que viene, tío Conejo en son de ayudar a repartir, se cachó una botel a de rompopé, se la metió por donde mejor pudo e hizo que iba al cerco que sé yo a qué. Pero a lo que iba era a empinarse la botel a y al í debajo de una chayotera se la escurrió. Como el rompopé estaba bien cargadito de guaro se pegó su buena almadiada y le va cogiendo esa precisa de volverse a casa.

Tía Cotorrita le rogó que no se fuera porque el almuerzo iba a estar muy rico: que había frito, pozol y la consabida torta de arroz con leche, una torta de caer sentado comiendo.

Pero nada, tío Conejo ya muy tuturuto, seguía diciendo adiós a todos, llorando y dándoles abrazos. Entonces tía Cotorrita en persona, de velo y corona, se metió en la cocina y con sus propias patitas hizo un gallo a su padrino, y tío Conejo cogió para su casa.

Como los zapatos nuevos le maltrataban, se le había rematado la renquera que iba que no podía dar paso. En eso vio un caballo paciendo a la orilla del camino y al momentico le echó el ojo. A él que nada le faltaba y con los tragos, se envalentonó, se hizo por el caballo, le echó un bozal con un mecate que traía la bestia, se encaramó como si fuera el dueño y comenzó a jinetearlo de tal manera que el gallito que le diera tía Cotorra fue a dar al polvazal.

En el peso del día pasó por la casita de ña María, y como todavía no se le había bajado la rasca, se metió en la sala de la viejita con todo y bestia a pedirle agua fresca. Por supuesto que a

ña María no le gustó la confianza, pero estaba sola y le dio miedo reclamarle viéndolo tan descompuesto. Lo único que se animó a decirle fue:

— ¿Idiay, tío Conejo, ese caballo no es el de mano Juan Piedra?

— ¡Qué mano Juan ni qué nada! —respondió tío Conejo, y salió sacando plumas de su cabalgadura.

Tío Conejo siguió su camino cabecea y cabecea y cuando menos pensaba sintió que le pararon el caballo y lo sornaguearon de un brazo.

—Ajá, gran sinvergüenza, con que vos eras el que me jineteabas mi bestia, ya te cogí, y ahorita mismo te vas conmigo adonde el político.

Del susto se refrescó tío Conejo y se va encontrando cara a cara con mano Juan Piedra, el propio dueño del caballo, quien lo miraba que se lo quería tragar con los ojos.

Tío Conejo respondió:

— ¡Miren al á con las que sale! No sea tagarote porque el que va para el Fondo es este ruco. ¿Usted está creyendo que yo mantengo piojosos ajenos que andan sueltos y muertos de hambre? ¿No ve que anoche se me metió en el frijolar y se lo comió casi todo? Ai está ña María que no me deja mentir. . Otro día tenga cuidado antes de amenazar a la gente honrada.

El otro se quedó medio corrido, y como pensó que le podía ir feo, quiso mejor arreglar el asunto por las buenas:

—No, viejo, no sea impetuoso, acuérdesse que vale más un mal arreglo que un buen pleito. A ver, ¿cuánto vale el daño?

Tío Conejo se puso a ver para arriba, como pensando.

—Pues por lo menos menos, serán unos siete con seis, y eso guardándole toda clase de consideraciones.

—Rebájeme algo —suplicó el otro—. Usted sabe cómo anda el tiempo...

— ¡Sí, rebájeme algo...! Si quiere echamos testigos para que se convenza de que le estoy cobrando como persona que no es angurriente.

Y tío Conejo se mostraba tan gallote que el otro se la tragó y fue sacando un pañuelo con un gran nudo en la punta. Con todo el dolor de su corazón deshizo el nudo y comenzó a contar los siete pesos con seis reales y se los dio a tío Conejo.

Tío Conejo los cogió, y metiéndole los talones al ruco salió disparado y dijo a mano Juan Piedra:

—Como ya estamos ai no masito, présteme al peruanito y ahorita se lo mando con el muchacho. Es para no apearne.



XXIII

tío
Conejo
ennoviado

Tío Conejo ennoviado

Allá una vez hizo el tuerce que tío Conejo se enamoró de tía Venada al mismo tiempo que tío Tigre. Y tía Venada, yo no sé si de miedo o porque de veras le gustaba, al que correspondía era a tío Tigre.

Pero tío Conejo no se achucuyó ni se dio por medio menos, sino que se puso a idear cómo haría para quitarle la novia.

Atisbó un día en que tío Tigre no visitaba a tía Venada y fue llegando:

—Hola, ñatica, ¿qué hay del amor? Ai andan regando que usted está en grandes con tío Tigre... Tía Venada se chilló y quería hablar de otra cosa, pero el muy zángano se puso a echarle pullitas, y por aquí y por allá, hasta que la otra dijo que sí, y que ya tenían plazo para casarse.

"¡Hum! ¡Mala la chicha!", pensó tío Conejo, y se puso a decir:

—Mire, tía Venada. ¿Usted es tontica de la cabeza o es que se hace? Quién dispone irse a casar con ese naguas miadas de tío Tigre... Si ese es un mamita de quien yo hago lo que me da mi regalada gana. Con decirle que a veces hasta de caballo me sirve.

—Eso sí que no puede ser.

—¿Qué no puede ser? ¿Cuánto apostamos, tía Venada?

—Lo que quiera, tío Conejo.

—Convenido. ¿Si llego un día de estos montado en tío Tigre nos casamos?

—Convenido.

—Bueno, pues trato hecho nunca jamás deshecho.

Entonces tío Conejo se le puso atrás a tío Tigre sin que este supiera, y un día que lo vio zamparse un ternero, se tiró en el camino por donde tenía que pasar, y se puso a dar unos quejidos que llenaban de agua los ojos:

—¡Ay, ay, ay, mi patica de mi alma! ¡Malhaya sea ese tagarote!

En esto llegó tío Tigre y como tenía la panza llena, estaba de buenas pulgas.

Se acercó tío Tigre y con muy buen modo le preguntó:

—¿Idiay, viejito, qué es la cosa, qué le pasa?

—Pues, no ve, tío Tigre, que me agarró un perro y no sé como estoy contando el cuento. Y la cosa es que iba para donde tía Venada a darle un recadito que precisa.

Al otro se le alegró el ojo donde le mentaron a tía Venada.

—Adió, tío Conejo, no faltaba más. ¿Y los amigos para qué somos? Venga, encájese en mí y lo llevo en una carrerita.

—Dios se lo pague, estimado. ¿Quién otro lo había de hacer?

Y en un grito se encaramó en tío Tigre, que lo llevó a casa de tía Venada.

Por supuesto que cuando embocaron en la calle en que ella vivía, tío Conejo dejó de mariquear y se echó para atrás con mucho garbo y se puso una mano en el cuadril, y cuando vio a tía Venada

asomarse a la ventana, le hizo de ojos y que se callara.

Bajó de su cabalgadura y renqueándose acercó a tía Venada como para darle el recado y queditico le dijo:

—Ve, cholita, como le cumplí. Pero hágase la tonta, porque ese viene con hambre y cuando está con hambre no es cómodo. Mejor chito en boca, no vaya a ser cosa que en un momento de cólera se la coma. Como es así... Cuando está con hambre no sabe lo que hace.

Tía Venada se quedó chiquitica y se puso con el corazón que se le salía.

Tío Conejo se volvió a montar en tío Tigre y se fueron.

Otro día llegó tío Tigre a ver a tía Venada y aunque era muy mínima, no se quiso quedar con aquello adentro.

—¿Idiay, tío Tigre, por qué andaba sirviéndole de caballo a tío Conejo?

—Pero, hija, si no era de caballo, sino que esto y esto —y tío Tigre le contó lo que había pasado.

— ¡Ve lo que es ese lengua larga!

Entonces tía Venada le puso en pico las rajonadas con que había llegado el otro.

Tío Tigre se puso muy ardido de que tío Conejo lo hubiera hecho caer de leva delante de su novia.

—Va a ver ese chachalaca la que le va a pasar. Conmigo no juega así no más.

Y tío Tigre salió haciendo muy feo.

En eso iba pasando tía Ardilla, que era comadre de tío Conejo, porque tío Conejo le había llevado dos güirrillos a la pila.

Tía Venada, que era muy lenguona y que no podía quedarse con nada adentro, la llamó:

—Adiós, niña. ¿Para dónde la lleva? Venga acá, porque tengo que contarle una cosa.

De veras la otra se acercó y tía Venada le echó el cuento y que lo que era a tío Conejo se lo iba a llevar candanga.

Tía Ardilla se despidió y se fue a buscar a tío Conejo para prevenirlo.

Cuando lo encontró, le dijo:

— ¡Compadrito de Dios, si no se las menea no doy un cinco por su pellejo!

Y le contó.

—Ajá, ¿conque esa nariz de panecillo fue con el cuento?

—dijo tío Conejo—. Yo le voy a contar. Y mire, comadrita, usted me va a ayudar a salir de tío Tigre. Búsqueselo y me le dice esto y esto, para hacerlo ir al pedrón aquel que está cerca del ojo de agua. ¿Recuerda?

—Sí, cómo no.

—Bueno, pues, cuento con usted.

—No tenga cuidado.

De veras, tía Ardilla se puso a buscar a tío Tigre y al fin dio con él.

Se sentó en una rama bien alta de un árbol, con la cola derecha que la hacía parecerse a una muñequita que tuviera mucho pelo y lo llevara suelto, y con una risita muy fregadita, dijo:

— ¡Is!, tío Tigre, y usted piensa quedarse así no más con tío Conejo. Ai anda ventiándose la

boca con que usté es uno de sus caballos y dándose taco con que el otro día pasó por donde tía Venada montado en usté. Yo que usté le ponía la paletilla en su lugar.

— ¡Eso dice ese boca abierta! Ese...

Pero a tío Tigre se le trabó la lengua de cólera y no pudo decir más.

—No es por nada, tío Tigre, pero él tiene la cuevilla debajo de aquel pedrón que está cerca del ojo de agua allá —el otro no esperó segundas razones y cogió para allá.

La tal piedra había estado metida en un paredón, pero el agua de la lluvia había ido lavando la tierra y ahora estaba sostenida, por puro milagro, de unas raicitas y bastaba el esfuerzo de un ratón para que saliera rodando.

Tío Tigre venía que ni veía de la rabia y llegó derecho a olisquear debajo de la gran piedra.

Tío Conejo estaba allí detrás esperando, y cuando lo vio, mordisqueó las raicitas y el pedrón rodó y cogió a tío Tigre que no pudo hacer ni cuío.

Entonces tío Conejo se fue a buscar a tía Venada y le dijo:

—Venga conmigo, ñatica, y verá a su querer cómo está.

De veras, tía Venada fue con tío Conejo y se va encontrando con tío Tigre hecho una tortilla. Al verlo cayó con un ataque y cuando volvió en sí, comprendió que de repente se iba a quedar para vestir santos; entonces con mucha labia le dijo a tío Conejo que si gustaba de casarse con ella, estaba a su disposición.

Tío Conejo le respondió:

— ¡Ich! ¡Ahora sí soy bueno! Vaya a freír monos, viejita. Yo no quiero nada con gente cavilosa. ¿Quién la tenía yéndole con el cuento al otro, para que me cogiera tirria? Ai he tenido que andar a monte, y ni gusto para comer tenía. Cásese si quiere con la zonta de su agüela.

Y tío Conejo echó a correr monte adentro y dejó pifiada a tía Venada.

Notas

[1] Parece que esas sonrientes esculturas representan al Niño Dios, para retocarlos y trabajar sin dificultad, las aseguran con un tornillo que les meten por detrás.

[2] No me luce

[3] No, porque me asustás

[4] **Nota del Editor:** En esta edición se recupera íntegra la nota sobre la autora preparada por Carlos Luis Sáenz para la cuarta (1956, Editora Las Américas) y quinta edición (1966, Litografía e imprenta Costa Rica) de *Cuentos de mi tía Panchita*.



(1888-1949)

CARMEN LYRA. Nació María Isabel Carvajal un día del mes de enero de 1888 en la ciudad de San José. Sus estudios primarios los hizo en la escuela de su barrio, en el Edificio Metálico; los secundarios, en el Colegio Superior de Señoritas en cuya sección de pedagogía obtuvo el certificado de Maestra Normal. Sus servicios profesionales en la escuela primaria la llevaron a servir en varias escuelas de San José y en la escolita rural de El Monte, provincia de Heredia.

Realizó un viaje a Europa y allá estudió sistemas de educación primaria.

A su regreso de Europa dirigió la Escuela Maternal. Establecida en la Escuela Normal de Costa Rica, Carmen Lyra fue la primera profesora de Literatura Infantil en el país. Fuera de la Escuela sirvió en las siguientes instituciones oficiales: Biblioteca Nacional y Patronato Nacional de la Infancia.

Dedicó por entero la actividad de sus últimas décadas a la acción política, y se destacó en este campo como periodista expositora de ideas y como hábil dirigente del Partido Comunista de Costa Rica.

Perseguida por sus ideas fue desterrada a México en cuya capital murió, sin ver cumplido su último deseo de volver a la tierra patria C.L.S.^[4]



(1907-1990)

JUAN MANUEL SÁNCHEZ. ^[1] nació en San José en 1907. Gracias a su versatilidad artística se desempeñó como escultor, dibujante y docente. Su magnífico trabajo como ilustrador se refleja en los dibujos e ilustraciones que efectuó para la revista Repertorio Americano y para los libros de importantes escritores como Emma Gamboa, Joaquín García Monge, Carlos Gagini, Carlos Luis Sáenz y Fabián Dobles. Sus ilustraciones más conocidas son las que realizó para los Cuentos de mi tía Panchita, de Carmen Lyra.

Sánchez presentó sus trabajos en diversas exposiciones en el Museo Nacional de Historia, la Casa del Artista, la Galería de Artes y Letras en San José, en el Museo de Arte Costarricense y en el Teatro Nacional.

Destacó también en la docencia. Fue maestro de dibujo y profesor en el Liceo de Costa Rica y en el Conservatorio Castella. Dirigió el departamento Técnico de Dibujo y Manualidades del Ministerio de Educación Pública e impartió clases en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica.

En 1932 obtuvo la Medalla de Oro en la cuarta Exposición de Artes Plásticas del Diario de Costa Rica, donde expuso doce esculturas. Obtuvo el prestigioso Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en 1965, y en 1982 el Premio Magón de Cultura.

Tras una larga y fructífera carrera el artista falleció a los 83 años, el 16 de abril de 1990.